El esplendor de Almería en el Siglo XI

F. CASTRO GUISASOLA

© Del autor

Co-edita: Caja Rural Intermediterránea, Cajama.
Instituto de Estudios Almerienses
Diputación de Almería
Grabado portada: Archivo Antonio Moreno Martín
Diseño portada: Gaybel comunicación
Maquetación: Francisco J. Fernández
ISBN: 84-95531-18-6
Depósito Legal: AL-372-2003.
Tirada: 700 ejemplares.
Imprime: Escobar Impresores, S.L. El Ejido (Almería)
Fecha de publicación: Diciembre de 2003

Presentación

"Vulgarizaciones histórico-literarias", así calificó Castro Guisasola a uno de sus trabajos que más trascendencia ha tenido para el conocimiento de la historia de Almería bajo el dominio musulmán.

"El esplendor de Almería en el siglo XI" cuya edición facsímil se presenta, fue publicado en 1930, estructurado en seis capítulos que recogían estudios en gran medida dados a la luz anteriormente en el diario La Independencia.

Desde el momento en que salió de la imprenta hasta hoy, esta obra, junto a los posteriores estudios del Padre Tapia, en gran parte informados en los de D. Florentino, ha sido el referente indiscutible para el estudioso o aficionado del periodo que enmarca: un siglo al que sin complejos podemos considerar el siglo de oro de la vida social, cultural y política de la ciudad de Almería.

A los nombres de soberanos como Jairán, Zohair o Almotacin, se sumaron otros de artistas e intelectuales, como la numerosa corte poética del último de los soberanos mencionados; historiadores, como Abulcarim o Aben Omar, y otros muchos que, al amparo de la floreciente ciudad, vinieron a establecerse a nuestras tierras. Todos gozaron de la acogida y bienestar que les proporcionó una ciudad abierta, en paz y plena de recursos que una creciente actividad industrial y mercantil les brindaba.

Después vinieron siglos difíciles. A partir de mediados del S. XII la economía se hundió, y aquella ciudad no volvió a ser lo que había sido. El poder naval desapareció y con ello su poderoso comercio y nivel de vida. Su pujanza cultural, consecuencia de los factores anteriores quedó reducida a mínimos.

Han tenido que transcurrir más de nueve siglos para que Almería reinicie un despegue evidente que deberá consolidarse si impera el principio de cohesión entre sus habitantes. Un nuevo "esplendor" es posible si a la división se impone la unidad, a la arbitrariedad, la racionalidad, y al dejar hacer, el compromiso.

Esta es la enseña que se deduce del libro de D. Florentino, sin duda, el intelectual de mayor nivel que ha tenido Almería durante el S. XX. con esta reedición queremos dejar, entre otras cosas, cumplida constancia de ello.

Rafael Lázaro Pérez
Director del Instituto Estudios Almerienses

F. Castro Guisasola

EL ESPLENDOR DE ALMERÍA

EN EL SIGLO XI

«Vulgarizaciones» histórico-literarias
Publicadas en el diario «La Independencia».

Almería, reino de taifas.

ALMERIA talla de la silleria de la Catedral de Toledo
por Maestre Rodrigo Duque el Aleman S.XV.

A manera de Prólogo

Esplendorosa era aún Almería, cuando al agonizar el siglo XV (año 1489) la conquistaron los Reyes Católicos.

Todavía más pujante se había exteriorizado en los albores de la centuria anterior, resistiendo tenaz y victoriosa en 1309 el obstinado asedio de Jaime II y de todas las armas de Aragón y Cataluña.

Y había refulgido espléndida en el siglo XIII bajo el poder de Aben Hud (1228), que la diputó cabeza de la Andalucía oriental.

Y en el siglo XII (1147) había estremecido al mundo con el relato de las épicas hazañas de sus hijos, en tal manera esforzados que para domeñarlos (y nada más que durante un decenio) hubo de predicarse heroica cruzada y venir en persona el Emperador de Castilla y el Rey de Navarra y los Condes de Barcelona y de Urgel y el Duque de Monpeller y hasta dicen que heroínas como la Vizcondesa Ermengarda de Narbona, agregándose las armadas combinadas de Génova, de Pisa y de Venecia.

Pero más refulgente todavía, que en cualquiera de esos clásicos momentos, había brillado Almería en el siglo XI, período el más glorioso de su independencia y su grandeza.

Un esclavo ilustre -JAIRÁN-(manlí o liberto del gran Almanzor, el Campeador de los árabes, y como este también hagíb o ministro primero del último califa cordobés legítimo, del débil Hixém II), dio a Almería libertad, erigiéndola en reino independiente, aun cuando él recusara siempre el dictado del rey.

Otro esclavo en pos de él, ZOHAÍR, prorrogó los vastísimos dominios de Almería hasta la misma Córdoba, abarcando a Jaén, Játiva, Murcia y parte de Granada y aun de Toledo.

Y, tras la efímera dominación de ABDELAZIZ soberano de Valencia, una dinastía sumamente breve pero en extremo gloriosisima - la de los Somadihitas- (ABULAHVÁS, ALMOTACÍN Y MOIZODAULA) metamorfoseó nuestra ciudad, otra vez constreñida territorialmente, trocándola en emporio del comercio, base de la navegación, centro de la industria, refugio del saber, asilo de expatriados, amparo de las artes, de las ciencias y de todo lo noble y egregio del ingenio humano.

Pero no atropellemos los acontecimientos. Recorrámoslos por sus pasos contados.

I.

Jairán, o la independencia de Almería.

ÉIS aquel aguerrido caudillo, que a las puertas mismas de la ciudad famosa de los califas tiene que poner a raya los desmanes de las turbas de soldados berberiscos, que como chacales en torno a un moribundo vivaquean y merodean alrededor de las murallas de la imperial Córdoba?

Es el esforzado valí de Almería, el ilustre Jairán, denominado El Amerí o Al-amerí por haber sido cliente y protegido del famoso Almanzor, de Almanzor el Amerí o sea del linaje de Amer.

Eunuco eslavo (esclavonio dicen otros) de este sin par político y guerrero, y exaltado por él al gobierno de Almería, encarnó mejor que nadie su espíritu dominador activo e inquieto, y será sin duda alguna su sucesor que más se le asemeje.

¡Ay! Solamente no se le parecerá en ser tan afortunado, a pesar de su nombre de Jairán, que precisamente significa Próspero. Así se ha de ver cómo su vida toda se consumió en contiendas y en batallas, erigiendo y socavando tronos, buscando sin cesar, (más sin encontrarlo nunca) al califa ideal merecedor de ser puesto en el solio vacío de su querido y venerado Hixém.

Para acorrer a este último califa genuino y hereditario de la gloriosa estirpe Omeya, al malaventurado Hixém II, ha abandonado Jairán su ameliato de Almería, dejando allí en su lugar al confiado Aben Hamít.

«Sabed, noble Jairán, (acaba de avisarle Abi Wadaá, otro general eslavo, gobernador militar de la capital del imperio), sabed que la deslealtad y la perfidia han hecho presa en el circulo de nuestro desventurado soberano Hixém. Hasta Wadíh, su ministro primero, le arma horrible traición. Ahora mismo se está poniendo a precio, ante los sanguinarios africanos, por Abi Becr emisario de Wadíh, la venerable cabeza del augusto y desventurado califa. Sí os cumple acudir, miradlo. De vuestra fidelidad pende su vida.»

Y, saltando los umbrales de la regia Córdoba, se precipita a ella el leal Jairán; pero sus pasos han de detenerse ante un inmenso gentío, que, prorrumpiendo en mueras y arrastrando ya un cadáver todo despedazado y sanguinolento, el del traidor Abi Becr, se apiña frenético a las puertas del palacio de Wadíh. Dentro el bravo Abi Wadáa, como a rabioso tigre, acosa espada en mano al desleal hagíb, cuya cabeza a los pocos momentos es paseada por las rúas de la ciudad.

Y exterminados los traidores, el débil califa Hixém elevó a la dignidad de hagíb suyo o ministro primero a su último hagíb, Jairán, el señor de Almería.

Era el 16 de Octubre del año 1011.

¿Y por qué fué habíg Jairán?

Jairán fué nombrado hagíb, porque esta segunda vez, que Hixém era califa, se lo debía a Jairán en buena parte.

Relata puntualmente este suceso, acaecido en el año anterior de 1010, el benemérito arabista holandés Sr. Dozy (Reinhart) en su *Historia de los musulmanes españoles*.

«Algunos (de los eslavos), entre los que Wadih ocupaba el primer lugar, servían bajo las banderas de Mahdí (Mohamed Al-mahdí, dueño a la sazón de Córdoba); pero otros, como Jairán y Ambar, seguían el partido opuesto (el de los berberiscos acaudillados por Solimán).

»Todos conocieron al fin que para alcanzar el objeto de su ambición, es decir, el poder, su unión era necesaria, y resolvieron volver a colocar en el trono a Hixém II.

»Decidido este plan, Wadíh tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de Córdoba. Hizo extender los rumores más exagerados sobre la vida desarreglada del «bebedor», y, aunque reprobaba en público los desórdenes que sus soldados se permitían, les favorecía en secreto. Y cuando estos manejos acabaron de quitar al califa la poca popularidad que le quedaba, Jairán, Ambar y otros generales eslavos del ejercito de Solimán ofrecieron sus servicios a Mahdí.

»Apresuróse éste a aceptar su oferta; pero, apenas entraron en Córdoba estos pretendidos auxiliares, no tardó en apercibirse de que maquinaban su pérdida; y, como no se encontraba en estado de resistirles, resolvió por segunda vez refugiarse en Toledo.»

(Es de advertir, antes de seguir adelante, que no todos dan por cierto el referido complot traicionero entre

Wadíh, Jairán y Ambar. El cambio de conducta de estos jefes con respecto a Mahdí la atribuyen otros –véase a Gaspar Remiro, *Historia de la Murcia Musulmana*– a que ya entrados en Córdoba se percataron de que el verdadero soberano Hixém II seguía como reducido a cautividad en manos del usurpador del poder en contra de promesas que este hiciera. De ahí el maquinar su pérdida y que él quisiera fugarse).

«Más los eslavos se adelantaron. El domingo 23 de julio de 1010 recorrieron a caballo las calles gritando ¡Viva Hixém II! ; y habiendo sacado a este príncipe de su prisión, lo colocaron en el trono adornado con regias vestiduras.

»En este momento Mahdí se encontraba en el baño. Informado de los que pasaba, vuela al salón y va a sentarse al lado de Hixém, pero Ambar le coge violentamente del brazo y le obliga a sentarse en frente de Hixém, que le reprende en los términos más amargos los males que le ha hecho sufrir. Enseguida Ambar le coge de nuevo del brazo, le arrastra a la plataforma y saca la espada para coartarle la cabeza. Mahdí lucha a brazo partido, pero al punto caen sobre él las espadas de los otros eslavos.»

Y reconocido éstos Hixém, nombró de ministros suyos primero a Wadíh, alma de su restauración, y a la muerte de Wadíh a su congénere Jairán, gobernador de Almería.

Panegirista de Jairán.

Sea en su gobierno y señorío de Almería o en su permanencia en Córdoba como hagíb de Hixém II, Jairán, antiguo eunuco eslavo, suscitó el entusiasmo y el estro poético de sus contemporáneos.

Abuomar. Abuomar Ahmed hijo de Dirrách dedicó a nuestro valí un famoso poema, que agradecido Jairán dicen que recompensó con ciento cincuenta mitcales de oro.

La Gasaní. De una poetisa almeriense, la llamada Gasaní, natural de Pechína según Adabí y Almacarí (aunque Abenaljatíb la cree de Sevilla, cosa poco probable), gran literata al decir de sus biógrafos (Abenpascual, Casiri y los

nombrados) y hábil metrificadora, sabemos que en alabanza de Jairán compuso una extensa casida imitando el poema de Abuomar.

Esa casida nos la conserva en parte Adabí y dice de esta manera (1).

KASIDA EN LOOR DE JAIRÁN

La claridad de la luna
da tristeza a las montañas.
Ellas son brilllante espejo
que refleja hoy a mi alma
al ver señor que te alejas
de mi hermosa y rica patria,
para, el sol brillante,
ocultarte en tus murallas.
Como la aurora sonroja
de montes cimas y faldas,
así, señor, tus destellos
han alumbrado a Bedjana.
Como sí el magno poder,
que en vos Aláh colocara,
quisiera que el mundo entero
a tu vista propagara;
los árboles pro el viento
humillan su cerviz alta,
y las flores del naranjo
perfumar tu rica estancia.
Cuando oras en la mezquita,
el vuelo las aves alzan
y van a llevar a Aláh
los ecos de tus plegarias.
El avestruz se pasea
Entre limoneros y hayas
Orgulloso, porque sabe
Que tu presencia le ampara.
Y los corceles bravíos
las peores cimas saltan,
porque tus guerreros sienten
el empuje de tu alma.
Desde que estás, las mujeres
se esconden avergonzadas,
porque la luz de tus ojos
toda la belleza apaga.
Y cuando sales radiante
como el sol en la alborada,
salen más ciertas las flechas,
tomas más brillo la espada,
y alcanza más resistencia
el manejo de las lanzas.
Cuando te alejes, señor,
Recuerda a esta pobre esclava,
que supo cantar tus glorias
y el brillo de tus hazaña

(1) A la amabilidad de D. Joaquín Santisteban Delgado debo el texto de la casida que transcribo bajo su responsabilidad.

Jairán, refugio de expatriados.

Pero ¿qué maravilla que los poetas celebren a Jairán?

Protector de las artes y los sabios, y amparo de desterrados y perseguidos, a él o a su refugio señorial de Almería se acogían los ingenios huidizos de otras ciudades.

Aben Afif. Dígalo sino la protección generosa, que según Abenpascual dispensó a Mohamed ben Mohamed Aben Afif ben Maryul, por sobrenombre Abuomar, notable asceta y jurisconsulto de Córdoba, que, habiendo ejercido en esta ciudad un cargo notarial bajo, Almahdí, al estallar de nuevo la revolución se trasladó a Almería, hasta que Jairán le constituyó cadí de Lorca, misión que desempeñó hasta su óbito sobrevenido en 1029.

Aben Hazán. También se vió obligado a abandonar a Córdoba y a buscar en la corte de Almería la tranquilidad y reposo de espíritu con que le brindaba el príncipe Jairán, «protector decidido -según el arabista D. Francisco Pons- de los hombres de letras y de cuantos sufrían la odiosa persecución de la tiranía», el celebérrimo polígrafo Abén Hazán, según él mismo lo refiere en su famoso «arte de amar» titulado *Collar de la paloma a cerca del amor y los enamorados,* curiosa guía de estrategias erótica, cuyo único ejemplar se custodia hoy en la biblioteca de la Universidad de Leyden, y que fué escrita -según declaración del propio autor- a instancias de un amigo suyo de Almería.

Simpatías de Jairán.

Y tal era la simpatía, que supo despertar Jairán entre sus subordinados y en cuantos le conocieron que hasta de sus menores gustos se llevaba puntualísima nota.

Así se ve en Arrazí que, describiendo la planta *attaláj* (probablemente la galanga), raíz odorífera originaria de la India e introducida en Europa por los árabes, después de consignar que se recoge en el distrito de Dalayah (Dalías), que crece entre las quiebras de las rocas y que no cede en fragancia al mismo áloe indiano, agrega que «era

recogida para uso de Jairán, el señor esclavonio de Almería, que gustaba mucho de su aroma excesivo».

No es, pues, extraño que, interesado también Jairán el débil Hixém II, le elevase, como ya hemos visto, a la máxima consideración de primer ministro suyo.

El remate de un bienio.

Las nuevas del encubrimiento de Jairán a hagíb y las que de allí a poco circularon de la proclamación de la guerra santa predicada por el clero musulmán contra los berberiscos, últimos y más terribles enemigos del califa, rebosaron de alegría y de enardecimiento al pueblo de Almería, que, con fé ciega en el pronto triunfo de su prestigioso señor, el fiel Jairán, esperaba de un momento a otro la definitiva pacificación del imperio de su amado y desdichado soberano, el malaventurado Hixém.

Y finalizó aquel año y se deslizó el siguiente y avanzaba ya el 1013 sin que volase la fausta noticia del aniquilamiento de los berberiscos.

Al cabo, de una tarde de abril, por el camino de Córdoba, un tropel de jinetes enarbolaba refulgentes lanzas y hacía revolar alegremente sus vistosos pendones. ¿Podían ser otros que triunfales guerreros del leal Jairán? ¡Al fin retornaban vencedores!

La nueva se propaló como voraz incendio. Agolposé la ciudad a las murallas. ¡Oh con qué júbilo iban ahora a recibirlos! ¡Qué de festejos ideaban!.

Pero la desilusión sobrevino espantosa.

Aquel escuadrón belicoso, en vez de ser el de sus queridos y suspirados guerreros ¡era de feroces y sanguinarios berberiscos! El que marchaba a su frente era un inexorable y temido jeque Alafia, que llegaba a apoderarse de grado o por fuerza de la Cuidad del Espejo y a posesionarse de su regia alcazaba. ¿Cómo pudo ser ello?

Retrocedamos unos cuantos pasos.

*
* *

Vimos la ciudad de Córdoba acorralada por los berberiscos, cuando Jairán fué enaltecido a hagíb. Durante el bienio que duró su cargo, él y su general Abi Wadáa lograron poner un dique a los encarnizados asaltantes, rechazándolos reiteradas veces y aun acosándolos hasta Sevilla; pero ellos volvían a Córdoba, y hasta cegaron el foso irrumpían dentro del barrio oriental, de donde de nuevo valerosamente eran desalojados.

Lo que no lograban con la fuerza, lo conquistaron al fin con traiciones, y la de un oficial les franqueó la puerta del arrabal de Secunda el domingo 19 de abril del año 1013.

Como lobos hambrientos y los chacales feroces o manadas de hienas inhumanas, así invadieron la ciudad de Córdoba las carniceras tribus berberiscas.

Inútil la bravura de Jairán, inútil el arrojo de Abi Wadáa, inútil el heroísmo de los cordobeses y la abnegación de los esclavos y el sacrificio de los adictos al califa.

Los berbersicos se desbordaban por las calles lanzando aullidos salvajes y desencadenando torrentes de sangre. «Aquí saqueaban, dice un historiador, allá violaban, asesinaban en todas partes. Los hombres más inofensivos eran víctimas de su ciega furia.»

Allí pereció el elocuentísimo orador Mohamed Casim el Halatí, degollado inhumanamente en su casa; allí fuiste despiadadamente decapitado, también en tu propio hogar, tú, Chalaf ben Salema ben Chamis, jurado incorruptible, y se te enterró sin compañía ni oración en la mácbora de Aben Abás; ¡ay! ¿de qué te valió a ti, Abu Salema el Zahíb, tu sagrado carácter de imán de la mezquita de Ain Tar? ¿ni toda tu doctrina, oh sabio Ayub Ruch Bono? ¿ni los soberbios edificios reales fantaseados y cincelados por tí, Abdalá ben Husein el Garbalí, genio de la arquitectura? Sin conmiseración fuísteis bárbaramente despedazados, y con vosotros fueron descuartizados el saber, la justicia, la religión, el arte, ¡todo!

«Las víctimas fueron tan numerosas, que ni siquiera se trató de contarlas. Pronto el incendio vino a alumbrar con su luz siniestra estas escenas horribles.»

Inauditos esfuerzos de bravura derrochó el valiente Jairán defendiendo en tan ominoso día las puertas de Córdoba.

El aluvión africano pudo más que el valor, y las huestes eslavas fueron arrolladas por las berberiscas y puestas en huida. Aún tuvo ánimos Jairán para restaurar el combate, pero «abandonado de sus tropas y acribillado de heridas quedó por muerto en el campo de batalla».

Cuando llegó la noche, «habiendo recobrado bastantes fuerzas para poder andar, volvió a Córdoba, donde un amigo, que tenía entre los vencedores, le dió hospitalidad», le tuvo oculto hasta su curación, y, proveyéndole de dinero y disfrazándole - dicen- de mendigo, le hizo salir un día secretamente con dirección a las ciudades del Este.

Es decir, la ciudad de Orihuela. Porque, como dice el Rey Sabio en su *Crónica general de España,* cuando Jairán cayó herido por los bereberes y diéronle heridas de muerte, de guisa que le dejaron por muerto, «los otros de su natura, que decían castrados otrosí, como aquellos que escaparan de aquella revuelta y de aquel mal, fuéronse para tierra de Murcia y tomaron el castillo de Orihuela y subiéronle».

Y, mientras Jairán abatido y todavía doliente encaminaba hacia allí sus inseguros pasos, el caudillo africano Alafia recababa de Solimán -nuevo califa de Córdoba- el valiato de Almería, y (como vimos) se alzaba con esta codiciada plaza y se apoderaba de su alcazaba, arrebatándola no sin porfiada obstrucción al lugarteniente de Jairán, el nombrado Aben Hamít.

Tras la noche, la aurora.

¡Infanda y funesta noche la de la toma de Córdoba por los berberiscos!

Los siniestros fulgores de los incendios, que devoraban las más venturosas y fantásticas mansiones después de la matanza horrible y el feroz saqueo de los africanos, eran ¡quien lo diría! dorados resplandores de la aurora

de la liberación de la bella Almería.

El derrumbamiento del poder de Jairán era el principio de su exaltación.

Cayendo hagíb herido, se levantaba emir independiente.

Porque Hixém había muerto o a lo menos desaparecido hasta la eternidad.

Sin embargo en el corazón de Jairán y en el de su sucesor Zohair y otros jefes eslavos jamás morirá Hixém, y le invocarán presente en sus azalas, y en su respeto no se llamarán reyes, aunque de tales ejerzan el imperio, y en nombre de él y para él se enseñorearán de las grandes ciudades, como Jairán de Auraiola u Orihuela.

Cuando convaleciente llegó allí, muchos eslavos andaluces vinieron a alistarse en sus banderas. Allí acudió Aben Hamít proscrito y fugitivo de Almería; allí iría Zohair, gobernador en Murcia por Jairán, y sus leales de Jaén, y los de Calatrava y de Baeza y de las demás comarcas de que fuera dueño y señor. Y con aquellas mesnadas aguerridas se dirigió a Almería; y a su paso por poblados y campiñas las filas se engrosaban como río caudaloso y absorbente que va bebiendo en su curso los raudales de afluentes infinitos; y torrente asolador se desplomó por fin sobre Almería.

Veinte días y sus noches se defendió con tesón desesperado el bravo Alafia de las tremendas acometidas de Jairán; veinte angustiosos días con ingenios y máquinas y tormentos fueron torturados y descoyuntados los muros y torreones de la inexpugnable y arriscada fortaleza; veinte mortales días resistió impávida y firme la desesperación. Pero, ¿quién haría frente con éxito a las fuerzas de Jairán, habiéndosele sumado la mayoría de los mismos habitantes?

Entró Jairán a la postre en la alcazaba, y Alafia se rindió.

Se rindió Alafia, y él y junto con él sus hijos, encerrados en recio saco bien cosido, fueron arrastrados al lienzo de muralla sobre el mar y despeñados vivos en las olas. ¡Terrible epílogo de un puñado de días de gobierno!

Autonomía de Almería.

Dueño otra vez de Almería, Jairán se proclamó independiente del imperio de Córdoba, cuyo califa Soliman ni pudo ni quizá intentó siquiera someter aquel insurgente eslavo; el cual en cambio logró recuperar a Murcia, echó

de Jaén y de Baeza y de Arjona a los bereberes, y sólo tuvo un tenaz pensamiento de allí en adelante: derrocar el poder de Solimán y restituir en el trono a su legítimo señor Hixém, si es que por ventura vivía.

Porque aquel infatigable lidiador Jairán «amaba mucho a Hixém, y cualquier cosa que ganaba, en el nombre de él la ganaba, y para él la quería, y hacía por él aquella oración que por los reyes suelen hacer, y aún cuidaba vengarle de los tuertos que le hiciera Zulema (Solimán); y otrosí aun aquellos, que tenían las villas y los castillos de mano de Hixém, ayudaban a Jairán cuanto más podían con los haberes y con los cuerpos» según decir de Alfonso X.

Con la intención indicada, Jairán fortificó reciamente sus ciudadelas todas, en especial su Alcazaba de Almería, aquella hermosa alhisana o fortaleza construida por Abderramán III, ampliada y engrandecida poco tiempo hacía por su patrono Almanzor, y hecha tan inexpugnable y tan magnífica por él, que los mismos árabes de denominaron en los sucesivos la Caláa (o castillo) de Jairán.

Y abroquelado Jairán tras sus inaccesibles torreones, echóse a buscar un califa, que venerase la persona o la memoria al menos de su Hixém, y a quien pudiese entronizar en el solio de Córdoba, destituyendo al intruso Solimán.

Y en Africa encontró lo que anhelaba.

Apoyo de Jairán a Alí Hammud.

Gobernaba Ceuta y Tánger, en nombre de Solimán, uno de sus más acreditados y poderoso generales: el Hammudita Alí.

«Descendía (explica Dozy) del yerno del Profeta; pero, como su familia hacía dos siglos que se había establecido en Africa, se había berberizado, de modo que él mismo hablaba el árabe bastante mal…

Casím, su hermano mayor, gobernaba a Algeciras; y aun cuando Alí era casi independiente en su provincia, sin embargo su ambición no estaba satisfecha, pues era tal, que sólo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había más medio que aliarse con los Eslavos, y para esto se dirigió a Jairán.

Para ganárselo inventó un cuento muy singular.

»Pretendía que Hixém II había leído en un libro de profecías que después de la caída de los Omeyas reinaría en España un Alida cuyo nombre había de comenzar por la letra «ain»; y añadía: Hixém oyó hablar de mí después de la toma de Córdoba, y desde su prisión me envió uno que me dijera: Tengo el presentimiento de que el usurpador ha de quitarme la vida; os nombro mi sucesor, y os dejo el encargo de vengarme.

»Muy contento por tener tal auxiliar, y persuadido de que Hixém II vivía todavía, aceptó Jairán esta versión sin discutirla; y, como le ofreciera Alí que, si volvía a encontrarse a Hixém, sería puesto de nuevo en el trono, se comprometió por su parte a reconocer a Alí, en el caso de que se probara que Hixém había muerto.

»Convenidas estas condiciones, Alí atravesó el Estrecho, y rogó a Amir ben Fotúh, gobernador de Málaga, que le entregara la ciudad. Cliente de un cliente Omeya, y por consiguiente muy inclinado ya a hacer causa común con los Eslavos, Amir tenía además agravios personales que vengar de los berberiscos, porque uno de sus jeques le había quitado a Ronda. Consistió, pues, en la demanda de Alí, el cual se dirigió enseguida a Almuñecar, donde se unió con Jairán» (y, según Alfonso X, con Gilfeya de Granada, y los concejos de Murcia y de otros lugares, que Jairán había traído al reconocimiento de Alí) «y juntos marcharon a Córdoba.

»Alí no contaba solo con los Eslavos sino también con gran parte de los berberiscos… Los que Solimán envío contra su competidor, se dejaron vencer. -Emir, le dijo entonces (a Solimán) un general berberisco; si queréis conseguir la victoria, es preciso que os pongáis a la cabeza. – Consintió, pero, cuando llegaron cerca del campo enemigo, cogieron su mula de la brida, y lo entregaron a sus adversarios.»

El domingo 1º de julio del año 1016, Alí, Jairán y los demás aliados hicieron su entrada en la capital.

«Alí (agrega Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España)* se apoderó del alcázar, prendió al valí Alhaken ben Solimán ben Abderramán Anasir (padre de Solimán, y, en ausencia de éste, gobernador de Córdoba) y mandó traer a su presencia a sus dos hijos Solimán y Abderramán.»

«El primer cuidado de Jairán y de los otros Eslavos (prosigue Dozy, documentándose en Aben Hayán y en Aben Alatir) fué el de encontrar a Hixém II; pero, con gran satisfacción de Alí, sus pesquisas fueron inútiles.

»Alí preguntó entonces a Solimán, a presencia de los visires y los ministros de la religión, qué había sido de Hixém - ¡Ha muerto!- respondió Solimán sin dar a lo que parece más detalles … (Entonces) Alí dio la orden de matarlo lo mismo que a su hermano y a su padre; pero, cuando llevaban este último al suplicio, le dijo Alí: - Vosotros habéis matado a Hixém; ¿no es así? - ¡No! (le respondió este piadoso septuagenario) … Tan cierto como Dios me oye, no hemos matado a Hixém. ¡Vive todavía¡ - Pero sin dejarle tiempo de decir más, Alí, que temía que hiciera acaso revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo de cortarle la cabeza.» Conde, de acuerdo con Alfonso el Sabio, asegura que Alí en persona «los descabezó por su propia mano de sendos golpes.»

Desavenencia de Jairán.

Y otra vez torno Jairán a preocuparse (como dice Aben Hazán) de su provincia. Alí hizo detener y castigar a los que intrigaban contra Alí a favor de los Omeyas, y servía con celo a Alí.

El cual, aclamado califa del Andalús con dictados de Motuakil Bilá (confiado en Dios) y Anasir Ledinalá (defensor de la ley de Dios), y hecha por él la «chotba» u oración publica en todas las mezquitas, comenzó su reinado en espíritu de equidad y de concordia, proyectando devolver a los cordobeses lo que los berberiscos les habían arrebatado durante la guerra civil.

«Escribió (nos dice Conde) a todos los valíes de la provincia manifestándoles (como había dicho a Jairán) que el rey Hixém antes de perder su libertad le había declarado futuro sucesor del trono, y que esperaba que como leales viniesen a jurarle fidelidad y obediencia. Pero no contestaron a sus cartas los valíes de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza, cosa que le puso en mucho cuidado y desconfianza.»

Y he aquí que inopinadamente la recta conducta de Alí se trastocó radicalísimamente.

Dozy lo achaca con acritud notoria a la que llama ambición de Jairán, que «aspiraba (dice) a representar el papel de Almanzor, y, como conocía que Alí no era hombre para contentarse con el de Hixém II, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía, salvo sin embargo reinar en su nombre.»

Conde insinúa que «Jairán el eslavo le hacía (a Alí) extrañas peticiones y suponía que le faltaba a sus concertadas avenencias. Alí, temiendo su influjo en Córdoba, le despidió y mandó ir a su gobierno de Almería. Jairán se ofendió de esto, y partió inmediatamente meditando venganzas contra este príncipe desagradecido y altivo.»

Que es en el fondo lo que testifica Alfonso el Sabio, aseverando que fué Jairán muy airado contra Alí «porque Alí no quisiera guardar su postura que hiciera con él.»

El docto historiógrafo árabe Almacarí nos explica que «los excesos, de que Alí era culpable, le enajenaron el afecto del pueblo, sucediéndose en las provincias las rebeliones una tras otra. Ultimamente Jairán el esclavonio, gobernador de Almería, que era uno de los más adictos partidarios de los Beni Omeya, viendo al pueblo de Córdoba dispuesto a sacudir el yugo opresivo de Alí ben Hammud y sus bereberes, tremoló el estandarte de la rebelión en Almería.»

Jairán por lo tanto abandonó a Alí al empezar a ver que éste, desconfiando del partido eslavo y percatado pronto de que el pueblo cordobés añoraba el restablecimiento de los Omeyas, se desbocó por sendas de tiranía ¡las que tan caro habían de costarle! y empezó a quebrantar sus pactos y compromisos y «a tratar con rigor a los que había protegido hasta entonces, y a echarse en brazos de los berberiscos (¡de las feroces hordas de los berberiscos!) a quienes había perseguido» (según refiere Dozy).

Pero fuese uno u otro en definitiva el móvil, lo cierto es que Jairán mudó de proceder respecto a Alí, cesó de sostenerle, e intentó incluso sustituirle por un nuevo pretendiente, contando con el apoyo de muchos valíes y alcaides andaluces, tales como los Arjona, Baeza y Jaén, y adhiriéndosele además Almondir del linaje de los Beni Hachím, gobernador de Zaragoza, que marchó al efecto al mediodía, acompañado de su aliado Raimundo, conde de Barcelona.

El presunto califa vislumbrado por Jairán pertenecía a la augusta estirpe de los Omeyas; llamábase Abderramán ben Mohamed Abulmataraf; era biznieto de Abderramán III; y habitaba en Valencia según Aben Hazám, aunque Aben Alatir le hace valí de Jaén.

En el mes de noviembre de 1017 los conjurados se reunieron junto a Guadíx, donde (como dice Conde) «para acreditar con los pueblos sus intenciones… juraron guerrear con todo su poder para colocar en el trono de Córdoba a un príncipe de los Omeyas, a quienes correspondía legítimamente. Estos eran los intentos que se publicaban, pero las secretas estipulaciones eran menos generosas y más bien encaminadas a sus particulares provechos, pensando repartirse en premio de su celo y galardón de sus fatigas las tenencias perpétuas de sus gobiernos, haciéndolos hereditarios en sus descendientes. Allegóseles gran hueste con el plausible motivo que pretextaban, por el natural amor de los pueblos a sus antiguos soberanos, y porque todos esperaban recobrar la calma y prosperidad que tuvieron en tiempo precedente a la sombra y bajo la protección de los Omeyas».

Congregados, pues, los conjurados en la antigua Acci, allí vino a combatirles Alí en persona, sino que tuvo que retroceder a causa de las abundantes lluvias, suspendiendo temporalmente el atacarlos.

Suspendamos también nosotros un momento el tedioso relato y esperemos florezca la primavera, en la cual ¿cómo dudarlo? el hazañoso señor de Almería y el no menos poderoso califa de Córdoba se perseguirán con saña y trabarán duras batallas y la victoria tan pronto oscilará a un lado cono a otro, según veremos en los renglones que siguen.

Prosecución de la campaña.

Desde Guadíx, Jairán y los demás confederados contra el califa Alí siguieron a Jaén. «Y Jairán, estando en Jaén por rey (historia Alfonso el Sabio), hubo mandado cómo Gilfeya, del que dijimos ya, (que seguía leal a Alí), le venía correr un castillo que tenia Jairán. Jairán luego que lo supo fuése para allá cuando pudo, y pasando por Guadíx hallóse con aquel Gilfeya, y hubieron allí su batalla, y fué vencido Jairán con toda su caballería, y murieron alli muchos de los suyos y no por otra cosa sino por cobardía, según cuenta la historia (es decir, el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo), y esto porque no hirieron esforzadamente en la batalla.

»Y los que de allí escaparon, fueronsé para Almería; y Jairán (gravemente herido, según detallan otros historiadores) acogióse para Baza.

»Más cuando cataron por Jairán y no le vieron, fueron todos muy turbados, y la ciudad con ellos.

Jairán, cuando lo supo, envióles a decir cómo estaba en los Alcandiles (o Caniles) en un castillo de Baza, y en cúya casa estaba escondido. Luego que aquello oyeron los suyos, fuéronse para él, y sacáronle de allí, y tornaron contra Gilfeya otra vez, y lidiaron contra él; y duróles la lid bien cuatro días, pero venció Jairán de esta vez, y trajo muy mal a los otros.

»Más, cuando oyó Alí decir de cómo Jairán fuera primero vencido y huyera, fué él muy alegre, y con el gran placer, que de ello hubo, mandó tomar cuantas armas pudo haber, y fuése para Jaén con gran hueste; y los de la ciudad salieron a él fuera del castillo con su seña tendida a recibirle, tañendo sus trompas y haciendo grandes alegrías con él.»

Una alucinación.

Entretanto Jairán, aún no repuesto del todo de la herida peligrosa últimamente recibida, es víctima de lamentables confusiones históricas.

En efecto embarullando torpemente lo que hacía tan poco le ocurriera en Caniles y los que antaño le aviniera en Córdoba «avisó a sus caballeros de Almería (según relato fantástico de Conde) diciéndoles dónde estaba, de lo cual fueron en extremo alegres… y le llevaron a su ciudad y entraron en ella como en triunfo. Alli se juntaron los alcaides de Denia, Tadmir y Játiva y muchos Eslavos y Alameríes… Y (cuando más confiados se encontraban) salió por otra parte el rey Alí ben Hammud y fué a cercar al eslavo Jairán en Almería; dió fuertes combates a la ciudad, y la entró por fuerza; y el eslavo Jairán fué herido de muchas lanzas y cayó defendiendo las puertas de la ciudad. El alcázar se entregó por avenencia, persuadidos de la muerte de su señor. Este fué conducido delante de Alí, ya casi sin sentido por la falta de sangre que perdía por sus muchas heridas; y el rey Alí ben Hammud, olvidando sus antiguos buenos servicios, le derribó la cabeza con su propia espada. Asegurada la ciudad de Almería, volvió a Córdoba Alí, contento de su triunfo, creyendo que todas las discordias acabarían presto después de la muerte del inquieto y revoltoso Jairán.»

De este modo finaliza el minucioso texto de Conde, que han seguido por desdicha demasiado crédulamente no pocos historiógrafos de los fastos almerienses; pero, como antes dijimos, Jairán, sin duda por encontrarse aún convaleciente de graves lesiones, ha sido víctima de alucinaciones y confusiones históricas. La realidad, felizmente para él, se desarrolló bien diferentemente.

La verdad histórica.

«Se estaba ya (dice Dozy) en abril de 1018; y como había sabido Alí que los aliados habían avanzado hasta Jaén, anunció una gran revista para el 17: terminada la cual, saldría a campaña.»

Pero llegó el día prefijado, y sonó la hora del alarde bélico, y los soldados esperaron en vano largo espacio: Alí no comparecía. Y fueron al punto algunos oficiales a palacio para informarse de las causas de la ausencia.

¿Dónde estaba el soberano? Preguntadlo a Alfonso el Sabio. Él os dirá que «después que Alí hubo el alcázar de Jaén, entró en un baño allí dentro en el alcázar, y con él (según costumbre) penetraron algunos de aquellos que decían castrados que le guardaban…»

¿Fué por resentimientos personales? ¿Se debió a instigación, o a seducción, o a los dineros de algún caudillo hostil? (De Jairán consta que no.) ¿O fué, como Dozy cree, para librar a su país de un déspota? Quedó en tinieblas la causa; pero el hecho fué que allí, dentro del bañó, a su señor y a su califa Alí le asesinaron sus propios eunucos.

«Y saliéronse luego uno a uno, porque no fuesen descubiertos, que muerto le dejaban; y fuéronse su carrera a paso, así que los de fuera no entendieron de cómo iban, ni pararon allí mientes.

»Los caballeros de Alí, que estaban fuera atendiendo, cuando vieron que Alí tardaba mucho, entraron a él al baño; y cuando le hallaron muerto y la cabeza quebrantada por muchos lugares, maravilláronse mucho quién fuera el que tal cosa osara hacer. Entonces los del concejo de la ciudad, después que se hizo el ruido de aquel hecho, acogiéronse al alcázar y guardáronle muy bien, hasta que hubieron su acuerdo de enviar por un su hermano, que decían Casim, que moraba en Sevilla. Y él vino a ellos; y ellos alzáronle luego por su rey… Y en pos

de eso buscaron a los castrados, que mataran a aquel su rey Alí; mas no pudieron de ellos haber sino dos mancebos que mataron luego.»

No murió, pues, Jairán bajo la mano airada del califa Alí, antes le sobrevivió, y bastantes años, como nos queda aún por ver.

Jairán y Abderramán IV.

Llegamos ahora a un momento de excepcional interés en la biografía del poderoso Jairán.

Por sus ardientes y fogosas venas circula (como si fuera árabe puro) la abrasadora sangre del desierto, pundonorosa, altiva, independiente, y, a la par que suspicaz, rencorosa y vengativa: vengativa hasta la misma muerte.

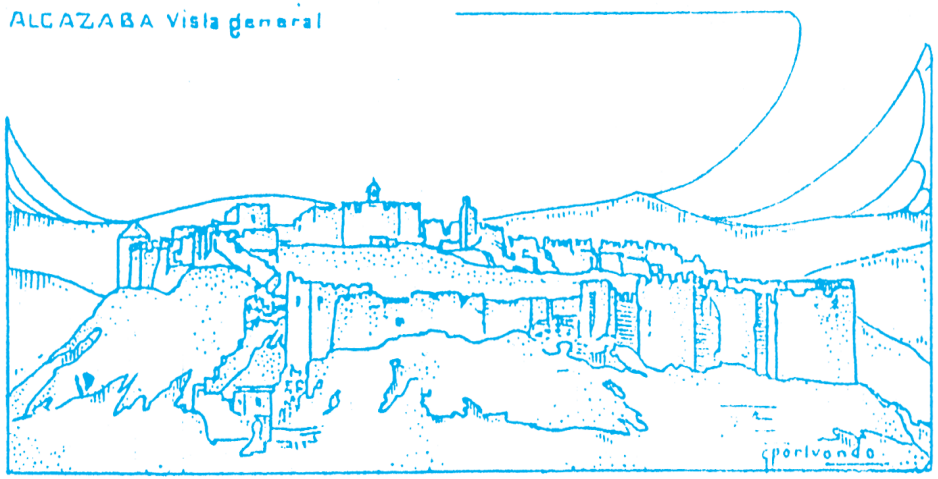
Por un desdén devorará Jairán fiera sed de venganza; por la venganza no reparará ni en muerte ni en traición; por la traición lo sacrificará todo (ciegamente, impremeditadamente): el triunfo de su partido, su gloria, su honra, su dignidad propia.

Jairán, aquel Jairán tan leal a Hixém, va a parecer por un momento desleal y traidor hasta la felonía. Detengámonos aquí breves momentos nuestra consideración.

Jairán cosechando ingratitudes.

«Jairán en todo esto (comienza Alfonso X) trabajábase cuanto más podía de alzar por rey a Abderramán (que se iba a llamar) Almortadí. Y envió por eso sus mandaderos a Almondir, rey de Zaragoza, (el que fué padre de Almondafar y Abenalhange), y a Játiva y a Valencia y a Tortosa, que viniesen todos a hacer vasallaje a aquel Abderramán Almortadí. Y ellos, cuando lo oyeron, otorgáronlo y vinieron a ello.»

Y habiendo convocado -como dice Dozy- para el 30 de abril a todos los jeques, con quienes creían poder contar, la reunión, que fué numerosa y de la que formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la elección de Abderramán IV, que tomó el título de Almortadí.


ALCAZABA Vista general
porlvando

«Y alzaronlé luego rey, y después fueron luego a Jaén y mataron cuantos bereberes allí hallaron. En pos de esto fuéronse para Murcia y entráron luego.

»Abderramán el rey, cuando vió que tantas bienandanzas le crecían, comenzó de amar y de honrar mucho a todos los concejos de las ciudades, que le recibieran por señor; más a Jairán y a Almondir que le alzaran rey, no los quería ver ni los honraba así como solía.»

De aquí nació (prosigue el historiador Almacarí) «por una extraña coincidencia que Almondir y Jairán aunque seguían ya el partido de Almortadí, no estaban en muy buena relación con él en aquel tiempo y no se significaban tan bien dispuestos en su favor, como lo habían estado al principio.

»Y dijo uno de ellos al otro: –Me parece que Almortadí no pone la misma cara, ahora que se ve al frente de un poderoso ejército, que cuando estaba debilitado y necesitado de nuestra asistencia. Seguramente el infame medita alguna traición contra nosotros.»

«Y un día (continúa Alfonso el Sabio), que iban ellos a su palacio para hablar con él, mandóles tener la puerta que no entrasen, ni entraron; y ellos, cuando aquello vieron, fueron muy sañudos, y dijeron uno a otro: –¡Con gran derecho merecemos esto, porque mucho nos trabajamos de hacerle rey! –Y de aquel día en adelante tuviéronle saña, y desamáronle», y el desamor y saña (¡ciega saña!) de aquellos dos caudillos valerosos ultrajados en lo más vivo de su pundonor no tardó en arrastrarles inconsideradamente a tender a Abderramán Almortadí las más inícuas y abdominales redes.

Pero no interrumpamos más la historia.

Una trampa en el camino.

«Abderrramán (sigue narrando la *Primera Crónica General de España*) llegó entonces su hueste muy grande, y fué sobre Granada, e hinco sus tiendas en el monte que decían Seusta, que es a seis leguas de la villa.»

Pero no contra Granada sino contra Córdoba es a donde inmediatamente enderezó sus pasos Almortadí (como otros dicen Murtada), según puntualiza Almacarí, el cual continúa el relato con estas palabras:

«Entonces Jairán escribió a Zavi ben Zeyri de Senhajah, uno de los jefes bereberes más bravos y emprendedores de Andalucía, el cual durante las últimas conmociones civiles se había declarado independiente alcanzándose por señor de Granada y de los distritos de alrededor, ofreciéndole que si quería atacar a Almortadí en su marcha hacia Córdoba, él y Almondir con las tropas del Thagher (Aragón) y los libertos y adictos del Beni Meruán, abandonarían inmediatamente su causa, dejándole luchar por su propia cuenta con los partidos de su familia.

»A esta proposición Zavi, y se concertó entre ellos el plan». Y al efecto, por medio de varias cartas y embajadas cruzadas entre aquel y Almortadí, tan ofendido se sintió éste por Zavi, que «abandonó la expedición que había concertado, y, en vez de ir contra Córdoba, la capital del imperio, como había intentado, se desvió de su camino y fué a atacar a Zavi en Granada, creyendo que podría aniquilarle en una hora.»

Lucha desesperada.

«No obstante esto (sigue refiriendo Almacarí) las hostilidades se prolongaron por algunos días, hasta que Zavi escribió a Jairán recordándole su promesa y diciéndole que ya era tiempo de que efectuase su traición y abandonase la causa de Almortadí.

»A lo que Jairán contestó en estos términos: –He tardado en ejecutar mis promesas, para que pudieras apreciar el alcance de nuestro valor y la furia irresistible de nuestros ataques; pero cuando nos veas acampados cerca de él, acométele con tu caballería, y entonces emprenderemos la fuga, y le abandonaremos.

»Se hizo lo que se convino entre ellos; y en la mañana del siguiente día Zavi efectuó una carga desesperada al frente de su caballería contra las tropas de su adversario.

»Almortadí resistió el ataque con su acostumbrada bravura; pero, tan pronto como se trabó la contienda, vió que las banderas de Jairán, Almondir y los otros caudillos del Thagher abandonaban el campo y le dejaban que combatiera mano a mano contra las tropas de Zavi.

»La batalla no podía durar mucho. Después de la matanza de la mayor parte de sus adictos secuaces, Almortadí se vió obligado a emprender la fuga, y con grandísima dificultad escapo del campo de batalla.

»El infortunado príncipe permaneció escondido; pero, habiendo Jairán enviado espías tras él, fué descubierto y entregado a la muerte en un lugar de las cercanías de Guadíx, adonde él había ido con intención de pasar a Africa y ponerse en salvo.

»Su cabeza fué llevada a Almería y presentada a Jairán y Almondir, que en aquel tiempo habían llegado a esta ciudad.»

Este fin tuvo Abderramán IV por la infidelidad de sus más fieles. Así Jairán y Almondir, para que aquel califa erigido por ellos no pudiese traicionarlos, ellos ¡oh execración! le traicionaron primero.

La expiación tremenda.

«Jairan (concluye Dozy) expió con la ruína de su propio partido su cobarde e infame traición, pues (habiendose vuelto Almondir definitivamente a Zaragoza) los eslavos no volvieron a encontrarse en estado de reunir un ejército, y sus enemigos los berberiscos fueron desde entonces los dueños de Andalucía.»

Y no fué sólo con el desmoronamiento de su propio bando con lo que Jairán purgó el haberse obcecado por la ira saciando ferozmente un ansia de venganza. Su honra y su gloria fueron también aventadas allí.

¡La gloria! ¿Quién aspiró el incienso y los loores de la rota y muerte desastrada de Almortadí? Ni uno solo de los actores directos: ni Jairán ni el mismo Zavi. Alcasím fué: Alcasím, de quien nos testifica Almacarí que «hizo que la tienda de Almortadí, que junto con otros despojos había caído en manos del vencedor (Zavi), fuese plantada en la orilla del Guadalquivir en Córdoba, como señal de la victoria que él (¡Alcasím!) había ganado justamente sobre su enemigo.»

Y (para que ni la honra siguiese a Jairán) cuando él se retiraba a su señorío de Almería, la poesía a sus espaldas hacía mofa de su ida por la boca de Obada ben Maisama, partidario de la casa de Alí, quien para congraciarse con Alcasím recitaba delante de éste la oda que empezaba así:

A tí te pertenece lo que es próspero;
Próspero (o sea Jairán) *por su senda se ha alejado;*
al descendiente de su Mensajero
el imperio Dios tiene asegurado.

Y quedo para lo sucesivo en entredicho la fidelidad de Jairán ¡ del fidelisimo a Hixém! «¡No os fiéis de él, que es un traidor y pretenderá engañaros!» se susurrarán al oído los demás príncipes.

Y hasta su honorabilidad se pondrá en litigio. Y si alguno en Almería robare en adelante a un forastero, le imputarán tal alevosía a Jairán. ¿Qué se demuestra que Jairán no pudo perpetrarla? –Pues entonces (replicarán) el despojo se verificaría a requerimiento o a consejo suyo. ¡Amargas mieses las que recogió Jairán de la realización irreflexiva de una vergüenza típicamente árabe!

Jairán reconoce a Alcasím.

Muerto Abderramán IV, volvió la paz a Córdoba, que seguía en poder de Alcasím (o Casim), bajo el cual aunque africano aquella imperial ciudad «hubiera podido (dice Dozy) ser todavía feliz… Casím amaba la paz… Queriendo hacer olvidar las antíguas diferencias, hizo venir a Jairán, se reconcilió con él, y dio en 1019 a (su lugarteniente) Zohair, señor de Murcia, otro eslavo, los feudos de Jaén, Calatrava y Baeza.»

Error del nuevo califa.

Pero «desconfiando de los berberiscos, Casím buscó su apoyo en otra parte. Los berberiscos tenían a su servicio muchos esclavos negros. Casím se los compró, formó con ellos regimientos, y confió a sus jefes los empleos más importantes.

»Con esto irritó a los berberiscos, y su sobrino Yahya (hijo del difunto Alí) supo aprovechar su descontento…

Pasó, pues, el Estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, donde su hermano Idris, que hacía causa común con él, era gobernador.

»Allí recibió una carta de Jairán, que, pronto siempre a sostener a todo nuevo pretendiente –a reserva de volverse contra él cuando triunfaba–, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios Idris le aconsejó que no aceptara esta oferta. –Jairán (le dijo) es un hombre pérfido y quiere engañaros. –Así lo creo (respondió Yahya), pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada en ello. –Y escribió al señor de Almería para decirle que «aceptaba sus servicios»; hecho lo cual, se preparó á marchar sobre Córdoba.

»Su tío juzgó prudente no esperarlo. En la noche del 11 al 12 de agosto de 1021 huyó a Sevilla.»

Influencias de Jairán en el Este.

«No solamente influyó Jairán (dice Gaspar Remiro) en la suerte de Córdoba, al desmembrarse el Califado, sino también en el Este de España.

(Y aquí también ¡dura fatalidad ¡ también hubo de estrellarse contra lo aciago de su sino, inquiriendo afanosamente (sin acertarlo tampoco) el califa ideal, con que él soñaba tanto para el oeste como para el oriente del bello Andalús.)

»En el año 1020 (1021 de otros analistas) parece que fué el alma de la reconcentración de eslavos que dio por resultado el que reconociesen y proclamasen como jefe de todos ellos a un nieto del famoso Almanzor, llamado Abdelaziz (hijo de Abderramán Sancho I), que tomó el mismo sobrenombre de su abuelo, si bien los autores árabes le llamaban Almanzor el Pequeño.

(El cual Almanzor el Pequeño, de edad de unos siete años, se había escapado de Córdoba cuando la espantosa y memorable revolución del año 1013.)

»Dicha proclamación se hizo en Játiva; pero a poco se sublevó la ciudad contra Abdelaziz, y vióse este obligado a retirarse a Valencia, en cuyo señorío logró mantenerse.

»Ignoramos si Jairán tomó o no parte en la sublevación de Játiva, y si estuvo a favor o en contra de Abdelaziz; lo que sí aseguran los autores árabes es que por entonces rompió Jairán con él y se retiró a Murcia, donde proclamó a otro nieto del gran Almanzor llamado Abuamir Mohamed, hijo del Almotafar (Abdelmélic Almudafar), el cual, huyendo de las violencias de Alcasím, había abandonado su residencia de Córdoba y se había acogido a la protección de Jairán (otros dicen que se había refugiado en Zaragoza bajo el amparo del rey Almondir I) con una gran cantidad de dinero y alhajas que poseía.

(Este Abuamir Mohamed –anota Prieto Vives en sus *Reyes de Taifas*– «tomo el título de Almotacín» nombre que ha de ser glorioso en los anales de Almería media centuria después adjudicado a otro príncipe harto más esplendoroso.)

»No debieron ser muy del agrado de Jairán los primeros actos de su elegido, porque a poco lo echó de Murcia, y, como se retirase a Almería, los clientes del propio Jairán le arrebataron el dinero y alhajas, a instigación de su señor, y le desterraron también de dicha ciudad, teniendo que refugiarse el desgraciado Abuamir en el occidente de España, donde permaneció hasta su muerte» según Aben Jaldún.

Pero dejemos aquí el Este y tomemos nuevamente a la intromisión de Jairán en los asuntos de Córdoba.

Jairán en contra de Yahya.

«Al cabo de algún tiempo (escribe Almacarí) Yahya recibió aviso de que la ciudad de Málaga, donde su hermano Idris gobernaba en su nombre, estaba a punto de renunciar a su gobierno, pues, mientras Idris estaba en Ceuta, de la cual era también gobernador, los habitantes de la primera ciudad aprovechando su ausencia habían enviado un mensaje secreto a Jairán invitándole a tomar posesión de la ciudad, y este caudillo se preparaba a efectuarlo. Todas estas consideraciones indujeron a Yahya a abandonar su capital. Dejó según esto a Córdoba, y fué a Málaga con unos pocos secuaces leales.»

Por qué pretendió Jairán desposeer a, de Málaga, no lo aclara la historia. ¿Sentiría Jairán resentimiento por la adversa opinión que de él tenía Yahya, según vimos, y que quizá había vislumbrado él, si es que no se la comunicó

algún descontento? ¿Le ofendería acaso Yahya? Punto es este desconocido; lo que sí se conoce es que Jairán, no satisfecho con intentar desposesionarle de, Málaga, hizo lo mismo con Córdoba a principios del 1026.

Viaje infructuoso a Córdoba.

«Los habitantes de esta capital (puntualiza Dozy) no tardaron en disgustarse de la dominación africana (o sea la de Yahya residente a la sazón en Málaga), y prestaron atento oído a los emisarios de los señores eslavos del Este, Jairán de Almería y Mochehid (Modjeid o Mugeit) de Denia (enviados, agrega Alfonso el Sabio, por Habuz rey de Granada), que les decían que, si querían emanciparse de ella sus señores les ayudarían.

»No fué vana esta promesa. En el mes de Mayo del año 1026, cuando los ánimos les parecieron estar suficientemente preparados, marcharon ambos príncipes hacia la capital con numerosas tropas, y los cordobeses se insurreccionaron, echando al gobernador que Yahya les había impuesto, después de matarle gran número de soldados.

(*La Primera Crónica General de España* precisa más la cifra de los muertos, pues dice que «los de Córdoba, cuando vieron que Habuz rey de Granada les enviaba aquellos altos hombres en ayuda, volvieron pelea con los bereberes que quedaran con ellos en la cuidad, y mataron de ellos bien hasta mil». Y continúa el relato en estos términos: «Y echaron de la villa todos los otros; y después recibieron consigo en la ciudad a Jairán y Mochehid, aquellos altos hombres de Habuz rey de Granada. Cuando aquello vieron el alguacil de Yahya y los escribanos y toda la otra compaña suya, huyeron luego y fueronse para Málaga»).

»Hecho esto y abiertas las puertas a Jairán y Mochehid, cuando se trató de construir gobierno, los príncipes se desavinieron; y como Jairán temía que su aliado le hiciera traición (porque, según explica el Rey Sabio, entró entre ellos ambos muy gran envidia, temiéndose de matarse uno a otro) se apresuró a volver a Almería (el 12 de junio). Mochehid quedó todavía algún tiempo en la capital, pero también la abandonó sin haber restablecido la monarquía.»

Acatamiento de Idris.

«Más luego otrosí a poco de tiempo (dice la *Crónica General* de Alfonso X) mató Hizmel hijo de Abet a Yahya, y envió la cabeza de él a Hixém, que era entonces en Sevilla.

»Sobre esto cuando Idris, hermano (de Yahya e Hijo) de Alí, del que ya dijimos que era adelantado de Ceuta, oyó decir de la muerte de su hermano y cómo era el reino enajenado, pasó la mar y vino a Málaga… y Habuz rey de Granada… obedeció a Idris como a rey… y los moradores de la cuidad (de Sevilla) hicieron sus cartas y sus posturas con él, cómo recibían a Idris por rey… y en esta manera misma le obedecieron otros: Carmona y Almería.»

A esta sumisión de Almería al rey Idris ben Hammud es sin duda a la que alude Casiri, apoyándose en el *Suplemento* de Almohaid y en el texto de Aben Alabar, cuando en la enumenración de los Hammuditas dice que "el cuarto fué Idris, hermano de Yahya, «el cual, rendidas Ceuta, Málaga y Almería, fué proclamado rey de las Españas con el nombre de Almetaied».

Últimas luchas de Jairán.

Reintegrado Jairán a Almería después de su ineficaz expedición a Córdoba, como no era posible que hombre tan emprendedor y tan activo perdurase mucho tiempo en vida ociosa, para que no fuese perpétuamente amigable su vecindad con su colega y compañero Mochehid el señor de Denia y de las islas Baleares, la desavenencia ya iniciada en Córdoba degeneró en rompimiento de hostilidades entre ambos y se tomaron represalias.

Y Mochehid, en la lucha que en esta ocasión sostuvo con Jairán según los autores árabes, debió de coger prisionero a Abentahir, que en nombre de Jairán desempeñaba en Murcia el cargo de Arráez, función en que hubo de sustituirle Aben Aljatáb, hasta que rescatado aquél más adelante a la muerte de Jairán fué restituído a su prístina dignidad.

Este Aben-tahir, o Aben-al-tahir, es a quien se refiere Aben Jayán (extractado por Casiri), cuando dice que un «Mohamed ben Ahmad, más conocido por Aben Altahir, que dejó gran fama de sí más por su virtud que por su buena

fortuna, peleó como soldado a las órdenes del eslavo (Jairán) rey de Almería y de Murcia, el cual viendo su fortaleza y prudencia le puso al frente de Murcia.»

Pero lo de su mucha virtud no es cosa muy evidente, ni aun para el mismo Aben Jayán, que agrega: «Declinando la fortuna del rey Eslavo (o Esclavo o Escalabeo); Abu Baker Ben Amar, enemigo suyo y codicioso de su reino, aprovechando una oportunidad pactó alianza con Aben Altahir general esforzadísimo y lo tuvo por aliado de su venganza y de su ambición... Más tarde Mohamed Aben Obad se atrajo asimismo al traidor Aben Altahir, para arrojarlo luego a las prisiones públicas.»

Quede, pues, en suspenso lo de la extremada virtud de Abentahir. Baste saber que Jairán le dió el gobierno de Murcia, y que, habiéndolo perdido en un combate, en que quedó prisionero, el rey siguiente, Zohair, le reintegró a su puesto, el cual mantuvo por cierto con tanta tenacidad, que en el reinado ulterior o sea en el Abdelaziz se alzó con él como propio declarándose dueño independiente, según tendremos ocasión de ver a su tiempo debido.

Postrimerías de Jairán.

Pero no nos separemos de Jairán, pues son contadas las horas que le restan de su batalladora y agitadísima vida.

En el año de la hégira 419 (1028 de Cristo) este espíritu eternamente insatisfecho e inquieto «que tanto contribuyó a destruir, sin crear nada duradero» (Prieto Vives, *Reyes de Taifas*), sintiendo cercano el fin de su existencia, nombró (o por lo menos indicó) para sucesores de sus días a Zohair, otro eslavo eunuco, a quien como testaferro o adelantado suyo hemos visto varias veces sobre todo en Murcia, y hecha tal designación pagó su tributo a la tierra sucumbiendo de muerte natural.

Tal es a grandes rasgos diselada la actuación histórica de Jairán, el luchador Jairán, el primero de los emisores o reyes de taifas de Almería, que legó a esta ciudad la perfección de su indomeñable alcazaba y la independencia de sus valerosos hijos.

II.

Zohair, y la expansión territorial de Almería

Desmenbración
del Califato de Córdoba

A la muerte de Jairán, primer señor independiente de Almería, acaecida en el año 1028, le sucedió en el trono de aquel reino su congénere y lugarteniente Zohair (Abulcasím Zohair Al–amerí), eslavo como Jairán y también según algunos pariente suyo.

Pero si Jairán toda su vida se la pasó batallando, quitando o poniendo reyes, y sólo al morir disfrutó de paz; su sucesor fué exactísimamente todo lo contrario, pacífico la mayor parte de su vida, guerreando en contadas ocasiones, y en cambio sucumbió en un combate.

Su reinado se caracterizó, como vamos a ver, por haber alcanzado durante él el reino de Almería su máxima extensión.

Aben Aljatib en su *Ihata fi tariji Garnata* (diccionario de muslimes ilustres que habitaron en Granada) narra la vida de Zohair entre las de los granadinos ilustres.

Primeros actos de Zohair.

Había sido Zohair, como su predecesor, eunuco de la casa del gran Almanzor del linaje de Amer; y de ahí sobrenombre de Al-amerí, con que le designan los autores árabes, lo mismo que habían hecho y hemos visto con Jairán y con otros eunucos y generales eslavos de la misma clientela.

Después del asesinato de Abderramán, hijo de Almanzor, y de la usurpación del califado por Almahdí en 1009, huyó de Córdoba con otros eslavos, retirándose al Andalús oriental.

Una vez allí, compartió la suerte de Jairán, quien le nombró gobernador de Murcia.

Diez años más tarde, proclamado califa de Córdoba el hermano de Alí, Alcasím ben Hammud, hombre de carácter dulce y conciliador, deseoso de conseguir la pacificación que Alí no había logrado, pugnó por atraerse a los eslavos, confirmándoles en los feudos que ellos se habían tomado y aun aumentándoselos; y al efecto llamó hacia sí a Jairán y ratificó a su testaferro Zohair en el gobierno de Murcia, Jaén, Calatrava y Baeza.

Encumbramiento de Zohair.

Respecto al modo como se llevó a efecto la subida de Zohair al trono de Almería, no están de acuerdo todos los historiadores.

Habla primero Aben Aljatíb, que es el más sucinto y el que parece más autorizado:

«Cuando Jairán sintió próxima su muerte, llamó a Zohair a Almería y le nombró sucesor suyo. Esto tuvo lugar el viernes tercero de la jumada segunda del año de la hégira 419 (1028 de Cristo).»

Conde nos ofrece una versión distinta. Escuchemos su relato:

«El estado de Almería y de toda la parte meridional de España, y las islas Yebiza, Mayórica y Minorica, estaba en poder de los Alameríes, que habían tenido aquellos gobiernos desde el tiempo del hagíb Almanzor Muhamad ben Abi Amer y de sus hijos Abdelmelic y Abderramán; y en el tiempo de guerra civil siempre fueron leales a la familia de los Omeyas; y cuando Jairán Alamerí fué vencido por el Rey de Córdoba (Alí) Ben Hammud, que le quitó el estado y la vida, su pariente Zohair Alamerí, que era entonces valí de Denia, aprovechando la ocasión de la guerra civil y con ayuda de otros Alameríes se apoderó por fuerza de armas de la ciudad de Almería, que la tenía el cadí Muhamad ben Alcasím Zubeldi de Cairevan, por favor del valí de Sevilla Aben Abed, a quien había servido y facilitado el fin de sus intenciones en tiempo de Alcasím ben Hammud rey de Córdoba; y este sabio y valeroso cadí, gobernador de Almería, murió peleando a la entrada sangrienta de Zohair en ella; y dió Zohair el gobierno de Denia a Almería Alí ben Mochehi.»

Ha terminado Conde, pero contra él se lleguen iracundos la mayoría de los historiadores así árabes como cristianos.

Le acusan en efecto de numerosas inexactitudes y errores de bulto.

Jairán (nos dicen) no sucumbió a manos de Alí, antes le sobrevivió (según se ha visto) bastantes años.

Entre Jairán y Zohair no hubo interregno alguno, en que un cadí pudiese empuñar el cetro.

Mal pudo en fin Zohair dar a Mochehid en 1028 el gobierno de Denia, que poseía hacía ya casi 20 años desde los días de Almahdí.

Renunciemos, pues, al relato que da Conde; y atengámonos al de Aben Aljatíb, y creamos con él que al óbito de Jairán bien por indicación por nombramiento suyo le sucedió (pero sin duda, pacíficamente) su apoderado Zohair.

Soberanía de este rey.

Elevado ya Zohair al trono «parece haber ejercido como su predecesor el poder real pero sin asumir el nombre o insignia de él, contentándose con el modesto título de hagíb del Beni Omeya (Hixém), por el cual y en nombre del cual él profesara mantener sus dominios durante la usurpación del Beni Hammud (Alí).»

El único honorífico dictado que agregó a su nombre fué el de Amido-daula (columna del estado).

Pero su autoridad fué indiscutiblemente omnímoda, llegando incluso hasta batir monedas. Suyo en efecto parece, aunque sin nombre ni fecha, el único ejemplar que se conoce de monedas de las taifas eslavas acuñado en Almería.

Por cierto que esta moneda presenta la peculiaridad de invocarse en ella al califa Abdala, cosa en contradicción con la afirmación general de que ya en su reinado perseveró fiel a los Hammuditas. Yahya es también hecho insólito (que ofrece esta moneda y como ella otra de Murcia) el consignar el nombre de la ceca en la leyenda central.

Extensión del reino Zohair.

Pero lo que caracteriza más que nada el reinado o emirato de Zohair es la increíble extensión que alcanzó bajo su cetro el estado en sí pequeño de Almería: expansión la más grande que jamás tuvo, y que se desmoronó al mismo tiempo que la existencia de este insigne rey de Taifa.

Reseñemos esos límites.

Gobernaba Zohair, viviendo aún Jairán, a Murcia, Jaén, Baeza y Calatrava; y si el texto seguido por Conde mereciera autoridad en este extremo, también regentaría a Denia.

A poco de suceder a Jairán en el solio de Almería, sabemos que adicionó a sus dominios la ciudad de Játiva.

Dirhem bajo Abdelaziz

Monedas de Almeria

dirhem

de

Zohair

Dirhem bajo Abdelaziz

portvondo

En fin, un domingo, el 24 de Sabán del 425 de la hégira (14 de julio de 1034 de Cristo), según Aben Aljatíb en su *Ihata,* se hizo dueño de Córdoba, y la poseyó poco más de un año, osea exactamente durante quince meses y medio.

Comprendía, pues, Almería en aquella época, de un lado a Játiva y Murcia llegando hasta tocar con Denia y con Valencia; por el lado contrario abarcaba la parte oriental de la actual provincia de Granada, la comarca de Jaén y parte del reino de Córdoba; en fin se internaba hasta bien cerca de Toledo poseyendo a Calatrava.

Y unos dominios tan vastos los gobernó Zohair con gran justicia, prudencia y valor siendo bien pocas en número las disensiones que hubo de sostener con los señoríos limítrofes.

Su visir de Murcia.

«Zohair al suceder a Jairán se encontró (mejor diremos soportaba) de gobernador (o delegado) en Murcia a uno de los Beni Aljatáb (elegido indudablemente por Jairán). Pero Zohair, a quien no inspiraba Aben Aljatáb confianza, sino más bien temor de que se alzase contra él reconociendo a Mochehid (señor de Denia) le destituyó y desterró a Almería, en donde murió el infortunado gobernador, sin que jamás se le hubiese permitido regresar a su ciudad natal.

»Para sustituir a Aben Aljatáb en el gobierno de Murcia puso Zohair a Abentahir, rival y enemigo personal de aquél… Y dice Aben Alabar (alegado por Dozy en sus «Noticias») que Zohair confió este gobierno a Abentahir volviéndole de esta suerte a su anterior situación y dignidad.» (Gaspar Remiro, *Historia de Murcia Musulmana*).

Este Abentahir es aquel a quien vimos al fin del reinado de Jairán caer cautivo en manos de Mochehid, señor de Denia y de las islas Baleares, perdiendo el cargo de Arráez de su ciudad de Murcia, que ahora se le devuelve.

El cadí de Almería.

Mas, si con dureza excesiva y sin justificativo bastante, por manera suspicada (¡oh terrible razón de estado!), destituyó Zohair a su visir de Murcia, nada pudo lograr de él que desposeyése de su dignidad a su juez o cadí de Almería.

Atendamos a la relación de Almacarí:

«Es referido (dice) en cierto sitio, por un doctor natural de Almería, que al cadí Abulhasán Mujtar Arroainí, que fué famoso por su ingenio y gran elocuencia, le aconteció en una ocasión ser citado a la presencia de su soberano Zohair el Esclavonio, rey de Almería, el cual estando entonces ocupado en administrar justicia en el salón de su palacio, deseaba oir su opinión acerca de cierto caso legal.

»Cuando Arroainí recibió la citación, se apresuró a obedecerla y comenzó a caminar hacia el palacio, aunque con un paso muy lento y el ademán grave y majestuoso usado generalmente por los cadíes.

»El mensajero de Zohair, que iba a su lado y que sabía cuán impaciente debía de estar su señor, le indicó que se diese prisa y apresurase el paso; pero Arroainí, desoyendo sus advertencias, continuó marchando con igual calma y lentitud, tanto que transcurrió un tiempo considerable antes de que llegase al palacio del sultán.

»–¿Qué te pasa, que has tardado tanto, oh Arroainí? –le dijo Zohair, cuando entró en el salón de audiencia.

»El cadí no respondió nada, pero, desandando su paso y retrocediendo hasta la puerta, cogió un bastón de manos de un sirviente, y, levantando con una mano la parte inferior de su vestido, tomó el aire y se puso en postura de hombre que está pronto para correr.

»–¿Qué significa todo eso? –dijo el sultán atónito.

»–Esto significa, respondió Arroainí, que estoy pronto para tomar posesión de mi nuevo oficio; porque, cuando venía hacia ti, viendo que este ujier tuyo me urgía a que apresurase el paso y me metía prisa, se me ocurrió que debía de haber sido privado de mi cargo de cadí y nombrado en cambio soldado de tu cuerpo de guardia.

»Zohair entonces soltó una cordial risotada, y desde aquel momento nunca más le reprendió por andar con demasiada lentitud.»

Su esterero de Calatrava.

Pero penetremos ya en el momento, no diré más importante pero sí de mayor emoción, del reinado de Zohair: año del Señor 1035.

Un hombre osado va a cruzarse en su camino y a sacarle de su habitual serenidad y a provocarle amenazas de guerra y a hacerle visitar cortes extrañas para gestionar alianzas defensivas, acquistarse enemistades, cosechar disensiones, encender guerras y acarrearse a lo último la muerte: muerte oscura derrotado, fugitivo, perseguido, despeñado.

Llamábase aquel aventurero Jaláf. Al parecer (lo dice Aben Jayán, citado por Aben Basám) procedía de Almería. Pero él se había establecido en Calatrava, donde ejercía el oficio de esterero.

Un día Jaláf se dejo ver en Málaga. ¿Qué personalidad es la que ostenta? ¿Porqué le ofrenda honores y homenaje un coro eximio de magnates y de nobles, crédulos unos, ambiciosos otros, todos aduladores?

Jaláf se parecía exorbitantemente al último legítimo califa de la fastuosa dinastía Omeya, al malafortunado Hixém II; y es ya sabido que, cuando el trágico y ominoso asalto de Córdoba en 1013 por las feroces hordas berberiscas acaudilladas ¡oh paradoja! Por el bondadoso Solimán, Hixém desapareció para siempre.

¿Qué había sido de Hixém?

¿Murió en la hórrida mazmorra? ¿Pereció violentamente asesinado? ¿Consiguió evadirse de la prisión? ¿Se le otorgó libertad a condición de subsistir ignorado en Africa o en Asia? Nadie jamás lo supo. Solimán (ya lo vimos) dijo que había muerto, y para el trono lo fué; pero su anciano y venerado padre juró cara a la muerte por sus barbas de plata jamás convictas de falsedad ni perjurio que Hixém respiraba aún. Y así lo sentía el pueblo, y aceptaba y divulgaba cuantos rumores querían propalarse respecto de su vida.

Por eso Jaláf, el impostor Jaláf, consciente de su enorme semejanza física con Hixém II, surgió una tarde en Málaga haciéndose pasar por aquel desventurado califa, obcecando realmente a algunos fátuos, simulando otros ¡oh interesadas miras! que le reconocían, pero no logrando convencer a todos de su supuesta personalidad. Y he aquí lo que contaba.

Exuberancias de una fantasía oriental. De califa a jornalero.

En tiempo de Solimán, con el auxilio de almas compadecidas de su ingente infortunio y perennes desdichas, había logrado eludirse de la cárcel del palacio cordobés. Y al momento de ponerle en libertad: «Tomad, le habían instado, guardad esta bolsa llena de monedas de oro y de piedras preciosas, para que podáis subvenir a vuestras necesidades; y ponéos fuera del alcance de vuestros encarnizados enemigos refugiándoos en la Meca.»

Y provisto del dinero, allí arribó el desdichada monarca. ¿Por qué prentendería presentarse ante el emir? Los codiciosos desalmados negros de su guardia husmearon el tesoro que recataba y despiadados se lo arrebataron.

Dos lastimosos días y dos noches, dolorido y desalentado, vagamundeó por las calles el nobilisimo califa; y agotado, desfallecido y muerto de hambre estaba, cuando tropezó con las entrañas compasivas de un humilde alfarero. «¿Sabéis amasar barro?» le preguntó el artesano, lastimado de su faz escuálida y su extrema miseria. Y el ex califa a la ventura contestó que sí. «Pues en ese caso (continuó el alfarero), si tú quieres entrar a mi servicio, yo te daré un dirhém y un pan diarios.»–«Acepto con sumo gusto vuestro generoso ofrecimiento, le respondió Hixém; pero os suplico: ¿no pudiérais darme enseguida si quiera un poco de pan? ¡Hace dos días que estoy sin comer!»

Y así paso algún tiempo el ex-monarca Hixém, ganándose la vida ¡misera vida! bajo el techo de un humilde alfarero; pero era obrero malo, obrero perezoso; y, disgustado al cabo de tan ruín menester, una mañana abandonó el portal del alfarero y se incorporó a una caravana que se ponía en viaje rumbo a Palestina y llego a Jerusalén en la más lamentable desnudez.

Y un día, que paseaba por el mercado, se detuvo delante de la tienda, en que trabajaba un esterero.»¿Por qué me miras con tanta atención? ¿Sabes acaso mi oficio?»–«No, le respondió tristemente Hixém, y lo siento, porque no tengo que comer.»–«Pues quédate conmigo, repuso el esterero; podrás servirme acarreándome juncos, y yo te lo pagaré.» Con júbilo aceptó Hixém esta proposición; y poco a poco aprendió a hacer esteras.

Y se deslizaron así muchos años; y al cabo, en 1033, llevado del anhelo de volver a España, dejó Jerusalén, confió su vida a una frágiles velas, y tras incontables y azarosos días de navegación desembarco en Málaga.

Contratiempo inesperado.

Toda esta fábula narraba el impostor para hacerse pasar por Hixém II; más, no convenciendo a los más, de Málaga pasó poco a poco a Almería.

¡Ay, que en su tierra no ha logrado nunca nadie crédito de profeta! ¿Cómo ha de engañar allí al eslavo Zohair, cliente antaño del gran Almanzor, y educado como tal en la corte de Córdoba a los pies mismos del auténtico Hixém ¿Y procediendo Jalád de Almería ¿iba a lograr embaucar a sus coterráneos, y acaso a sus mismísimos parientes, por mucha analogía corporal que le asemejara a Hixém?

Fué un paso desacertado.

Y enfurecido Zohair con la burda maraña, expulso de sus dominios al seudo-Hixém, el cual se refugió en Calatrava; y como no había nacido allí, sus crédulos y simples convecinos fueron poco a poco prestando fé a aquellas supercherías, y acabaron por quererle como a soberano, y se rebelaron contra su señor, que era a la sazón Ismael ben Dinnún, príncipe de Toledo, el cual acudió entonces a sitiarlos, y, no sintiéndose ellos con esfuerzo para una larga y porfiada resistencia, hicieron al falso Hixém abandonar la ciudad y se sometieron a su anterior señor.

Un cadí desaprensivo.

«Sin embargo (exclama Dozy), el papel de Jaláf no había concluido; no hacía más que comezar.

»En cuanto el cadí de Sevilla (el astuto Abulcasím Mohamed ben Ismael) supo la reaparición de Hixém, comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de este hombre, si le hacía venir… Hizo, pues, invitar al pretendiente a ir a Sevilla, prometió su apoyo, en caso de que se probara su identidad.»

Y habiendo sido allí reconocida o admitida como tal la soberanía de, Hixém, y logrado que la acataran también los príncipes de Carmona, Valencia, Denia y Tortosa y aun por brevísimo espacio el presidente de la república de Córdoba en 1035, habiendo perecido Yahya el principal enemigo de Sevilla, el ambicioso y maquiavélico cadí «resolvió (nos dice Dozy) volver sus armas contra el único príncipe eslavo que había rehusado reconocer a Hixém II, que era Zohair de Almería.

»Desde que el califa Casím (que quiso conciliarse la amistad de los Alameríes o Amiridas) le dio muchos feudos, Zohair había hecho de ordinario causa común con los Hammuditas, y, cuando Idrís fué proclamado califa, se había apresurado a reconocerlo. (Consúltese la carta que Zohair mandó escribir a los cordobeses por medio de su ministro Aben Abás.)

Alianza provechosa.

«Amenazado ahora por el cadí, se alió Zohair con Habús de Granada, y, cuando se puso en marcha el ejercito sevillano, le salió al encuentro con sus tropas y las de su aliado y le obligó a retirarse.

»Era evidente que el cadí había presumido demasiado de sus fuerzas, y podía temer que llegara el momento, en que los ejércitos de Almería y de Granada tomando a su vez la ofensiva, invadieran el territorio sevillano. Felizmente para él, la casualidad, que le servía casi siempre a pedir de boca, quiso que uno de sus enemigos le desembarazara del otro.»

Mas, antes de que se enturbien los acontecimientos, hagamos una brevísima pausa para conocer a dos notables personajes de esta época.

El historiador Said.

Uno se llama Abulcasím Said, y, aunque oriundo de Córdoba, ha nacido en Almería en 1029; y hará su nombre glorioso, cuando haya sido discípulo del famoso Aben Hazám, y esté afiliado a la secta de Málic, y se distinga como cadí de Toledo por el rey Yahya ben Dinnún, y componga entre otros libros la notabilísima obra histórica *Tabacat Aloman* (clases de los pueblos). Pero no nos detengamos aquí más con él, pues volveremos a encontrarle bajo Almotacín.

El visir Aben Abás.

Ahora corro a presentarte, oh lector pacientísimo, al más notable bibliómano de la población y aún de la España árabe, con el cual ya hemos tropezado, pero que esta vez no se nos escapará sin que por fuera y por dentro le hagamos la anatomía.

¿Su nombre? Abu Chafar ben Abás. ¿Su profesión? Gran visir de nuestro soberano Zohair. ¿Sus aficiones? Bibliógrafo recalcitrante y aún impenitente. ¿Sus cualidades? Estas que siguen (y que detalla don Julián Ribera en sus *Bibliófilos y Bibliotecas de la España musulmana*):

«Decían sus contemporáneos que nadie aventajaba a este bibliófilo en cuatro cosas: en tener dinero, en tener avaricia, en tener vanidad y en escribir bien.

»Según informes de los mismos, era un guapo mozo, de apuesta y gallarda figura, que heredó de sus padres una fortunita, en la que solo en moneda contante y sonante (a parte fincas rústicas y urbanas) había 500.000 mizcales de oro «chafaríes», es decir, unos noventa millones de reales (¡una insignificancia!).

»Estudió con gran aprovechamiento todas las ciencias, especialmente el derecho y aquellas ramas del saber que más se relacionan con la carrera de la política, en la que llegó (según se ha dicho antes) al cargo de ministro.

»Se le achaca el pecado de la avaricia, sin duda porque en el gasto de su casa y persona no se ponían de manifiesto las rentas que sus bienes producían.

»Sus diversiones (aparte del placer de coleccionar libros) eran muy baratas: no hacía otra cosa que jugar al ajedrez, al que era aficionado sempiterno.

La monomanía.

«Sin embargo, en la adquisición de códices, hojas sueltas antiguas, cuadernos desvencijados, trozos de tela, cacharros y muebles, no era regatón ni tacaño sino espléndido, liberal y hasta pródigo.

»Bien lo daban a entender los libreros, copistas y comerciantes, que con él trataron: muchos de ellos se hicieron ricos con este solo cliente, el cual tenía la costumbre de pagar triple valor que el precio ordinario de los libros, pues se había convencido de que era el mejor medio para que los agentes y libreros le trajeran los mejores.

»Con tal sistema reunió una biblioteca mónstruo, que excedió de 400.000 volúmenes encuadernados y completos, fuera de papeles y cuadernos sueltos, que eran innumerables, llenando su palacio, además, de cachivaches viejos.»

Por esta colección estupenda y otras tales, de que Almería abundaba en esta época, no sin causa era tenida por una de las ciudades andaluzas más famosas en cuestión de bibliotecas.

Más si al visir Aben Abás pocos se le acercaban en copiosidad de libros, menos aún rivalizaban con él en petulancia, orgullo y vanidad.

Altanería del ministro.

Joven (unos treinta años), buen tipo (lo hemos visto), rico como un nabab (su palacio lo describen amueblado magníficamente y atestado de sirvientes y teniendo para su solaz únicamente de cantoras hasta quinientas de extremada e inaudita belleza), nobilísimo (pues pertenecía a la antigua tribu de los defensores del Profeta) y elegante y elocuente y de gran reputación aún literaria, ¿qué extraño es que nuestro visir pareciese algo arrogante y tocado de vanidad?

Frecuentemente, pero más que nunca cuando jugaba al ajedrez, repetía estos versos, que él mismo había compuesto, y eran un reto al destino:

Cuando se trata de mí,
la desgracia siempre duerme,
y expresa prohibición
de causarme daño tiene.

Por ellos la opinión pública le juzgaba presuntuoso; y un osado poeta, haciéndose eco del sentir vulgar, cambió el final de esta guisa:

Si, cuando de ti se trata,
la desgracia crees que duerme;
tiempo vendrá, en que el destino
siempre en vela la despierte.

Sus enemigos.

Hombre de extremo refinamiento, cierto día que fué a Córdoba, desagradado de sus habitantes, «No he visto aquí, aventuró, sino mendigos e ignorantes.»¿Cómo iban a verle con buenos ojos y a no aborrecerle? En otra ocasión dijo en sus versos:

Aunque los hombres todos
fuesen hoy mis esclavos;
con todo, insatisfecho
mi espíritu aún sería.
Más alto que los altos
astros ir yo quisiera;
y una vez a su lado,
subir aún más querría.

Y la envía, enemiga suya, censuraba mordaz aquellas pretensiones sin medida.

Arabe puro, aborrecía a los berberiscos, y los judíos le inspiraban profundísimo desdén. ¿Con qué aversión por tanto no vería aquella alianza enojosa, de su señor Zohair, para librarse del cadí de Sevilla, tuvo que pactar con el bereber Habús, emir o saheb de Granada, que tenía por favorito y por primer ministro al rabino Samuel Ha-Levi Aben Nagdela?

«De cierto (dice el historiador) con Aben Bacana, visír de los Hammuditas de Málaga, trató primero de derribar a Samuel. Para lograrlo inventó innumerables calumnias, pero no lo consiguió.

»Entonces procuró malquistar a su señor con el rey de Granada, comprometiéndole a prestar su apoyo a Mohamed de Carmona, enemigo de Habús, y este plan le salió bien».

Ruptura de relaciones.

Trató Aben Abás de malquistar con Habús rey de Granada a su señor el monarca de Almería Zohair, comprometiéndole a prestar su apoyo a Mohamed de Carmona, enemigo de Habús.

¿Cómo no preveería las funestas consecuencias de aquel paso?

Su entendimiento claro y despejado ¿no le diría a grandes voces: ¡Oh Aben Abás! ¿ qué demencia es la tuya? ¿No ves, malaventurado de ti, que arriesgas a tu señor en un juego peligrosísimo, que puede muy bien costaros a uno o a otro la vida? Mira que el aborrecimiento hacia el visir judío de Granada te ciega; y que te obceca el orgullo de tus ascendientes, no importándote tanto como debiera el que aunque eunuco es tu rey Zohair; y que la ambición (inconfesada ambición de sucederle y aun de suplantarle) anubla tu inteligencia? Que no es Granada tan débil cual tú te imaginas, ni tan fuertes los almerienses como se te antojan. Sabe, en fin, oh príncipe irreflexivo, que tu porvenir y tu sino están eslabonados fatalmente a los de Zohair, y que, si su estrella se eclipsa, se nublará la tuya al mismo tiempo.

Pero Aben Abás no está para reflexiones, y así poco le importa enemistar a su señor con el granadino Habús. Felizmente para él entonces Habús murió de allí a poco, en junio de 1038, dejando dos hijos, Badis y Bologuín, de los cuales el primero ocupó el trono con acquiescencia absoluta del otro.

Alianza impracticable.

Y he aquí que, según refieren los historiadores árabes (y nosotros transcribimos siguiendo a Dozy), el nuevo príncipe, por amor a la paz, y para evitar volviesen a reiterarse las amenazas e incursiones guerreras del cadí de Sevilla, (obstinado todavía en hacer que reconociesen todos al seudo-Hixém II, al esterero antiguo de Calatrava), guiado pro ambos móviles Badis hizo cuanto estuvo en su mano para reanudar la alianza con el señor de Almería.

Zohair le declaró al fin que todo quedaría arreglado en una entrevista.

Y al efecto, sin la consideración debida ni solicitar permiso previo para cruzar la frontera, (que el poco aprecio hacia el rey berberisco y el rencor para con el judío, que continuaba de primer ministro, no dieron lugar a pensar en

las precisas y convenientes cortesías), Zohair acompañado de Aben Abás y de un numeroso y magnífico cortejo se presentó inopinadamente a las puertas de la ciudad de Darro y del Genil.

Grandemente ofendido quedó Badis, por la desatención y atropello, de que acababa de ser objeto; pero, ansioso de llegar a una avenencia, hizo caso omiso del agravio inferido y acogió a Zohair (como sí nada hubiera pasado) con todo género de deferencias y obsequiosidades, tratando suntuosamente a la gente de su séquito y colmándola de regalos.

Pero la altanería de Aben Abás, contagiando a Zohair, hizo infructuosas las negociaciones.

Pretendía Badis, asesorado por Samuel, que el rey de Almería no apoyase en su contra al señor de Carmona y que a lo menor guardase neutralidad (ya que rehusase en este punto), único modo de que pudiese Badis dignamente formar con Almería alianza contra el cadí sevillano.

Pero Zohair, por inspiración del terco Aben Abás se negó altaneramente a hacer concesión alguna; y, no conteniéndose en esto, adoptó con relación a Badis un tono y un lenguaje de jactación verdaderamente lesivos para su dignidad.

Y, ya pensaba Badis en castigar por ello al emir de Almería, cuando uno de los más respetables caudillos granadinos, llamado Bologuín, como el hermano del rey, anheloso también de paz, interpuso su influencia.

«Dejadme a mí, dijo a Badis y a sus encolerizados consejeros, realizar una experiencia última, y yo gestionaré y acaso recabaré una conciliación.»

Y aquella misma noche llamó a las puertas del porfiado Aben Abás, y cuentas que le dijo:

«Temed el castigo de Dios. Vos sois quien impide a nuestros reyes llegar a un acomodamiento: porque vuestro señor se deja guiar por vos. Sin embargo, sabéis lo mismo que nosotros que, cuando obrábamos de concierto, salíamos bien de todas nuestras empresas, de modo que todos nos envidiaban.

Pues bien: restablezcamos nuestra alianza. El punto en que no hemos podido entendernos hasta ahora, es el apoyo que prestáis a Mohamed de Carmona. Abandonad a este príncipe a su suerte, y todo lo demás se arreglará por sí mismo.»

Y Aben Abás le respondió en un tono medio protector y medio desdeñoso.

Entonces el berberisco intentó conmover su corazón, abrazándolo tiernamente y derramando lágrimas. Pero terco Aben Abás le repelió: Guárdate esas demostraciones y esas palabrerías, que no me hacen ninguna mella. Lo que te dije ayer, lo repito hoy: si tú y los tuyos no hacéis aquello que nos dá la gana, yo haré de modo que lo granadinos os arrepintáis.

Exasperado con estas amenazas, exclamó aún Bologuín: «¿Es esa la respuesta que debo llevar al Consejo?»

Y Aben Abás acentuó despreciativo: «La misma; y, si quieres atribuirme términos todavía más fuertes también te lo permito.»

Vertiendo lágrimas de indignación y de ira, regresó Bologuín a presencia de Badis y de su Consejo; y, cuando hubo contado la conferencia que había tenido con el visir, les increpó diciendo: «¡Oh Chinejitas! ¿Se puede soportar más la arrogancia de ese hombre? ¡Aprestáos a humillársela! De lo contrario, no seréis dueños ¡ni de vuestras casas!».

Los granadinos participaron de su enojo, y el que más irritado se mostró fué el otro Bologuín, hermano del rey Badis, el cual le requirió a éste: «Ahora mismo, en este preciso instante, sin dilatarlo un punto, es necesario, Badis, que toméis las medidas necesarias para castigar a los almerienses.» Badis se lo prometió.

La venganza de Badis.

Era forzoso, para que Zohair regresase a sus estados, pasar por entre muchos derrumbaderos y por el sitio de Alpuente, llamado así por el puente que allí existe entre barrancos, puente que Badis ordenó cortar, a la vez que con soldados hacía que fuesen ocupados los escabrosos y dificilísimos desfiladeros.

Aviso desatendido.

Pero aunque era africano Badis, la idea de la emboscada tendida contra un antiguo aliado de su padre y contra un señor confiado en su hospitalidad y en resumidas cuentas contra todo un emir y caballero, aunque fuese enemigo suyo, le atarazaba y mordía el corazón; y, como no estaba tan exasperado como su hermano contra Zohair, y a pesar de los pasares no desesperaba todavía de poder atraerle alguna vez a mejor acuerdo, resolvió advertirle secretamente del gran peligro que le amenazaba.

Para ello (según Dozy) se valió de un oficial berberisco, que servía en el ejército de Almería, el cual bien informado fué a buscar a Zohair durante la noche y le habló en estos términos.

«Creedme, señor, cuando os digo que será difícil pasar mañana los desfiladeros que hay en el camino. Os aconsejo, pues que salgáis al instante; y acaso de este modo podáis pasarlos, antes que los granadinos los hayan ocupado; y entonces, si os persiguen, podréis presentarle batalla en el llano o poneros a salvo en algunas de vuestras fortalezas.»

Este consejo pareció no desagradar a Zohair; pero Aben Abás, que asistía a esta conversación, exclamó furibundo: «¡El miedo es lo que te hace hablar así!»

«¿De mí es de quien decís eso? (contestó el oficial); ¿de mí, que he tomado parte en veinte batallas mientras que vos no habéis visto ni una? ¡Pues bien! Pronto veremos a quién el tiempo le dá la razón.»

Y salió indignado.

Los enemigos de Aben Abás –y ya hemos dicho que tenía muchos– pretenden (prosigue Dozy) que había rechazado el consejo del oficial berberisco, no porque lo creyera malo, sino porque deseaba que fuera muerto Zohair. Aben Abás (nos dicen) tenía ambición de reinar en Almería, y quería que Zohair muriera combatiendo contra los granadinos, pues esperaba poder salvarse por la fuga y hacerse proclamar soberano en aquella ciudad.

Acaso haya algo de verdad en esta acusación: hemos de ver por lo menos mas adelante que Aben Abás se alabó en presencia de Badis de haber metido a Zohair en un lazo.

La celada.

Sea de esto lo que quiera, a la mañana siguiente (3 agosto de 1038) Zohair se encontró cercado por las tropas de Granada.

Los soldados quedaron consternados, pero él no perdió su presencia de ánimo. Puso en orden de batalla su infantería negra, que eran quinientos hombres, y sus andaluces; y ordenó a su teniente Hodhail que cayera sobre los enemigos al frente de la caballería eslava.

Hodhail obedeció; pero, apenas empeñado el combate, quedó desmontado, ya sea de un lanzazo, ya porque tropezara su caballlo; y sus jinetes huyeron en el mayor desorden.

En aquel mismo instante Zohair fué abandonado por los negros, en quienes sin embargo tenía gran confianza. Mas los negros se pasaron al enemigo después de haberse apoderado del depósito de armas.

No quedaban, pues, más que los andaluces; pero estos, que eran en general muy malos soldados, no pensaron más que en huir, y quieras que no Zohair tuvo que hacer otro tanto. Sin embargo, como estaba cortado el paso de Alpuente y los desfiladeros se hallaban ocupados por los enemigos, los fugitivos tuvieron que refugiarse en la sierra.

La mayor parte fueron acuchillados por los granadinos, que no daban cuartel; otros perdieron la vida en las fragosidades y asperezas de los montes; y el mal aconsejado Zohair con no pocos de sus soldados y de su cortejo fué encontrado ya yerto y hecho pedazos a los pies de un abrupto precipicio. Había muerto despeñado.

Fin de las altiveces del orgulloso visir de Almería.

Buen número de soldados almerienses y casi todos los empleados civiles del cortejo del difunto rey Zohair, entre los que se contaba su visir Aben Abás, habían sido hechos prisioneros, habiendo mandado Badis que se les perdonara a los últimos la vida. Aben Abás creía por eso no tener nada que temer, y no se inquietaba (según el relato de Dozy) más que por sus libros.

«¡Dios mío, Dios mío! clamaba; ¿qué será de mis paquetes?» Y encarándose petulante con los soldados que le

conducían ante Badis, les dijo: «Id a decir a vuestro señor que tenga mucho cuidado con mis paquetes, para que no se rompan, porque contiene libros de inestimable precio.»

Cuando hubo llegado a presencia de Badis, le dijo jactancioso y sonriendo: «¿No os he servido bien, puesto que os he entregado a esos perros? (Y señaló con la mano a los prisioneros eslavos). Hacedme, pues, un servicio a vuestra vez: mandad que se respeten mis libros, que es lo que más me interesa».

Mientras hablaba así, los cautivos almerienses le lanzaban rencorosas y furibundas miradas; y uno de ellos el capitán Aben Chabíb, dirigiéndose a Badis exclamó rebosando indignación:

«¡Señor! ¿Por Aquel que os ha dado la victoria, os conjuro y os requiero a que no dejéis escapar a ese infame, que ha perdido a nuestro señor. Él es quien tiene la culpa de todo lo que ha sucedido. Por contemplar su suplicio, me dejaría de buena gana cortar enseguida la cabeza.»

Almería estas palabras sonrió Badis de ninguna manera benévola, y en el acto mandó poner en libertad al capitán, que fué así el único de los militares que salvó su vida, pues todos los demás fueron sucesivamente entregando sus cuellos al verdugo.

Por el contrario Aben Abás, con hondo estupor suyo y con un mal humor irreprimible, fué el único de los empleados civiles que no fué puesto en libertad.

Comienza a descorrerse la venda.

Entonces empezó a conocer al fin el orgulloso visir a la desgracia, a quien durante su prosperidad con loca audacia había desafiado en sus criticados verso; y comenzó a echar de ver cómo empezaba a cumplirse la predicción del poeta almeriense. Almería instigación seguramente de su implacable enemigo el judío visir del Albaicín, que en justa reciprocidad le aborrecía de muerte, fué encerrado en un calabozo de la Alhambra; y considerándolo como un traidor y culpable de la sangre de su rey, le abrumaron con cadenas, que no pesaban menos de cuarenta libras.

Aun así todo, y aunque sabía que Badis estaba muy irritado con él y que el ministro Samuel deseaba su extermi-

nio, sin embargo, conociendo la avaricia de Badis, alimentaba todavía alguna esperanza.

Badis, a quien hizo ofrecer treinta mil ducados como precio de su libertad, mandó responderle que ya tomaría su demanda en consideración; y efectivamente dejó pasar cerca de dos meses sin decidir en contra suya nada.

Fuerzas contradictorias.

Durante este tiempo luchaban contrarias influencias en la corte granadina.

Por una parte el embajador cordobés, amigo del ex-visir de Almería, solicitaba la libertad de los prisioneros y principalmente la de Aben Abás.

De otro lado los ciudadanos de Almería, en especial los numerosos enemigos de Aben Abás haciéndole único responsable de todo lo acaecido, insistían cerca de Badis para que lo condenara a muerte. Lo mismo urgía el representante y cuñado de Abdelaziz de Valencia, príncipe que (como veremos enseguida), so pretexto de que Zohair, era cliente suyo, se había apresurado a alzarse con el reino de Almería y temía que Aben Abás le disputara el poder. Y para que la balanza acabase de inclinarse en contra de Aben Abás, ahí estaba el odio inmenso del visir Samuel y la cólera del Consejo granadino.

Badis sin embargo no sabía qué partido tomar: de un lado la avaricia y de otro la venganza reñían porfiada lucha en su corazón.

Pero una tarde, que se paseaba a caballo con su hermano Bologuín, le habló de la proposición de Aben Abás y del dinero que le había ofrecido, y el pidió su opinión.

«Sí aceptáis su dinero, le contestó Bologuín, y recobra su libertad, os suscitará una guerra, que os costará doble. Soy, pues, de parecer que lo matéis enseguida.»

Concluído el paseo, Badis hizo traer a su presencia al prisionero; y cuando el ex-visir, tan altivo antes, compareció abatido y demacrado, quebrantado en cuerpo y alma, el rey le reprendió sus culpas con las palabras más duras.

Aben Abás esperó con resignación el fin de la larga invectiva; y, así que el rey acabó de hablar, exclamó: «¡Señor,

os suplico que tengáis piedad de mí, librándome de mis penas!.»

«¡Hoy mismo quedarás libre!» le respondió el príncipe; y como viera brillar un rayo de esperanza en la pálida y triste fisonomía de su prisionero, se calló por un momento. Después continuó con una sonrisa feroz: «Pero irás antes, adonde sufras mucho más.»

Y acto seguido le dijo a Bologuín algunas palabras en berberisco, lengua que Aben Abás no comprendía. Pero esta acción, las últimas palabras que le había dirigido Badis, su terrible sonrisa, su aire feroz y gesto amenazador, todo le estaba diciendo con sobrada claridad que iba a sonar su última hora.

«¡Príncipe, príncipe (exclamó el ex-visir cayendo de rodillas, pugnando por abrazarse a los pies de Badis, a quien tanto aborreciera y despreciara). ¡Perdonadme la vida, os lo suplico! ¡Tened piedad de mis mujeres y mis pequeñuelos! ¡No son treinta mil ducados los que os ofrezco; son setenta mil! Pero dejadme la vida. Por vos, por vuestro reino, por vuestra alma, ¡Por amor de Díos!

Badis escuchó sus súplicas sin contestar palabra y sin pestañear; luego, blandiendo su azaga, se la sepultó en el pecho. Su hermano Bologuín y su camarero Alí ben Alcaraví hicieron otro tanto varias veces; y Aben Abás, que no cesaba de implorar a gritos clemencia a sus verdugos, se desplomó al fin muerto: tenía diecisiete heridas.

Su muerte fué el 24 de septiembre de 1038.

¡Tan sangriento remate mereció la altanería del visir del finado Zohair !

Muerto este rey y muerto su ministro, Almería perdió temporalmente su preciada independencia, pues vino a enseñorearse de ella (siquiera solo fuese por un trienio) el señor de Valencia, Abdelaziz.

III.

Abdelaziz, paréntesis en la independencia de Almería.

TAN pronto como se supo en el resto de la España musulmana la desastrada muerte del rey de Almería Zohair, acaecida (según vimos) en territorio granadino el viernes 28 del mes de Xavál del año 429 de la hégira (3 de agosto de 1038); Abdelaziz Almanzor Alamerí, señor de Valencia, apresurose a venir a Almería.

¿Quién pondrá en tela de juicio (decía él) el absoluto derecho que me corresponde al trono de Zohair? ¿No hereda entre nosotros el patrono al eslavo liberto? ¿Y no era Zohair antiguo eunuco de mi abuelo Almanzor?

Y basándose en el derecho de clientela, que le competía sobre los bienes de todos los Alameríes, dióse prisa Abdelaziz a anexionarse de la Ciudad de los Espejos y de todos sus confines.

Mas no pudo obtenerlos ya completos. Según Aben Aljatíb (en su *Amal Alalam*) Badis había hecho ya uso de su carácter de vencedor de Zohair. «¡Oh, qué hermoso y cuán extenso territorio el de Jaén! ¡Hasta las puertas mismas de Córdoba se dilata!» Y se había apoderado de casi todo él, incorporándolo para lo sucesivo al reino de Granada.

Y Abdelaziz se aposentó en Almería.

Y como soberano legítimo acuñó numerosísimas monedas análogas a las de Valencia, es decir, fracciones de plata y oro, siempre de buena ley aunque algo toscas, leyéndose en ellas muchas veces la ceca y aún algunas fechas, y figurando allí no solo el nombre del rey, o sea Almanzor, sino también el del hijo suyo Annásar, así como los dictados de Gálib, Abdelraim y otros más.

Porque es preciso saber que Abdelaziz dividió entre sus tres hijos sus tres reinos de Valencia, Murcia y Almería, aunque probablemente la muerte sucesiva de los dos mayores llevó al tercero Abdelmelic Annásar al primer lugar.

Y aún estaba Abdelaziz en Almería, seguramente con su hijo Abdelmelic, cuando le vinieron nuevas que le llenaron de espanto.

«Mochehid, el señor de Denia y de las islas Baleares, (le dijeron), viendo con malos ojos, como envidioso vecino, vuestro engrandecimiento con el próspero reino de Almería, ha invadido vuestros estados de Valencia y Murcia.»

Y tuvo Abdelaziz, para volar en socorro de Valencia, que abandonar precipitadamente la ciudad de Almería, mas no sin haber nombrado como gobernador y representante suyo a su cuñado Abulahvás Man, el primer Somadihita que consigna la historia de Almería.

Pero la suerte te ha vuelto las espaldas, oh rey Abdelaziz. Mientras corres en auxilio de Valencia, tu gobernador en Murcia Abu Beker Ahmed ben Ishac ben Zey ben Tahir (el Abentahir ya nombrado) ha sacudido tu yugo y se ha alzado independiente con el señorío de Murcia.

Y, aislado de Abdelaziz, su cuñado y visir en Almería Abulahvás Man ben Somadih sintió la necesidad de declararse también rey autónomo de esta ciudad y su reino. Era el año 1041.

¡Ah! ¡Cómo se ha fraccionado en minúsculos estados independientes, los más de ellos oscuros, el vastísimo reino de Zohair! Jaén con su comarca fué a Granada; Murcia se independizó; Calatrava hacía ya tiempo que huyera de Almería.

Pero aquí reina Abulahvás, piedra primera en Almería de una estirpe y dinastía gloriosísima, la de los Beni Somadíh.

La estirpe de Abulahvás.

¿Quién era este Abulahvás?

Leamos a Dozy en su libro *Investigaciones acerca de la historia y literatura de España durante la Edad Media.*

Pocos años después que los Beni Hachím de Zaragoza hubieron perdido su reino (al declarar independiente Almondir), una rama de su familia, que ellos habían echado de Aragón, la de los Beni Somadih, logró fundar otro reino en las riberas del Mediterráneo.

Abu Yahya Mohamed, Somadíh, era gobernador y señor de Huesca. En sagacidad y elocuencia superaba a todos los caudillos de su tiempo, pero tenía pocas tropas. Y, habiendo sido atacado por el poderoso Almondir, que

quería redondear sus dominios, se vió obligado a cederle su ciudad y a buscar un asilo en Valencia, donde reinaba Abdelaziz, el nieto de Almanzor.

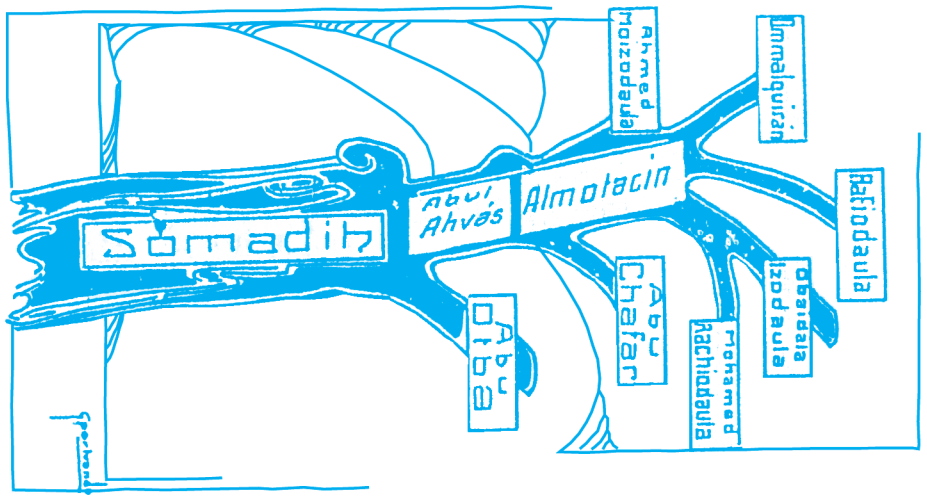
Este príncipe le acogió con la mayor benevolencia, llegando hasta dar en matrimonio sus dos hermanas a los dos hijos de su huésped, que se llamaban el uno Abulahvás Man y el otro Abu Otba. Poco después Mohamed quiso encaminarse a Oriente, probablemente para realizar la peregrinación a la Meca, pero naufragó y encontró la muerte en las olas.

Algún tiempo más tarde, en el año 1038, a la muerte de Zohair rey de Almería, Abdelaziz se apresuró a tomar posesión de su señorío «uno de los más bellos (son palabras de Dozy) y más considerables de España.» Y entrándose aún en Almería, Mohamed señor de Denia invadió el territorio valenciano, de manera que Abdelaziz, obligado a acudir en defensa de sus antiguas posesiones, dejó a Almería hacia el año 1041, después de haber confiado su gobierno (según Aben Jalicán) a su cuñado Abulahvás Man.

Pero, si el señor de Valencia esperaba encontrar en su pariente un vasallo leal, se equivocaba. En aquel tiempo cada gobernador aspiraba a la independencia, y Abulahvás no fué o no pudo ser) excepción a la regla general. En efecto no tardó, según se ha dicho, en sacudir la autoridad de su cuñado y en proclamarse rey tercero independiente en Almería.

IV.

Abulahavás Man Ben Somadíh y las más ilustre dinastía almeriense.


Sómadih
Abul Ahvás
Almotacin
Ahmed Moizzoddula
Jmmalqaizzi
Bafiodaula
Abu Ctba
Abu Chafar
Mohamed Rachioddaula
Ogaiala Izzoddaula

ESTE insigne monarca, el tercero independiente que tuvo Almería, fundador de la gloriosa disnatía Somadihita, vino (como se ha dicho) a nuestra ciudad a título de gobernador, en lugar de su cuñado el señor de Valencia, Abdelaziz; pero al perder éste a Murcia, aquél se creyó obligado a declararse autónomo.

Un decenio perduró su reinado, desde 1041 a 1051, sin que durante ambos lustros conste que hubiera que desnudar la espada contra enemigo alguno. Por eso se ha podido asegurar: «Verdaderamente formaba contraste el estado alamerí con los demás de la Península, pues, mientras por todas partes ardía la guerra civil, el señorío de Almería era el único que se mantenía al abrigo de aquella calamidad, resguardado por el de Granada y prosperando maravillosamente bajo el dominio del benigno Man Abulahvás.»

La opinión general.

Unánime sentir es el reflejado así por Conde: «Man Abulahvás gobernó con mucha prudencia y fué bienquisto de sus pueblos y estableció su estado independiente, que fue muy considerable (o mejor, muy considerado) en todo su tiempo».

Otro historiador agrega que «Man Abulahvás... Fomentó las manufacturas y el comercio.»

Y se sabe, por relación de los autores árabes, que se intituló «Dulvisiratein» (el de los dos visiratos), o sea el revestimiento de autoridad sobre las dos jurisdicciones civil y militar, o, como algunos explican, jefe de todos los cargos de espada y de pluma, es decir, burocráticos y militares.

Consta que puso por gobernador de Lorca a su futuro próximo señor Aben Chabíb (o Jabíb).

En fin, en su reinado acaeció el óbito del notable y elocuente jurisconsulto almeriense Malec ben Ahmed, autor de un célebre *Comentario al Código de las Tradiciones.* Este Malec murió el año 436 de la hégira (1044 de Cristo).

Y cuatro años después tuvo lugar el natalicio de otro gran almeriense, el sabio Al–Chodsamí, que floreció, como luego veremos, reinando Almontacín.

Enemiga mortal contra este rey.

Pero si este ilustre y pacífico monarca no parece haber tenido lucha alguna, a lo menos de importancia, contra sus coetáneos; terrible y porfiada guerra es la que ha desencadenado contra su memoria la historiografía moderna.

Unos historiadores la han emprendido en contra del buen nombre de este rey; y, tantas cuantas veces le mencionan, adulteran su denominación. Así Morcillo en su *Historia de Almería* le cita cuatro veces, ninguna de igual modo y todas las cuatro mal.

Otros arremeten contra su familia. Tal el famoso Conde, el cual, desconociendo u olvidando que Abulahvás era esposo de una hermana de Abdelaziz el señor de Valencia, le priva a aquél de su ilustre cuñado y se lo convierte (¡oh arbitrariedad!) en suegro. Y, por si esto era poco, el mismo Conde, en su ojeriza contra Abulahvás, le arrebataba a su hermano el noble Abu Otba y se lo endosa al rey Almotacín.

¡Y si parasen aquí los desarreglos domésticos!. Pero ahora viene otro historiador (que aún vive) y lanza la extraña especie de que Abulahvás «sufrió la rebelión de su hermano (Abu Otba ben Somadíh), a quien perdonó convirtiéndolo en su más acérrimo defensor.» ¡Oh, si alzases la cabeza, calumniado Abu Otba! ¿Qué dirías? ¿Rebelarte contra tu hermano y tu rey, tú, que estabas tan alejado de toda ambición aun justa, que al morir Abulahvás, ni aun ofrecido consentiste en aceptar el cetro?

«Este Somadíh (Abu Otba, dice un verídico historiador), si hubiera querido, hubiera podido escalar él mismo el trono; y Abulahvás mismo había tenido intención de nombrarle sucesor suyo, pero Abu él mismo el trono; y Abulahvás mismo había tenido intención de nombrarle sucesor suyo, pero Abu Otba, que no quería obtener una corona perjudicando a su joven sobrino, le había suplicado que no llevase a efecto tal propósito.»

Una biografía fantástica.

Pero hasta aquí no hemos visto sino errores sueltos. Ahí va una biografía íntegra (publicada en Almería hace bien poco), donde el mismo Abulahvás no se reconocería.

«Magnifico, sabio, liberal y piadoso… compitió en poesía con Abulkasem Mohamed de Sevilla (Madoz, «Diccionario geográfico», palabra «Almería»); y convirtió su regia residencia de la Alcazaba, y la que poseía en el barrio de «Alhaud», en centro de cultura literaria y artística.

»Era la época de oro de la civilización hispano-arábiga, y, según nos dice Onckenn en su «Historia Universal», la vida cómoda y regalada condujo a la voluptuosidad, la libertad de inteligencia al desenfreno, y con el trato cosmopolita desaparecieron entre los sabios los sentimientos de fé y patria.

»Los sabios que huían de Badis granadino y el Mothadid sevillano se refugiaban en Almería, luciendo Abu Abdalá, huéspedes en la Alcazaba, Ibu Abdón de Badajoz, Ibu Said de Granada, Ibu Hasém visir de Abderramán V, Ibu Hayán de Córdoba, Abul Raseni de Zabara, Ibu Badacha de Zaragoza, el Becri de la familia soberana de Huelva, la bella Valada hija del Omniada Mustafí, y el amante de ésta Ibu Seidon verdadero Tibulo andaluz.

»Había judíos famosos por su ciencia: Samuel el Magid y Ibu Hasém; y renegados como Abu Otmán, el Recanil, y el poeta almeriense Ibu Salvador celebrado por Ibu Aljatib en su «Ihata».

»Reprimiendo bandas de aventureros, dando a los pobres cuantiosas dádivas, pudo ver su reino extendido por Baeza, Lorca y Jáen, muriendo en 1051 y legando el trono a su hijo Abu Yahia Mohamed ben Maan Almotasim billah, que había hecho jurar su padre a los 14 años por sucesor de sus estados con el nombre de la «Daulah».

Yerros de bulto.

Meramente a título de información se ha transcrito la relación precedente, cuyos extremos uno a uno han de ponerse en la balanza.

Gran parte de ella alude a Almotacín y está hilvanada tan atropelladamente, que aun en las referencias hay yerros palmarios. Tal, la primera cita de Madoz, el cual estampa en la voz «Almería» (página 164) que «El Daulah (es decir, Almotacín) compitió en poesía con Abulcasem» etc.; pero aquí se le aplica eso a Abulahvás sin fundamento alguno.

Otro tanto pudiéramos decir de los sabios conmemorados. Por ejemplo el Becrí. Se sabe cierto (por testimonio fidedigno de Adabí) que la venida de Al-becrí a Almería fue «después de la muerte de su padre, que unos colocan en el 456 (1064 de Cristo) y otros en el 458 (año 1066)», es decir, siendo rey Almotacín. Pues nuestro historiador le hace vivir en contra de su gusto y de la historia en la corte del rey Abulahvás.

Y ¿qué diremos de Aben Salvador, poeta almeriense del siglo XIV, muerto en Marruecos en 1353, a quien nuestro biógrafo hace andar por el mundo ya hacia 1051, ¡trescientos años antes de su muerte!, haciéndole de este modo por arte de magia nuevo Matusalén de la Edad Media?

Pero dejemos esa biografía, de la cual se podían aun señalar muchísimos más deslices.

El sucesor al trono.

Lo que sí es cierto es que el heredero de la corona de Abulahvás fué su hijo Mohamed Almotacín, el cual a la sazón contaba únicamente 14 años.

Pero aun en esto, oh desafortunado Abulahvás, te persigue implacable la enemiga de los historiadores. ¡Hasta de tu mismo hijo te despojan! Y no precisamente almas perversas ni seres desalmados, sino caritativos sacerdotes, venerados deanes, como lo fué Orbaneja, el cual hace a Almotacín Mahometo, cuarto rey de Almería, sucesor e hijo de Jairán. ¡Sin reparar siquiera en que Jairán había finado el año 1028 y Mahometo (Almotacín) nació en el 1037!

Y siendo Almotacín aún adolescente, allá en el año 1051, su padre Abulahvás, al morir muy querido y muy llorado de sus súbditos, le transmitió como herencia la preciada corona de Almería: corona valiosísima, que, como vamos a ver en las próximas líneas, en las sienes de tan tierno soberano es donde precisamente alcanzó su más radiante esplendor.

V.

El rey Almotacín. Apogeo del esplendor de Almería.

Mezquita de la Alcazaba -

ENOS ya ante el soberano más glorioso de Almería; ante el denominado El Protegido de Dios, en presencia del jamás bastantemente ensalzado Almotacín Billáh, aquel monarca de quien críticos tan severos como D. Juan Valera han llegado a sostener que «lo más culto, lo más humano, lo más suave de costumbres en aquella época (segunda mitad del siglo XI) era indudablemente la corte, la persona y la familia de Almontacín, rey de Almería.»

Bajo su cetro la ciudad almeriense, según el jeríf Idrisí, ilustre geógrafo árabe casi contemporáneo, «fué la principal ciudad de los musulmanes en tiempo de (la venida de) los almorávides.»

Y el pueblo de Almería llegó a ser (al decir del historiador musulmán Almacarí) «el pueblo más opulento de todo el Andalús, y los que mantuvieron siempre el más extenso tráfico.»

Y finalmente el puerto de esta ciudad, en frase del benemérito arabista holandés Sr. Reinhart Dozy, «en la Edad Media era el puerto más importante de España.»

Estos y otros juicios tales, extraordinariamente encomiásticos todos, son los que arrebata Almería bajo la mano benéfica del cultísimo rey Almotacín.

Veamos, pues, con detención este prestigioso reinado.

Efímera regencia de Abu Otba.

Almacarí fallecer Abulahvás Man ben Somadíh, en el año 1051, legó el reino de Almería a su hijo Mohamed Abu Yahya, más conocido por el lacba o dictado de Almotacín; pero, no contando el joven soberano más que catorce años, y estando rodeado por doquiera de señores y gobernantes ambiciosos, que amagaban caer sobre sus dominios como aguiluchos sobre corderuela indefensa, desempeñó la regencia del reino en concepto de tutor su tío Abu Otba ben Somadíh, hermano del rey difunto: aquel calumniado y abnegado Abu Otba, que algunos historiógrafos denigraban rebelándole tan inexacta como increíble contra su hermano Abulahvás.

Conde, ofuscado, hace a Abu Otba hermano de su sobrino y también se empeña en que riña con él.

«Luego que (Almotacín, dice) subió al trono, tuvo guerra con su hermano Somida Abu Otabí, que le quiso disputar la soberanía; pero no adelantó nada, y le fué forzoso contentarse con su suerte y quedar a merced de su buen hermano, que le trató siempre bien y le honró en su corte.»

Afortunadamente Conde no llega a la efusión de sangre, ni menos al fratricidio; pero nosotros no debemos tolerar ni las riñas entre hermanos. Neguemos, por tanto, esta; y devolvamos al noble regente su calidad de tío y no de hermano del rey Almotacín.

Un gobernador díscolo.

«Aprovechando el cambio de señor (y sin duda también la minoridad del soberano nuevo), alzosé independiente en Lorca Aben Chabíb, gobernador de la ciudad puesto por Abulahvás, el cual, temiendo (según Gaspar Ramiro) que el regente vendría a atacarle, pidió auxilio a Abdelaziz de Valencia, que se declaró desde luego aliado suyo.

»Almotacín a su vez se alió con Badis, el régulo de Granada, y preparó un fuerte ejército a las ordenes de su tío Abu Otba ben) Somadíh.

»Entró éste por tierra de Lorca, y se hizo dueño de varios castillos, que habían reconocido a Aben Chabíb; mas no pudo recobrar la cuidad (por haberse recibido en ella los refuerzos de Abdelaziz de Valencia) y regresó a Almería» seguramente a reponer y a engrosar sus tropas.

Monedas de esta época.

Una vez allí, debió de tener precisión de acuñar más dinero; y al efecto se fabricó una gran serie de monedas anónimas, de las que se conservan numerosos ejemplares, que (según Prieto Vives, que trae algunos facsímiles) solo tienen leyendas religiosas sin indicación de imán ni más nombre propio que un «málic», que aparece en un sólo ejemplar: muchos de ellos aparecen acuñados en «Al-Andalús», y nada haría suponer que son almerienses, a no haber en que aparece la ceca Almería; la fecha falta casi siempre, y, cuando existe, se reduce a la unidad.

Defunción del regente.

Así estaban las cosas, cuando de allí a muy poco, en 1054, murió Abu Otba, dejando a su sobrino Almotacín todavía de pocos años.

Rodeábanle reyes y gobernantes ambiciosos y astutos, y éstos le redujeron en poco tiempo a la capital y a sus alrededores, aprovechándose de que era Almotacín un monarca muy joven e inexperto, más ganoso de gloria literaria que de guerrear en defensa de la integridad de los estados que cupieron en herencia. A esto se debió el que Lorca y otras poblaciones más, hasta aquel punto unidas a Almería, recabasen su total independencia y no siguiesen ya perteneciendo al nuevo rey de Almería.

Almotacín se hace cargo del reino.

Muerto su tío y regente el Somadihita Abu Otba, en 1054, según se ha visto, el joven Almotacín empuñó personalmente las riendas del gobierno de Almería.

Dícese que su proclamación militar había tenido lugar en el cuarto recinto de la Alcazaba, y la religiosa en la mezquita mayor de la Almedina.

Nombres de Almotacín.

Aben Alabar consigna puntualmente el nombre y los dictados del nuevo monarca. Llamábase de nombre y cunia Mohamed Abu Yahya; se apellidaba Ben Man ben Somadíh (hijo de Man el Somadihita) Atochibí (de la tribu de Tochíb); y usó el título a lacab de Al-Motasím Billáh (El Protegido por Dios), denominación que hemos visto que hácia el año 1023 había llevado también Abuamir Mohamed, nieto del gran Almanzor; y también adoptó nuestro monarca el calificativo de Al-Vatsec Bi-Fadel Alláh (El que confía en la gracia de Dios), dictados ambos que se ven comprobados en sus monedas. Conde le aplica el designativo de Moez Dauláh (Sostén del Estado), que fue adjudicado a Ahmed su hijo mayor, según lo testifican las monedas y se puntualizará más adelante; y González Garbín, a más de ese sobrenombre, le dá también el de Siradjoddauláh.

Linaje equivocado.

Menéndez y Pelayo en sus *Heterodoxos* (arrastrando en su error a D. Juan Valera) asienta por confusión que «Almotacín, rey de Almería, poeta y gran protector del saber, era de la estirpe española de los Beni Casím», los cuales (continúa explicando Valera) «desde la época en que los moros conquistaron a España se habían hecho musulmanes, produciendo desde entonces para el islamismo muchos ilustres príncipes, generales y poetas.»

Ha habido una confusión. Almotacín no procedía de los Beni Casím sino de los Beni Hachím de Zaragoza, y más exacta e inmediatamente de sus descendientes los Beni Somadíh. La equivocación del inmortal polígrafo santanderino nació de confundir a nuestro monarca con un tercer Almotacín Billáh, o sea con Mohamed ben Al-Casím, rey de Algeciras, de quien habla Almacarí en su obra *Dinastías Mahometanas.*

El matrimonio.

Nuestro rey se desposó con una joven princesa, hija de Mochehid señor de Denia y de una noble señora cristiana, cuyos otros dos hijos se casaron, la una con el rey de Sevilla Almotamid, y el otro (denominado Alí) con una princesa de Zaragoza.

Y de su matrimonio el rey Almotacín tuvo numerosos hijos, que más adelante y oportunamente nos tocará mencionar.

Carácter de Almotacín.

Era el rey Almotacín (nos dicen a coro los historiadores así cristianos como árabes) el señor de más bondad, más generoso y justiciero que en su tiempo y en otros muchos hubo en España y aún fuera de España; apasionado por las letras y las artes, siendo él muy culto y también buen poeta, y aun consagrado - dicen- a estudios alcoránicos; favorecedor como pocos de la industria y del comercio; y amantísimo de la paz, hasta la exageración.

Fué tan pacífico, que, para no comprometer a sus súbditos en empresas belicosas o en guerras sangrientas,

renunció a sojuzgar por fuerza de armas aquellas poblaciones, como Lorca, que necias o mal asesoradas no gustaron de acatar su suavísimo yugo y se independizaron; y él prefirió reinar sobre pocos vasallos, siendo idolatrado de ellos y amparándolos y glorificándolos, más bien que señorear extensas demarcaciones a viva fuerza y con exacción de sangre.

Ved ahí por qué Almotacín en brevísimo tiempo ambiciosos señores limítrofes le despojaron de caso todos sus estados con excepción de la capital y de sus alrededores.

Reinado patriarcal.

Pero reducido y todo, bajo el gobierno de este joven rey, gobierno verdaderamente patriarcal y benignísimo, el retraído reino de Almería, aunque en sí mismo exíguo y pobre a primera vista, fué (como vamos inmediatamente a ver) extraordinariamente próspero y feliz, tan feliz y tan próspero, que con razón se ha podido decir de su monarca «que convirtió el reino de Almería en un verdadero edén» (Ballesteros, en su novísima *Historia de España).*

Libro fundamental.

El meritísimo orientalista holandés, repetidas veces nombrado ya, Reinhart Dozy, en su interesante obra también mencionada *Investigaciones sobre la historia y la literatura españolas durante la edad media,* ha trazado de mano maestra la semblanza literaria de Almotacín y su corte; y a sus muy doctas y nutridas páginas es preciso ir a beber, cuando se aspira a explanar ese tema.

Así pues le tendremos muy presente y procuraremos seguirle y traducirle en esta mal dolada monografía, aunque intentando completar sus informes con los datos que arrojan otras fuentes, y estudiando el reinado de Almotacín no sólo en el aspecto cultural sino también en todas sus otras facetas sin desdeñar la industrial, comercial y económica.

El reino de Almería en esta época. Ojeada general.

El poeta árabe Annahelí protegido por Almotacín sintetizaba en estos breves versos el esplendor de nuestra ciudad en su tiempo:

La ciudad de Almería es paraíso
donde hallarse podrán
una por una todas cuantas cosas
puso en el suyo Adán.

Otro poeta e historiador, también árabe, Aben Aljatíb, en su *Descripción del reino de Granada* quema en honor de Almería el incienso e un sin número de epítetos, llamándola «saludable y provechosa, marítima y terrestre, noble y generosa, fortaleza de la elevación y de refugio, mina de la riqueza, esencia de la vida, y don de las armadas; nunca tarda para la victoria, ni embriagada con ella; residencia donde habita el bien; sustento de sus vecinos, y de larga e ilustre memoria.»

Y sigue diciendo de nuestra ciudad que «sus príncipes no conocían la severidad, aunque solían tener la espada desnuda contra los enemigos; y todos ellos eran de condición dulce y muy hostiles a la gente extranjera que veneraba el madero de la Cruz, a quien tenían aterrada por su costumbre de vencerla y desbaratarla en sus facciones militares.»

En fin, por no alegar más panegíricos, un tercer musulmán, El Secundí, prorrumpe en estas frases:

«Almería es una ciudad opulenta y magnífica, cuyo renombre se ha divulgado y extendido hasta comarcas bien lejanas. Dios ha enriquecido a sus habitantes con varios dones… Ellos son generosos, bien formados, de buen natural, muy hospitalarios, en extremo leales a sus amigos, y sobre todo finísimos en sus modales y muy elegantes en el vestir.»

Reverso de la medalla.

¿Y una ciudad tan opulenta y tan magnífica debía toda su presencia a la naturaleza bienhechora, liberal y hasta pródiga con ella?

Para consuelo y aliento de nuestra esterilidad y pusilanimidad de hoy, escuchemos la descarada y terrible realidad en la siguiente verídica descripción del Idrisí (en su obra *Descripción de Africa y España):*

«El terreno sobre que está edificada la ciudad, es muy pedregoso por todos lados: no le forman sino rocas amontonadas y piedras agudas y duras; no hay tierra vegetal, como sí se hubiese pasado por la criba este terreno con intención de no conservar de él sino las piedras.»

Y Aben Aljatíb, anteriormente citado, se expresa al mismo tiempo de este modo hablando aún de Almería: «Su calor era muy fuerte; sus impuestos, gravosos; su valle (¿el de Hoya?), estrecho; su cielo nebuloso prometía lluvia y daba truenos; y cuando llovía, era poco, y apenas deba frescura a la tierra… La embestida o marea de la mar era en ella demasiado molesta.»

Un diseño festivo.

Y el humorístico historiador Aben Jacán nos dirá chanceándose estas bromas, que al par son desalentadoras veras:

«Esta provincia (Almería) es bien pequeña… y se la abarca de una ojeada; las nubes derraman allí sus gotas bienhechoras inútilmente, pues no produce ni trigos ni otros cereales; sus campos casi todos son estériles y sólo brota allí la hierba.

»Pero ¡Dios me perdone! me he olvidado de hablar del río de Pechina, ¡de ese gran río, que ¡algunas veces! llega a ser tan ancho… como una cuerda! Su fuente se le agota muy a menudo, pero en cambio se consuela ¡cuándo las gotas de rocío o de la lluvia llegan a crecerlo!.

»En sus riberas hay campos de cereales, y praderas ¡en verdad no más extensas que la palma de la mano!, pero donde las palomas y las vacas «pueden» encontrar su pasto.»

La clave del misterio.

¿Luego hay contradicción? dirá el lector ¿Cómo se compaginan tanta pobreza y tanta esterilidad y esa infestísima naturaleza con el aluvión de alabanzas antedichas?

Los que hoy al ver la negación aparente del suelo y a menudo del cielo de nuestra amada región abatís los brazos desesperanzados, grabad en vuestras mentes lo que sígue del ya nombrado ilustre geógrafo árabe del siglo XII, Idrisí:

A pesar de eso «no había ¡en toda España! gentes más ricas que las de Almería». ¿Porqué? preguntaréis. Porque no las había tampoco, replica el mismo autor, «más dadas a la industria y al comercio que sus habitantes.»

Ese fué el galardón del gobierno benéfico e industrioso del rey Almotacín, siguiendo pautas de laboriosidad emprendidas por sus predecesores y aun podemos decir que ya instauradas bajo los Abderramanes. Bajo los reyes Beni Somadíh (consigna Simonet) Almería «vino a ser el emporio del comercio de Oriente». «Era (explica el Idrisí) una ciudad muy importante, muy comercial, y muy frecuentada por los viajeros.»

Y no dejaba de ser a la par (prosigue el último autor) «una ciudad industrial». Tan industrial (leemos en Almacarí) que en ciertas manufacturas fué «superior a todas las ciudades del mundo.»

Ella bajo el califato (dice este mismo autor árabe) «era el arsenal marítimo de los Beni Omeyas y el puerto donde eran equipadas las flotas que surcaban en todas direcciones las aguas del Mediterráneo».

Y hasta en el campo artístico se afanó tanto nuestra ciudad, que se logró que «se perpetuase en Almería (dice el notable epigrafista Amador de los Ríos), con mayor pureza que en la misma Córdoba, el recuerdo de las artes del califato.»

A esta laboriosidad admirable y ejemplar de sus industriosos hijos debió, pues, nuestra ciudad el florecimiento sin igual a que llegó (y que para acicate de nuestra indolencia de hoy detallaremos muy minuciosamente en las próximas líneas); florecimiento alcanzado a despecho y pesar de lo enjuto del cielo y lo infecundo del suelo, cosas que tanto arredran hoy.

La madre naturaleza.

¿Pero fué, y es, tan hostil con nuestra comarca la naturaleza, como a primera vista nos parece?

De ninguna manera.

«Dios (exclama el Secundí refiriéndose a Almería) ha enriquecido a sus habitantes con diversos dones» y nombra como tales ante todo «un clima templado y abundancia de frutos.»

«Lo agradable de sus aguas, la benignidad del aire y lo sano de su clima, (traduzco de Almacarí) hicieron de ella residencia favorita de los muslimes, que vinieron a establecerse allí de todos los sitios del Andalús, ¡hasta que su población no pudo hallar alojamiento en sus recintos!»

«Los árabes (leo en otro historiador) hacen extremados elogios de la hermosura de esta ciudad, que disfrutaba de las vistas más deliciosas por su situación en la marina y sobre las orillas del río, que aquellos autores llaman Guadi Bachana, o de Pechina, plantadas a la sazón de huertos, como hoy también se ven.»

El río de Almería.

He aquí lo que de ese río y de sus paradisiacas riberas hallo en autores árabes.

Hojeando a Almacarí: «El río (de Almería), que es lo mismo que el de Berja, contribuye igualmente no poco al ornato de la ciudad y de sus alrededores, pues, de las ciento veinte millas que alcanza la longitud de su curso, las últimas cuarenta antes de llegar al mar son a través de huertos, jardines y arboledas, donde los cantores pajarillos deleitan con armonía los oídos del pasajero.»

Abro ahora a Aben Aljatíb: «Su río (habla de Almería) tenía excelencias sobre los demás ríos, por su encantador aspecto, por estar revestido de verdura, por las viñas y olivares que poblaban sus riberas.»

Y el Secundí nos enseña: «Su río, llamado Guadi Bachana o Bechina (río de Pechina), es uno de los más placenteros raudales del mundo, por estar sus dos riberas plantadas de huertos, jardines y arbolados, tanto que a la vista se asemeja (comparación bien oriental) a una boca sonriente en medio de dos mejillas rosadas sombreadas de bozo.»

El valle del Andaráx.

Y el valle de Pechina o de Almería lo describía en el siglo XII el geógrafo Idrisí: «El valle que depende de ella, producía (a la llegada de los almorávides, o sea bajo Almotacín) una gran cantidad de frutos, que se vendían a bajo precio. Este valle, que lleva el nombre de Pechina, se halla a cuatro millas de Almería. Veíanse allí numerosas huertas, jardines y molinos; y sus productos eran enviados a Almería.»

De este valle tan feraz, y con tanto esmero y cariño cultivado, el poeta Aben Safar (Abulhosain Mohamed ben Safar) cantaba no muchos años después de sepultado Almotacín la siguiente casida que he metrificado yo:

AL VALLE DE ALMERIA

¡Valle de Almería! ¿Nunca Dios consienta
que jamás me vea privado de ti!
Cuando te contemplo, vibro como vibra
una espada indiana que se ve blandir.

Y tú, amigo mío, que en su paraíso
vives a mi lado, goza la ocasión;
que hay aquí delicias inimaginables,
que ni en los edenes eternales son.

Y bebe, entretanto que enseña a la brisa
su amoroso arrullo paloma gentil;
su canto yo tengo por más placentero
que el de los cantores Mábed y Garid.

¿No ves cómo el río se emociona? Suena
risueño el aplauso de su murmurar
bajo de las ramas, que lánguidamente
sobre la corriente meciéndose están,
como danzaderas que se balancean
y a quienes las flores sirven de collar.

Mira cómo dejan del agua en las láminas
de sus ramos luengos las mangas caer
para levantarlas luego consteladas
de brillantes perlas, que esparcen doquier.

En blancas escamas el céfiro blando
divaga arrugando del raudal el haz,
que lanza destellos de limas o sables
o los que de plata las corazas dan.

Los frutos del país.

Ya se ha alegado el renombre de los frutos de esta tierra por su abundancia, fácil precio y suavidad.

Almacarí se deleita ponderando «la fertilidad del suelo y además la copiosidad y baratura de las provisiones.» Y hácesele la boca agua hablando de este riqueza incomparable.

«Todos los frutos cultivados en su suelo participan (escribe) de una dulzura y aroma difíciles de encontrar en otras regiones, y su descripción completa sería una labor desesperada: pero el lector que desee una más detenida

información a este propósito, puede consultar una excelente historia de esta ciudad compuesta por Abu Jafar ben Játima con el título de «Ventajas de Almería sobre las demás ciudades del Andalús».

La escasez de agua.

Y ¿cómo (me diréis) país tan enjuto y con penuria tan enorme de agua conseguía tales y tantos frutos? Oíd al arabista Simonet, traductor y comentador del historiador granadino Aben Aljatíb, que se hace lenguas de los risueños vergeles y copiosos estanques de Almería.

«Llamaré la atención sobre la buena industria y laboriosidad, con que los árabes habían fertilizado el suelo de aquella provincia (de Almería), en gran parte arenoso y árido, fomentando su agricultura con numerosas acequias y canales de riego.»

Véase cómo nuestra región no está tan desamparada de la naturaleza como indolentes cada día deploramos.

Las entrañas de Almería.

Un poco a la ligera hemos pasado por los campos y el suelo de Almería, recordando sus huertas y sus frutos, sus árboles y vergeles.

Ahondemos un poco más en esa tierra bendita, algo ceñuda sólo en apariencia, y abismémonos en el fecundo seno de sus montes, preñados de tesoros y riquezas realmente fabulosas.

Ante todo, los mármoles.

«En Almería existe (según el Secundí) el mármol pulimentado llamado «al-malukí» (el real)».

Y era tan apreciado dicho mármol, que, conforme al testimonio de los autores árabes, «Abderramán III, para su soberbio alcázar de La Ciudad Florida (Medina Azara) empezado en 936, mandó explotar las canteras de preciosos mármoles de Almería, Málaga y Tarragona» (y la primera Almería).

Y Arrazí nombra a su vez el destino ordinario de esos mármoles, pues hablando de Sierra Filabres dice: «En su término hay piedras de mármol muy bueno y muy blanco y no muy fuerte, y hacen de allí muchas ollas, y ayúdanse de él en muchas cosas y de muchas guisas, y hacen de él hermosas imágenes.»

Y aun dice el historiador Almacarí que en un distrito «en la cora de Bejena o Bachana (Pechina), no lejos de un hondo valle llamado Cariatu Náxara (Alqueria o aldea de Níjar), hay canteras de una piedra parecida al rubí, de varios matices, y que resiste al fuego.» (¿Quién no ha oído hablar en nuestros mismos días de los tesoros aún inexhaustos y hasta inexplorados de Rodalquilar?).

Y el arabista D. Pascual Gayangos puntualiza más. «El territorio junto a Almería es famoso por sus canteras de mármoles de todas cualidades y matices. Hállanse principalmente en las montañas vecinas llamadas Sierra de Gádor y Sierra de Filabres.»

Minerales diversos.

De la abundancia de «plomo» junto a Almería da Almacarí testimonio.

Según Aben Said «la plata» es muy común en Andalús: puede obtenerse cerca de Tudmir (hoy Murcia) y en las montañas de Alhama junto a Bejena (Pechina).” (La cual Alhama, dicho sea de paso, no es Alhama la Seca, como cree Gayangos, sino la que hoy llamamos Sierra Alhamilla.)

Y el moro Rasís en su *Crónica* añade nuevos metales: «Y hay minas de plata y de plomo y de hierro y tantas que es maravilla. Y los de Fenicia, cuando vinieron a España, hallaron muchas en esta tierra a vista del mar, e hicieron muchos pozos para sacar la plata y buscar el oro, pues llevaron mucho en demasía en la tierra sobre la villa y castillo de Berja, que está en el territorio de Almería, y antiguamente tocaba a su jurisdicción… que llamaban los moros «Gormita de heb», que quiere decir tanto como «cueva de oro», y ahora llaman a esta tierra la Sierra de Gádor.»

«Minas de «Ocre», rojo y amarillo, son también muy abundantes (dice Almacarí del Andalús). Y en una villa

cerca de Vera llamada Baternah (Paterna) había yacimientos de excelente «atucia» (cadmía), que era usada para dar color al cobre: también se encontraba cadmía en las montañas junto a Córdoba, pero de inferior calidad que la de Paterna».

Y el tantas veces nombrado Almacarí afirma en otro pasaje: «No lejos de un lugar llamado Hadratulvaricah (en la jurisdicción de Córdoba), así como también en la montaña de Saheyrán (¿Jairán?) al Este de Beyra (Vera), hay minas de «berilo».

Las perlas codiciadas.

Y llegamos a las apoderadas perlas y ágatas de nuestra región.

Una vez más traduzco a Almacarí: «En la clase menuda (de la perla) existen en tal abundancia a todo lo largo de la costa del mediterráneo, que en Vera, puerto de mar de la jurisdicción de Almería, se recogían a menudo ochenta (según otro manuscrito unas ciento ochenta) arrobas de peso en menos de un mes.»

Y nuestro Florián de Ocampo hablando de lo mismo se expresaba con estas palabras: «Cuanto a lo demás, va todo tan lleno de pedrería preciosa, que pocas partes en España le llevan (a Almería) ventaja. De granates y jacintos ninguna le puede ser igual, señaladamente por el campo de Nisa, (Níjar), comarcano a esta ciudad de Almería, donde se halla multitud de ellos».

Y Bowle recientemente asienta granates y amatistas entre Almería y el Cabo de Gata. (Véase la introducción a la *Historia Natural y Geografía Física de España.»)*

No sin razón el poeta Abulcasím Mohamed ben Hani cantaba de Almería:

Es una tierra, en que, si tú paseas,
perlas las piedras son, almizcle el polvo,
y paraíso cuantos huertos veas.

Las afamadas ágatas.

Y ¿qué decir de las renombradas ágatas? Almacarí (¿cómo no?) habla también de ellas: «En Almería hay yacimientos de ágatas de diferentes matices, que los nobles y gente de valer de Marruecos ponen en sus barros.»

Y en otro sitio repite: «Almería es famosa por unas pequeñas guijas (las ágatas), que están sedimentadas en su territorio y que son exportadas a regiones distantes a causa de su semejanza con las perlas, a las cuales se parecen en brillantez y transparencia.»

Y anotando este pasaje Gayangos formula lo que sigue: «Las ágatas abundan hasta el punto de haber dado un nuevo nombre al Promontorio de Caridemo, llamado ahora «Cabo de Gata», corrupción de «Cabo de Agatas».

Y el mismo autor había establecido antes la misma idea: «Las montañas de las cercanías de Almería abundan en ágatas de todos los colores. Véase Bowle, Introducción a la Historia Natural y Física»… Sin duda es debido a esta circunstancia que el Promontorio de Caridemo reciba en la actualidad el nombre de Cabo de Gata o Cabo de Agatas».

Samuel Bochart piensa igualmente que la palabra Caridemo fué sólo una corrupción de las dos palabras «car» y «odem», que en lengua púnica significaban el promontorio de las «Cornelianas» (o de las «cornerinas»).

Y mucho antes de Gayangos había dicho Florián de Ocampo: «Tres leguas después de Mojácar hallamos el Cabo de Agatas, el cual fué nombrado de este apellido por ser una parte de tierra metida muy adentro del mar e incorporada toda con unas piedras preciosas llamadas ágatas, en tal manera que por sólo no tener otra pizarra sino todo de las tales ágatas casi no las estiman en España, dado que por muchas partes del mundo donde se lleva son acatadas y tenidas en precio.»

Pero hagamos alto aquí, que hemos ahondado demasiado en el suelo y subsuelo de Almería, contagiados de los escritores árabes, cuando sólo pretendíamos describir someramente el estrecho territorio de que fué rey el noble Almotacín.

Sobre esta tierra hermosa de Almería, exteriormente enjuta, estéril y pobremente dotada por regla general, pero inmensamente rica en sus entrañas, se extendió en la segunda mitad del siglo XI el reino esplendoroso de Mohamed Abu Yahya «Almotacín».

Pero a todo esto detalladamente no conocemos aún este monarca.

¿Cómo era Almotacín?

¿Cómo era Almotacín rasgo por rasgo? Pues un rey bien nacido, generoso, lleno de gloria, refugio de proscritos y adornado de cien bellas cualidades. Cántelas en general el inspirado vate Aben Billita en su célebre

LOA AL REY ALMOTACÍN

Vierten las nubes abundante lluvia,
de Almotacín para imitar la gracia.

Del árbol gentilicio de este príncipe,
(que ornó la antigüedad de perlas raras
y a las edades primitivas llega),
su espléndido collar hizo la fama.

Bajo sus tiendas reposó la gloria,
que siempre sus banderas acompaña.

¿Oh príncipe! Tú enciendes por las noches
un fuego, con que indicas tu morada,
y guías al perdido caminante,
y le albergas después, y le regalas.

Yo digo, si pregunta en el desierto
por ti, señor, la errante caravana:
nadie cual él; ¿qué antorcha brillar puede,
donde brilla del sol la lumbre clara?

Pero pasemos minuciosa revista a estas bellas cualidades, ponderadas hasta ahora globalmente.

Almotacín justiciero.

Y sea la primera la nota de equitativo y de justísimo, que consigna Almacarí con estas palabras:

«Recuérdase también el siguiente acto de justicia de Almotacín ben Somadíh, rey de Almería.

Cuando este príncipe comenzó a edificar el famoso palacio, que de su nombre se llamó Somadihiya, los arquitectos, no encontrando bastante espacio para desarrollar sus planes, se apoderaron de algunas casas y campos vecinos al palacio, y los unieron al edificio principal.

Ocurrió que entre estas parcelas de terreno, de que se incautaron los constructores, estaba un pequeño jardín perteneciente a un buen viejo, que se resintió mas que los otros y se opuso a la espoliación, alegando que la parcela no le pertenecía a él, sino que rea propiedad de un huérfano, de quien él era guardián.

Cierto día que Almotacín estaba inspeccionando sus obras, sentado en su jardín al lado de un arroyuelo artificial, que se había hecho serpentear al través de él, sus ojos se fijaron en un objeto, que flotaba sobre la superficie de las aguas, y que, cuando fué recogido por orden suya, mostró ser una caña hueca cerrada con cera por sus extremos. Quitada la cera, Almotacín encontró dentro un rollo de papel, en el cual estaban escritas las siguientes palabras:

«¡Oh tú, quien quiera que seas, a cuyas manos vaya a parar este papel! Recuerda estas palabras del Todopoderoso: «Este hermano mío tiene noventa y nueve ovejas y yo tengo una sola, y me dijo: Confíala a mi cuidado. Lo hice, pero sus palabras resultaron falsas, y me engaño. ¡No hay más Dios sino Dios!» (Corán, 38,22). Tú eres un rey, en

quien Dios ha derramado sus favores, haciéndote rico y poderoso en la tierra; y sin embargo, lejos de estar satisfecho, tu ambición te incitó a apoderarte de las propiedades de otros y a añadir a tus espaciosos jardines el pedazo de tierra perteneciente a un huérfano, cometiendo de ese modo una ilegalidad, privando a un niño indefenso de todos sus medios de subsistencia, y aprovechándote de tu poder y de la superioridad de tu posición para realizar una injusticia. El día de mañana compareceremos ante la presencia de Aquel, que jamás despide sin socorro y consuelo al desdichado ni sin reparación al ofendido, y ¡guárdate entonces de las consecuencias!»

Apenas Almotacín leyó el papel, los ojos se le bañaron de lágrimas, y su corazón se llenó de temor ante las terribles consecuencias, que la desconsiderada conducta de sus servidores podría acarrearle en la otra vida.

Inmediatamente ordenó que todos los obreros, empleados en la construcción de su palacio, compareciesen ante su presencia; y, cuando estuvieron reunidos todos, les preguntó sobre aquello que se decía en el papel anónimo, mandándoles exponer el caso y contar solamente la verdad.

Entonces los albañiles confesaron lo hecho, pero alegaron por excusa que, como excusa que, como el pedazo de terreno ocupado por el jardín del viejo era absolutamente necesario para la terminación del palacio, el arquitecto jefe había creído indispensable apoderarse de la propiedad del huérfano aun injusta e ilegalmente.

Oyendo lo cual Almotacín, exclamo lleno de irritación: «¡Por Aláh! Las culpas de este relato son mucho más graves a los ojos del Criador que a los de estas criaturas suyas. Devuélvase inmediatamente el jardín a su dueño.»

Y así se hizo, aun cuando materialmente perjudicaba a la fachada de su palacio, que así quedaba incompleta.

Poco tiempo después de este suceso, acaeció (según hemos leído en cierto sitio) que algunos de los ciudadanos principales y más sabios de Almería pasaron por delante del palacio de Almotacín, y uno de ellos dijo a los otros, señalando la mancha que ocasionaba el jardín del huérfano: ¡Por Aláh! Este jardín da al palacio el aspecto de un tuerto.»-«Cierto, contestó uno de los compañeros; pero a los ojos del Omninpotente esta mancha constituye su mayor adorno.»

Refiriéndose también que Almotacín, siempre que posaba sus ojos en él, solía decir: «Me da la sensación de que

esta mancha vacía, en la fachada de mi palacio, es aún mejor que todo lo demás que ya está edificado.»

Sin embargo, andando en el tiempo, el viejo se resolvió a entregar su terreno, porque Aben Arcán, que era visir de Almotacín, no cesó de importunar al viejo guardián y de tentar al huérfano, hasta que consintieron en vender su propiedad al precio que ellos mismos le fijaron.

De este modo el sultán pudo acabar la construcción de su palacio, después de hacer tan señalado acto de justicia, que le aseguró el amor y la estima de sus súbditos y la recompensa futura de su Señor.»

Almotacín perdonador de injurias.

El mismo historiador árabe Almacarí, que nos conservó el relato de la justicia de nuestro monarca, consigna a renglón seguido lo siguiente:

«No fué famoso Almotacín solamente por actos de justicia, tales como el que acaba de ser referido; también fué célebre por su benevolencia y espíritu otorgador del perdón.

Sucedió en una ocasión que un poeta, An-Nahelí el de Badajoz, con quien él había sido sumamente liberal y generoso, dejó precipitadamente su corte y se acogió a la de Almotamid ben Abad rey de Sevilla; y allí, olvidado de los pasados favores y correspondiendo con la mayor ingratitud a su anterior bienhechor, comenzó a adular al monarca sevillano, que no se encontraba entonces en muy buenas relaciones con Almotacín ben Man. Y en una de sus composiciones poéticas intercaló los siguientes versos:

Aben Abad tiene a los bereberes
todos exterminados;
Aben Man igualmente a las gallinas
de todos los poblados.

Sin embargo acaeció que algún tiempo después An-Nahelí, olvidado de lo que había dicho, regresó a Almería; y así que Almotacín supo su llegada, le invitó a cenar por la noche.

An-Nahelí, según lo había concertado, llegó al palacio, donde ya estaban numerosos cortesanos reunidos y las mesas puestas, pero estas no contenían otras viandas que una multitud de pollos aderezados de diferentes maneras.

Atónito el poeta por lo que veía, no pudo menos de preguntar si no había en Almería otra clase de comidas más que pollos; y entonces el sultán enderezándose en su asiento dijo: «Sí, pero hemos querido que pasases por embustero al decir que

Aben Man igualmente exterminados
tiene los pollos que hay en los poblados.

Al oir esto An-Nahelí tratando de disculparse dijo:

Dios te ha dado grandísima memoria.,
y a nadie de tu género en la vida
le ha sido dada alguna parecida;

pero debe tu enojo dirigirse
más justamente contra aquel que, oyendo
mis frases, ante tí las fué diciendo.

Almotacín no respondió nada, y An-Nahelí dejó el salón; pero, comprendiendo que había incurrido en la ira del sultán, temió por su vida, y al volver a su casa hizo apresuradamente unos pocos preparativos y dejó a Almería aquella misma noche.

Sin embargo, algún tiempo después, An-Nahelí, arrepentido y ansiando volver a Almería, dirigió a Almotacín ben Man ben Somadíh los siguientes versos, que en parte ya hemos visto:

Aben Somadíh generoso acoge
a quien le ha traicionado,
y perdona delitos que en el mundo
sólo él ha perdonado.

Su ciudad Almería es paraíso
donde hallarse podrán
una por una todas cuantas cosas
puso en el suyo Adán.

Al recibir estos versos, Almotacín le concedió permiso para tornar, y fué afable y benévolo con él.

La liberalidad de Almotacín.

La dadivosidad era la nota más sobresaliente del carácter de este rey de Almería. Más adelante veremos que es la única cualidad que no consentía Almotacín que se le pusiese en litigio, llegando hasta enojarse con aquellos que osaban discutírselo.

Véase como se ensalzaba el poeta cortesano Omar ben Aschahid dirigiéndose al monarca:

Vuestros dedos derraman una lluvia
(de dádivas) de tal modo abundante,
que cualquier engañado los confunde
con las nubes del aire.

Si no es en donde estáis, es imposible
nuestra vida pasar dichosamente:
sin Vos las horas de nuestra existencia
se arrastran tristemente.

Y otro poeta Abu Chafar ben Alfarraz la había celebrado antes en las estrofas siguientes:

Cuando la suerte, igual a tierra estéril,
su favor me negaba, y me impedía
segar espigas y recoger frutos;
los dones acepté que me ofrecías.

Tu acogida benévola conmigo
completamente semejaba al árbol
que da sus frutos y su sombra entrega
al pasajero hambriento y fatigado.

Y yo, reconocido a tus bondades
inagotables, en acción de gracias
cantaba tu loor, como las aves
gorgean columpiándose en las ramas.

Dentro de poco habremos de insistir sobre la inagotable generosidad de Almotacín, cuando veamos la protección que dispensó a los poetas de su reino y los que se acogían a él fugitivos de otras cortes.

Almotacín bondadoso y pacífico.

De lo pacífico que fué este buen monarca hemos hablado ya. Dozy exalta esta noble condición «en primer término»; pues «no queriendo (dice) exponer la tranquilidad de sus súbditos por cuestiones de interés personal, contentábase con su pequeño Estado sin intentar agrandarlo.»

Es más, aun en cortes ajenas se entremetió Almotacín alguna que otra vez solo a título de pacificador. Así en 1076 (según hace destacar D. Francisco Jover en sus *Notas para una Historia de Almería*)

Los de Zaragoza atacaron a Denia e intentaban entrar en la ciudad para exterminar a los allí refugiados; cuando he aquí que llegó un alcaide enviado por Almotacín con cartas en que rogaba que desistiesen de aquella guerra intestina, que tanto les desacreditaba, y en su lugar volviesen las valerosas enseñas contra los enemigos del Islám, que les infestaban las fronteras; agregando otras razones, con las que persuadió al rey de Zaragoza a que se retirase a sus estados.

Y en cuanto a la afabilidad de Almotacín agrega el mismo historiógrafo que «trataba a sus parientes, a su pueblo y a sus soldados con una bondad enteramente paternal.»

Religiosidad de este rey y de su corte.

De la religiosidad de este rey certifica también Dozy. Suyo es este alegato tomado de Aben Alabar a favor de Almotacín: «Respetuoso para la religión y sus ministros, gustaba de oír a los faquíes (o doctores) discurrir acerca de los textos sagrados; y este efecto los reunía regularmente una vez por semana en un salón de su palacio».

Y del fervor y celo de los almerienses da testimonio fidedigno el granadino Aben Aljatíb, pues afirma que «eran muy dados a la religión, y así Almería, a pesar de la mudanza de los tiempos, no había dejado de ser la casa de los monjes y la mansión del ascetismo y de la firme observancia.»

Confirmación histórica.

Y esta firmeza en la fe, que tenía el pueblo de Almería, lo corroboraba la historia en todos los sentidos y en toda clase de gentes.

Aquellos pocos cristianos, que aún subsistían en la apostólica diócesis urcitana, eran tan constantes en su fe, que para mejor entregarse a sus prácticas piadosas emigraban a tierras de Aragón o de Castilla, como el devoto mozárabe Pedro de Almería, que muy a poco de morir Almotacín se pasó al servicio de Sancho Ramírez, y tomó parte en la reconquista de Huesca, y recibió en el reparto de aquella ciudad casas, tierras y viñas, que sabemos por documentos, que aún perduran, que las donó enseguida para después de su muerte a la iglesia mozárabe de Huesca, llamada precisamente como una de hoy de Almería «San Pedro el Viejo.»

Temeridad de un cautivo.

Pues de la religiosidad de los cristianos cautivos del tiempo de Almotacín y demás reyes de Almería ¿quién no se volverá lenguas?

De uno, que servía un oficio dentro de Palacio, refiere Antonio de Honcala (y lo transcribe Orbaneja) que tan pesaroso estaba de verse en tierra de infieles, que, a fuerza de discutir sobre los medios posibles e imposibles para su evasión, al fin tropezó con uno por demás aventurado, pero que no vaciló en poner en práctica.

Iba este infeliz cautivo todos los días al horno, y contemplaba desde él la inconmensurable altura, a que se alzaba el palacio sobre el precipicio: único lado del alcázar no escudriñado por los centinelas. Y a pesar de la altura pavorosa, por ahí resolvió fugarse.

Y al efecto, día tras día, a su regreso del horno, arrojaba sin cesar a un mismo sitio a los pies del alcázar cuanta ceniza podía conseguir, hasta ir formando poco a poco un buen montón.

Y cuando lo vió crecido y en condiciones de poder amortiguar el golpe de una terrible caída, confiado en la Cruz

de Cristo y esquivando los ojos siempre alerta de vigilantes y de carceleros, desde lo alto del palacio se precipitó al abismo, ganoso de la santa libertad.

El milagro del moro de Almería.

Pero esta tenacidad en sus creencias no era privativa y única de los cristianos presos en Almería. Los moros de Almería cautivos en las ciudades cristianas la alimentaban igual.

Testigo, las *Cantigas* del Rey Sabio sobre el moro de Almería prisionero en Consuegra: piadoso milagro acerca del poder uy amparo de la Santísima Virgen, como los demás que florecen aquel hermoso cancionero del siglo XIII, escrito no en castellano (a pesar de ser obra del rey de Castilla) sino en la melíflua lengua gallego-portuguesa.

Dos veces cuenta y canta el rey poeta el relato del moro de Almería, en la cantiga 192 y en la 397. Y sus palabras, que aun con incorrecciones he procurado respetar cuanto he podido, al verterlas al español, para conservar intacta su métrica y hasta melosidad, comienzan de esta manera.

CÓMO SANTA MARÍA LIBRÓ A UN MORO, A QUIEN EL DIABLO PRETENDÍA APRESAR, Y LE HIZO TORN ARSE CRISTIANO.

(Estribillo)

Múltiples veces el diablo engañados
tiene a los hombres, pues les da a creer
muchas locuras; mas tales pecados
borra la Virgen con su gran saber.

(Relato)

Sobre esto, contado
un milagro en mí
os será, y mostrado
cuanto yo aprendí.
Hermoso, aceptado
y bien escuchado
será con mi agrado
y lo debe ser,
pues Dios muy honrado
y muy acabado
lo quiso al dictado
de su Madre hacer.

(Estribillo)

En consuegra había
un buen hombre tal
que Santa María
quiere sin igual;
y muy gran porfía
por ella tenía
siempre cada día
como oí exponer,
porque de Almería
un moro decía
que nada valía
su grande poder.

(Estribillo)

Y prosigue la Cantiga refiriendo con gran prolijidad cómo a ese moro almeriense, pertinaz y osado, denostador de Santa María, el amo le encerró en una mazmorra.

Y allí vino el demonio y mortifico terriblemente al infiel durante dos noches.

Y a la tercera la Virgen Santísima se apareció al atormentado prisionero y le dijo: «Pagano ¿quieres librarte del demonio? Apártate de Mahoma y hazte cristiano.»

Contó el moro al día siguiente la luminosa visión a su amo, recibió las redentoras aguas del bautismo, y cesó la tentación del enemigo; y durante el resto de su existencia tuvo la gloria de señalarse como creyente, viviendo y muriendo muy honrado.»

El celo religioso de Almería.

Pero no eran sólo los cautivos, cristianos o musulmanes, los almerienses aferrados a sus creencias. Lo era el pueblo en general; y así, muerto Almotacín, y derrocado por los almorávides aquel reino de taifas, quedó en pie nuestra ciudad como baluarte firmísimo de su religión, propugnáculo de su mahometana fe y cuna de los osados marinos, que en la primera mitad del siglo XII sembraron la consternación y espanto por todas las costas del Mediterráneo y aun del Oceano Atlántico, persiguiendo a guerra y muerte los bajeles de la Cruz, y provocando aquella épica cruzada anti-almeriense de España, Francia e Italia del año 1147.

Almotacín protector de poetas.

La munificencia del rey de Almería Almotacín (traducimos de Dozy) había atraído hacia la capital un gran número de espíritus selectos, cuando he aquí que un día se vio llegar a un joven, pobre, mal vestido, y a quien nadie conocía.

Venía de la villa de Berja, donde había sido educado por su padre, hombre de gran ingenio e instrucción, y se llamaba Abul Fadel Chafar «Aben Charáf.»

Había surgido en él la idea de ir a buscar fortuna en Almería; y, a pesar de su traje más que modesto, presentóse en el palacio de Almotacín, esperando que su título de poeta (pues lo era) bastaría para que las puertas le fuesen abiertas.

Su esperanza se vió realizada; y, cuando estuvo en la presentación del príncipe, recitó ante él un poema, que empezaba de este modo:

Tiempo hacía que la noche
(su partida retardando)
había prometido ya
que el día estaba cercano,
y de su ya larga vela
lamentábasen los astros;
cuando de pronto las brisas
la tiniebla disiparon

Las florecillas entonces
dieron su aliento aromado,
y la aurora (enrojecida
de pudor) surgió bañando
de rocío sus mejillas;
en tanto que de astro en astro
la noche iba concediendo
permisos de ir al descanso.

Y ellos lentamente entonces,
uno tras otro pasando,
igual que las hojas secas
de un árbol se evaporaron.

¡Lo juro por mis mayores!
Encontrándome abrumado
tras una larga vigilia
dormido me había quedado
en los precisos momentos
en que el céfiro temprano
sobre las flores derrama
del rocío el tierno llanto;
cuando he aquí que la imagen,
que es de mis suspiros blanco,
vino a hacerme una visita
después de haberme alejado
de esta mansión, cuyo acceso
para mí fuera vedado.

¡Oh, cuán encantador era
aquel ser idolatrado
de amplias líneas correctísimas
y breve talle espigado!

Cuando el flotante cabello
echó del rostro a los lados;
yo me acordé de la aurora
las tinieblas disipando:
porque sus cabellos eran
como las sombras opacos,
y a su faz debió la aurora
prestar sus tintes rosados.

Sus ojos traspasan, como
la espada que lleva a un lado;
y el resplandor de ese acero
se ve en su rostro brillando.

¡Que hermoso es mi predilecto
sobre un potro cabalgando,
que parte al galope, y que, aunque
de ojos ardientes y bravos,
se deja manejar de él
igual que un tímido gamo!

Y prosiguiendo el poeta en este tono, y empleando –como era costumbre- palabras ambiguas, que hasta cierto punto podían aplicarse lo mismo a una prometida que a un príncipe (equivoco raro, pero posible en árabe, donde los poetas emplean el género masculino aun refiriéndose a una mujer), Aben Charáf terminó su composición con un pomposo elogio de Almotacín.

Quedó encantado este príncipe de lo que acababa de oír, y testimonió egregiamente su admiración por el joven poeta, que sabía revestir sus pensamientos de un colorido tan fresco y tan gracioso.

Y que esta admiración del liberal monarca no fué solo teórica, lo demuestra el siguiente hecho, que algún tiempo después acaeció y que sabemos por Almacarí.

Un galardón espléndido.

En una ocasión, habiendo Aben Charáf tenido discusiones con cierto intendente, que pretendía hacerle pagar un impuesto muy considerable por un campo que poseía en las proximidades de una aldea, el poeta sé fué con sus quejas al monarca, recitándole a continuación un poema, en el que se encontraba este verso:

Bajo tu reino, oh príncipe,
del todo se extinguió la tiranía;
menos la de las jóvenes
de talle y airoso y fulgídas pupilas.

-¿Cuántas «bait» (casas) hay en la aldea de que me has hablado? Le preguntó entonces Almotacín.

- Unas cincuenta, respondió Aben Charáf.

- Pues bien, repuso el príncipe, yo te las doy por este solo «bait» (verso) - Y al momento, mediante un diploma, le concedió la propiedad de la aldea con exención de toda clase de impuestos.

Rencillas entre poetas cortesanos.

Hemos visto en el párrafo anterior la protección que el rey de Almería Almotacín dispensó al poeta de Berja Aben Charáf.

Dozy nos cuenta la violenta envidia que semejante valimiento le acarreó entre los otros poetas cortesanos. Uno de estos era Aben Oct Ganím de Málaga.

Su verdadero nombre era Abu Abdalá Mohamed ben Mamar; pero, como no procedía de un linaje ilustre, y su padre no tenía otro timbre de gloria que el de haber estado casado con la hermana del célebre filólogo Ganím, no se le llamaba nunca de otro modo que Aben Oct Ganím «hijo de la hermana de Ganím», mote en extremo desagradable y humillante para un hombre que vivía en una sociedad tan aristocrática, como era entonces la sociedad andaluza.

Por lo demás era un buen poeta y un verdadero pozo de ciencia. Había leído no sé cuántos libros sobre gramática, jurisprudencia, teología y medicina: más aún, se los sabía de coro, porque tenía una memoria prodigiosa.

Pero era envidioso, y veía en el recién llegado Aben Charáf un rival que podía algún día suplantarle en el favor de su soberano.

Queriendo, pues, desconcertarle, púsose a mirar su traje rústico con una curiosidad en extremo impertinente, preguntándole a continuación de qué desierto venía.

Esta curiosidad le costó cara. Sin desconcertarse, Aben Charáf, cuyo nombre en sentido apelativo quiere decir «hijo de la nobleza», le respondió altivamente:

Aunque mi vestido sea
de habitante del desierto,
hijo de familia noble
me llamo y soy en efecto.

De mi propia condición
que avergonzarme no tengo,
y no llevo sobre mí
el nombre ¡de tío materno!

Los burladores pusiéronse de su parte; y en aquella sazón su adversario, avergonzado de su derrota, guardó silencio; pero más tarde se vengó componiendo contra Aben Charáf la sátira siguiente:

Preguntadle a ese poeta
de Berja, si se imagina
que vino de Irác y el genio
de Botori le ilumina.

Lleva versos de tal género,
que morir hacen de enfados
únicamente de verlos
entre sus manos mostrados.

¿Cómo? diréis; ¿por ventura
lugar holgado tenemos,
para que nuestros oídos
a tan vil coplero demos?

¡Créeme, Charáf! La poesía
quédese para los pocos
vates de verdad; y tú
cesa en tus intentos locos.

Porque el labio delicado
de la hermosa Poesía
seguramente tu beso
grosero repudiaría.

Sentencias de Aben Charáf.

Pero Aben Charáf no era solamente poeta: también se distinguió en la medicina, y como moralista publicó dos colecciones de «Máximas», una en prosa y otra en verso. Uno de sus contemporáneos, Aben Jacán, nos ha conservado algunas de estas reflexiones, y como no carecen de exactitud ni de ingenio (dice Dozy), he creído un deber el traducirlas:

- El hombre virtuoso, que vive en un siglo corrompido, es como una antorcba colocada en un desierto: derramará luz, si los vientos la dejan en paz.

- La felicidad que aumenta de día en día, excita más vuestra envidia que la dicha suprema; porque, cuando la luna llegó a su plenitud, luego comienza a decrecer.

- Contad con vuestras propias fuerzas, por pequeñas que sean, más bien que con las de vuestros amigos, por grandes que parezcan; porque el vivo, a quien sostienen sus propias piernas (que no son más que dos), es más fuerte que el muerto, a quien llevan las piernas de los que (en el féretro) le conducen al cementerio, y eso que estas son ocho.

- Enseñar es cultivar el espíritu de los demás; pero no todas las tierras producen frutos.

- El hombre prudente y firme es el que reflexiona con madurez cuando duda y obra con prontitud en cuanto posee la certeza.

- Muchas personas serían sabias, si no hubieran dicho: «¡Más tarde!».

- Decir la verdad por nobleza de carácter es actuar como un espejo hecho de excelente acero, que refleja con fidelidad la imagen de los objetos.

- Muchas veces el hombre generoso, que no hace sino dar, es más rico que el avaro, que no hace más que recibir.

- La repulsa no la experimenta el que pidió y no recibió nada, sino aquel a quien se ha prometido algo y no le ha dado ninguna cosa.

- ¡Oh hijo de Adan! Reprendes a los hombres de tu siglo, como si tú solo fueras el virtuoso, y todos los otros fuesen unos malvados. Te engañas: tú has sido injusto con ellos, y ellos lo han sido contigo; pero recuerdas lo que los otros han hecho, y olvidas aquello que has hecho tú.

- Un espíritu superior, que no ocupa un puesto elevado, o cuyo mérito es desconocido, semeja a una antorcha, cuya luz no se ve, o que no está colocada bastante alta; y un necio, de quien no se puede sacar provecho, como no sea humillándolo, se parece al áncora de un barco, que no hace ningún servicio, mientras no se la arroja de arriba abajo.

Aben Chafadasche.

Otro de los grandes poetas (de la corte de Almotacín, según D. Francisco Jover en su ya citado trabajo *Notas para Historia de Almería*) era Aben Chafadasche.

En Almería, y en competencia, según el mismo autor, escribió esta canción báquica, conservada por Aben Jalicán y traducida por Schack y por Valera:

Por la tarde a menudo
con los amigos bebo,
y al cabo sobre el césped
me tumbo como un muerto.

Bajo un árbol frondoso,
cuyas ramas el viento
apacible columpia,
y donde arrullos tiernos
las palomas exhalan,
gratamente me duermo.

Suele correr a veces
un airecillo fresco,
suele llegar la noche
y retumbar el trueno;
mas, como no me llaman
yo nunca me despierto.

Venganzas de Almotacín.

Entre los poetas de la corte de Almotacín brilló como ninguno el famosísimo accitano Aben Alhadad (Mohamed ben Ahmed Abu Abdalá), celebérrimo músico, retórico y poeta, denominado por el mérito de sus composiciones «el poeta Andalús», autor, entre otras obras, de un «Tratado de Música», de otro «Tratado de Arte poética» o de versificación (en el cual había ensayado poner de acuerdo el sistema musical con las reglas establecidas por el célebre gramático Jalíl) y de innumerables poesías, de las cuales cita algunas Aben Aljatíb en su *Ihata.*

Este poeta es quien compuso aquellos versos que en su tiempo estuvieron tan en boga, que todo el mundo los sabía de coro y los canturreaba, comenzando de este modo:

Deja el valle de Akic, se me ha dicho,
pues tu amada no accede a tu amor;
y al arroyo de Odáib nunca vuelvas,
donde un día tu vista la halló
revestida de hermosos diamantes
perfumando el ambiente en su olor.
Nuevamente su espada y sus dardos
te herirían en el corazón.

¡Ay! Me impiden llegar a tu lado:
pero no podrán nunca impedir,
que tu imagen esté a todas horas
-aunque ausente- delante de mí.
¡Oh! vosotros, que al verme sumiso
me elogiáis porque anhelo dormir,
no merezco alabanzas: amo al sueño,
porque sé que a mi amada veo allí!

Pero, a pesar de estos versos graciosos y tiernos, Aben Alhadad no debió de ser siempre un amante muy leal, a juzgar por los consejos de infidelidad que vierte en otras de sus composiciones.

Y esa misma versatilidad de carácter la hizo patente en sus tratos con nuestro generoso rey Almotacín, como vamos a ver dentro de muy poco.

Este poeta gozaba de gran favor cerca del bondadoso Almotacín, que hasta se dice le hospedaba en su palacio. Y en esos tiempos de buena amistad todo se le volvía hacerse lenguas en honor del benéfico monarca.

Aben Jalicán nos ha conservado, en prueba de ello, una de las poesías, que el poeta de Guadix dirigió al rey de Almería bajo la figura de una amada (equivoco árabe de que ya antes se ha hablado), y que traducida por D. Juan Valera está redactada así:

CASIDA EN LOOR DE ALMOTACIN

A índico ámbar trasciende
la solitaria vereda;
¿Pasó, por aqueste valle
dichoso, Lubna la bella?

Que no está lejos mi amada,
estos aromas me muestran;
y al punto mi corazón
enamorado despierta.

En el desierto a menudo
su antorcha la señal era,
que dirigía mis pasos
en las noches sin estrellas.

Relinchaba alegremente
siempre mi caballo al verla,
y la caravana entonces
caminaba más de priesa.

Detengámonos ahora,
do suele morar aquella,
con cuyo recuerdo el alma
de contínuo se sustenta.

Este es el valle de Lubna,
y la única fuente ésta,
en que puede hallar hartura
el alma mía sedienta.

¡Cuán delicioso es el valle,
y cuán fecunda la tierra,
do la tribu de m amada
sus rebaños apacienta!

¡Bendito y querido el suelo,
en que se estampó su huella!
El lugar en que ha vivido
mi amada ¡bendito sea!

Aquí mis tiernos suspiros
y mis amorosas penas
nacieron, y la esperanza
con que el alma mía sueña.

Pero el favor y protección de que Aben Alhadad disfrutaba al lado del rey de Almería lo perdió por su ingratitud, su carácter irascible y lo cáustico de su palabra. Y eso que el bondadoso príncipe almeriense no se enojaba con facilidad.

El hecho comenzó de esta manera.

Una insidia entre flores. Habiéndole recitado a Almotacín uno de los literatos de su corte estos dos versos:

Perdónale a tu hermano,
si contra ti una falta
comete; el ser perfecto
es una cosa rara:

Todas las cosas tienen
una faceta mala
y, a pesar de su brillo,
humo «la antorcha» lanza;

Almotacín se sorprendió, y preguntó qué poeta había compuesto aquellos versos. Informado de que eran de Aben Alhadad, dijo sonriendo:

«¿Sabéis qué es lo que ha querido indicar?»

-«No, le replicaron; solamente comprendemos que es un pensamiento ingenioso»

-«Pues es, explicó entonces Almotacín, que, cuando yo era joven, y él estaba junto a mí, yo llevaba el título de «Antorcha del Imperio». ¡Dios maldiga su alusión impertinente! Pero ¡qué versos tan admirables compone!».

Y el magnánimo Almotacín, en gracia al buen ingenio del poeta, le perdonó el agravio escondido como áspid entre floridos versos.

Pero algunas veces la injurias de los poetas eran de tal gravedad, que obligaban al mismo Almotacín, no obstante su bondad y mansedumbre, a perder su habitual moderación.

Los poetas en aquel tiempo eran en extremo exigentes: montaban en cólera, tan pronto como no se les concedía todo lo que demandaban; y, como verdaderos niños mimados que eran, abusaban entonces de la libertad que tenían para decirlo todo.

Eso es lo que sucedió a Aben Alhadad.

Agravio descarado. Disgustado el poeta de Guadíx, porque Almotacín le había desestimado una petición exorbitante, compuso contra él esta encarnizada sátira:

¡Oh vosotros, que andáis tras los regalos!
De Almotacín la corte abandonad;
que, si os da como un grano de mostaza
cual a siervos os quiere esclavizar.

Aunque hubiéseis pasado al lado suyo
una vida más larga que Noé,
no por eso os hallárais menos pobres
que si no le lograseis conocer.

Este ultraje era demasiado sangriento para ser perdonado. Almotacín había podido sufrir que An-Nahelí le ridiculizase por su amor a la paz, pero no podía tolerar que se le acusase de avariciar. Estaba, pues, firmemente resuelto a tomar medidas eficaces para castigar la insolencia del poeta; pero, éste, informado oportunamente del peligro que le amenazaba, dejó Almería a toda prisa.

La rigurosidad del monarca. Esta vez, sin embargo, Almotacín quiso tomar venganza a todo trance, y en su cólera cometió una injusticia: hizo meter preso al hermano del poeta, que al fin y al cabo era inocente.

Cuando Aben Alhadad, que amaba tiernamente a su hermano, recibió la fatal noticia, exclamó:

«Siempre el destino enemigo
va en nuestra persecución:
cualquiera que sea, debemos
acatar su decisión.

»¡Ay! Bien lo sé ya: si al éxito
no le uncimos a nosotros,
no basta una sola dicha
para hacernos venturosos.

»¿De qué sirve nuestro esfuerzo
para esquivar el peligro,
si el rostro de la fortuna
se niega a sernos propicio?

»¡Triste y mísero de mí!
¿qué he de hacer ya, si parezco
como una lanza que hubieran
despojado de su hierro?»

Habiendo oído Almotacín recitar esta composición dijo: «En sus versos pone más cantidad de buen sentido que en sus actos: verdad dice que para él no existe felicidad, mientras no tenga a su hermano junto a sí. Pues bien, quede en libertad su hermano.

Acusando a Almotacín de escatimar sus dádivas, Aben Alhadad le había herido certeramente en la fibra más sensible de su amor propio.

Almotacín (concluye Dozy) se desvelaba con una sensibilidad casi enfermiza pro su reputación de príncipe generoso, de protector liberal de los hombres de letras. Discutirle semejante cualidad, la principal de todas a su juicio, era ofenderle mortalmente; reconocérsela, era por el contrario el medio más seguro para merecer su agrado.

Almotacín hospitalario.

El número de los poetas de la corte de Almotacín (nos dice el mismo autor) era muy considerable, y muchos de ellos eran almerienses; pero no lo eran todos. En especial había una colonia entera de refugiados granadinos.

En efecto, los habitantes de este reino eran bien desdichados entonces, entregados como estaban de pies a manos a los extravagantes y sanguinarios caprichos de sus príncipes africanos, a los cuales despreciaban por su falta de civilización, tanto como los temían por su crueldad.

Los hombres de letras eran de compadecer aún más que el resto de la población, porque a los ojos de los feroces tiranos de Granada la inteligencia humana era un enemigo peligroso, que era preciso aplastar a cualquier precio que fuese.

Viendo, pues, siempre suspendida sobre su cabeza la espada, los representantes del pensamiento emigraron en masa aunque en diferentes épocas, yendo la mayoría a Almería en la seguridad de ser bien acogidos por el generoso soberano que reinaba allí y que, como verdadero árabe que era, aborrecía a los bereberes, tanto como ellos le odiaban a él.

El sobrino Ganím. Uno de estos emigrados granadinos era «el hijo de la hermana de Ganím», de quien ya hemos hablado.

El se llamaba Abu Abdalá Mohamed ben Mamar, aunque según hemos visto era más conocido por «el sobrino de su tío.» Había nacido en Málaga y alcanzó una pasmosa longevidad, pues vivió más de cien años, casi como un almeriense bien poco posterior, a él, el sabio Aben Alyatín, que llegó hasta los 124 años.

Protegido por el rey Almotacín, Aben Oct Ganím (el hijo de la hermanan de Ganím) compuso abundantes obras sobre gramática y sobre otras ciencias y en especial un «Comentario sobre el Tratado de Botánica de Abu Hanifa Adainavari» (escritor del siglo IX) ¡en sesenta volúmenes!

Y en tres cosas se distinguió nuestro famoso emigrado: en lo prodigioso de su memoria, en lo vasto de sus conocimientos y en el don de la poesía.

Pero he aquí cómo vino a Almería, según El Soyutí.

Su tío, el gran filólogo Ganím, en cuya casa vivía, le había inducido a abandonar los estados de Badis.

«Este tirano (le había dicho) aborrece la vida de todos los hombres de letras. Por mi parte no le tengo apego a la existencia: soy viejo, y hoy o mañana he de ser un mochuelo (he de morir): pero tengo interés por mis obras, y no quisiera que ellas pereciesen. Helas aquí; tómalas tú, que eres joven, y vete a establecer en Almería. EL tirano podrá matarme luego, pero yo al menos llevaré a la tumba la idea consoladora de que mis obras me sobrevivirán.»

Un príncipe destronado. También venían a Almería, a los acogedores brazos del joven Almotacín, los ex-reyes proscritos de otras repúblicas.

En el año 447 (1055), nos dice El Becrí, la dinastía de los Beni Hammud fué destronada.

Pues bien, el último miembro de esta familia, Mohamed ben Hammud, ¿adónde se iba a retirar sino a la beatífica Almería?

Y allí vivía oscura pero sosegadamente, cuando una comisión del pueblo de Melilla arribó al Andalús, y después de no pocas dificultades le encontró y le ofreció la soberanía de su región. Y Mohamed aceptando cruzó el Africa «donde aún gobierna (termina El Becrí) como señor de Melilla, Calu Jara y el territorio adyacente, siendo el año actual 460» (1068 de Cristo).

Tutor de otro monarca. Muerto el granadino Badis, ocupó el trono de la ciudad del Darro desde 1074 el joven rey Abdalá, y hasta su mayor edad fué su tutor un Sanhachí llamado Semecha. Ahora bien, recuerda Prieto Vives en sus *Reyes de Taifas*, este Semecha, terminada su misión cerca de Abdalá, se retiró también a Almería.

El poeta Somaisir. Otro de los refugiados en la corte del buen rey Almotacín (según Aben Aljatíb) era Somaisir de Elvira, uno de los poetas más ingeniosos de su época.

Proscrito (cuenta Almacarí) por causa de unas sátiras, que había compuesto contra los bereberes en general y particularmente contra su rey Abdalá ben Bologuín, había llegado a Almería y se creía ya en seguridad, cuando fué detenido por orden de Almotacín, a quien se había hecho creer que había compuesto también invectivas contra él.

Conducido a la presencia del príncipe, y habiéndosele ordenado recitar esas sátiras, exclamó: «Juro por Aquel que me ha entregado en vuestras manos, que yo no he dicho nada malo contra Vos. He aquí lo que he dicho:

«Adán entre mis sueños
se apareció. Y le dije:
«Padre de los mortales,
¿es cierto lo que cuentan,

que son los bereberes
hijos tuyos?» Furioso
gritó: «Si fuera cierto,
me divorciara de Eva».

»El príncipe Abdalá me proscribió por causa de estos versos, pero afortunadamente pude escapar de sus manos, poniendo la frontera entre los dos. Entonces procuro sin duda corromper a alguno, que os refiriese versos que jamás he escrito. Así esperaba que Vos me mataríais; y el artilugio era bueno, porque, si se hubiera realizado, él se habría vengado, y al mismo tiempo habría echado sobre Vos la odiosidad de tan inícua acción.»

-«Eso que me contáis, interrumpió Almotacín, me parece muy razonable; pero puesto que ya me habéis recitado los versos que habéis compuesto contra su nación en general, quisiera oir los que se refieren a él especialmente.»

-«Viéndolo atareado (explicó Somaisir) en fortificar su castillo en Granada, le dije:

¡Qué insensato! ¡Su cárcel
él mismo se edifica!
¡Oh gusano de seda
que su prisión fabrica!»

-«Muy bonitamente le habéis maltratado, y bien que lo habéis hecho, dijo Almotacín. Quiero hacer algo por Vos: os daré un regalo, y una vez recibido tendréis que salir de mi reino: o bien os haré inscribir en la lista de mis poetas, pero entonces no recibiréis regalo alguno. Escoged.»

Habiéndole respondido el poeta en dos versos muy bien contorneados que a su entender

«De ambas proposiciones el dilema
a las mil maravillas se concilia,
dándome el premio expuesto en la primera
y por la otras inscribiéndome en tus listas;»

-«Sois astuto como un diablo, le replicó Almotacín; pero está bien, os haré el regalo y os permito que os apuntéis entre mis vates.»

Zancadillla de este poeta. Somaisir (refiere Dozy) permaneció en la corte de Almotacín hasta la muerte de este soberano. Publicó un tomo de sátiras con el título: «Remedio contra las enfermedades: reputaciones usurpadas reducidas a su justo valor». Y no tuvo nunca que quejarse del noble Almotacín.

Pero una vez sostuvo una discusión con un patricio de Almería, que, después de haberle encargado un poema en su alabanza, se había negado a pagarle. El poeta supo tomar venganza de esta afrenta.

Efectivamente, habiendo hecho el patricio gastos excesivos para un festín, al cual había convidado al rey, Somaisir se situó en el camino, que el príncipe debía seguir para dirigirse a la casa de su huésped, y, cuando le vió, le dirigió estas estrofas:

¡Oh rey afortunado ! A tu llegada
de entusiasmo sin fin
y de orgullo palpita el noble pecho
que preparó el festín.

Pero no vayas al hogar ajeno
tu sustento a tener:
no va a caza el león, si ya no es cuando
no tiene qué comer.

-«¡Por Dios!, exclamó Almotacín; razón tiene»; y se volvió a su palacio.
El patricio tenía hecho el gasto, que perdió inútilmente; y el poeta quedó vengado así.

Almería asilo de sabios.

La corte de Almotacín se vanagloriaba no solamente de sus poetas sino también de sus sabios, y también para ellos Almería era puerto de refugio, fuente de prosperidad y santuario de la ciencia.

Aben Abilfayad. En Almería vivió (y vino a esta población a ser en ella discípulo del célebre Talamanquí) el historiador ecijano Aben Abifayád, muerto en 1066, autor de la obra *Ibar*, el Libro de las lecciones o advertencias.

Aben Alaci. En nuestra ciudad estuvo, y bajo su cielo durante algún tiempo estableció su cátedra, el famoso Abu Bahr Sofián ben Alaci, oriundo de Murviedro, avecindado posteriormente en Córdoba y escritor de un *Fihrisi* (Indice o Catálogo de libros).

Aben Azacar. Bajo la dirección de este maestro estudió en Almería Abu Zaid Aben Azaca, afamado historiador valenciano, aunque originario de Zaragoza, que se trasladó con su padre a nuestra ciudad en los días de Almotacín, y años adelante (ya bajo los almorávides) puso en Fez tienda de libros.

Aben Modair. Originario de Osuna era otro historiador, Aben Modair, que asimismo residió por algún tiempo en la ciudad de Almotacín, muriendo en Córdoba el primer año del siglo siguiente.

Aben Ragia. Y siendo pretor de Almería falleció en esta ciudad, a poco de morir Almotacín, el ilustre matemático Abderramán Aben Ragia Alhagerí, llamado el Sementaní por el lugar de su cuna, cerca de Jaén.

Aben Alabana. Y para no hacernos interminables también vivió en Almería por el mismo tiempo el ilustre literato Mohamed ben Isa Aben Alabana, natural de Denia, autor de una colección de poesías, pero más conocido por sus obras en prosa de carácter histórico, y en especial por el *Rocio de perlas y amontonamiento de flores* sobre la poesía de los Beni Abad, y el *Libro de los caminos de la Guerra Civil.*

El Zafadí. Y en fín nuestras escuelas visitó, y fué maestro del famosísimo almeriense EL Roxetí, el zaragozano Abu Alí el Zafadí, que para beber en la más puras fuentes el saber oriental hizo la peregrinación a la Meca después de recorrer las madrisas de España.

El Becrí. Peor la gloria científica de la corte de Almotacín fue la persona de Abu Obaid Al-becrí, o el Becrí, el más insigne geógrafo de la España árabe, de cuyas obras se sirvió igualmente el rey Alfonso el Sabio para su *Grande y general historia.*

Hijo de un soberano en miniatura, de un señor de Huelva, que había vendido su principado al rey de Sevilla y educado en Córdoba, donde se había captado los corazones de todos los encantos de su figura, la vivacidad de su espíritu y lo extenso de sus conocimientos literarios; a la muerte de su padre acaecida hacia el año 457 (1064 de Cr.) se trasladó a la fastuosa corte de Almería, llegando a intimo amigo de Almotacín, que le colmó de honores y riquezas, le nombró visir suyo, y le confió delicadas misiones diplomáticas cerca de otros monarcas, como por ejemplo junto al rey de Sevilla Almotamid.

Comprendió el Becrí la vida, como la comprendía la sociedad de entonces, repartía su tiempo alegremente ente el estudio y el placer.

Nada más variado (escribe Dozy) que sus ocupaciones: ora iba a negociar, en nombre de su señor, un tratado de alianza o de paz; ora trabajaba en su gran obra sobre *Los caminos y los reinos* (libro capital, del cual poseemos aún algunas partes tales como la Descripción de Africa), o bien en su *Modjam*, su gran diccionario geográfico, que nos ha llegado entero y que contiene la exposición razonada de una multitud de nombres de lugar, de montañas y de ríos, de los cuales se trata en la historia y en los poemas de los árabes antíguos; ora en fin se desentendía de sus graves quehaceres tomando parte en un festín, en que reinaba una loca alegría.

«¡Oh mis amigos!, exclamaba entonces,

¡Oh mis amigos! ardo ya en deseos
de sostener la copa entre mis manos
y aspirar el perfume que se exhala
de la violeta y arrayán tempranos.

¡Ea! Embriaguémonos en los placeres;
prestemos nuestro oído a las canciones;
y nuestra fuga repentina burle
de los que acechan las indiscreciones.

No hay tiempo que perder ningún pretexto
para aplazar la fiesta será hallado:
Ramadán y su ayuno están ya encima;
gozar entonces es grave pecado.»

Al día siguiente, sea que le remordiese la conciencia, o que quisiese hacer enmudecer a los enemigos, que con demasiada crueldad le acusaban de embriaguez, entregábase con ardor al trabajo, y esta vez para escribir, un libro verdaderamente serio y bien edificante, un tratado en que se proponía de mostrar, que, pese a las objecciones de la incredulidad, Mahoma había sido real y efectivamente enviado de Dios.

Otro sabios notables de Almería.

Vistos aunque a la ligera los ilustres forasteros acogidos a la corte protectora del generoso y culto Almotacín, justo es mencionar también (aun cuando sea de pasada) a los principales sabios del país ornamento de su siglo y de su reino.

Aben Alarcán. Tras el visir El Becrí, corresponde recordar a otro visir del mismo soberano, Abu Amir ben Alarcán, distinguido poeta, cuya biografía incluye Aben Jacán en su obra *Calayid.*

Aben Omar de Dalías. Almeriense famosísimo e infatigable viajero fué Abulabás Ahmed ben Omar ben Anás el Odsrí, conocido por El Dalaí (o Aben Ad-dalaí) por haber nacido en Dalias.

Acompañado de su padre encaminóse a la Meca y a Damasco y a Basora, visitando sus celebradas escuelas y las de más renombre del Oriente, y compuso un gran número de libros y de trabajos históricos.

Habiendo sentado cátedra, de regreso a su país, asistía a sus lecciones multitud considerable de sabios españoles.

Muchos y muy eruditos volúmenes son los que redactó, siendo famosas sus *Antigüedades arábigas* y la obra geográfica intitulada *Collar de coral acerca de los itinerarios y los reinos*.

Finalmente el mismo año que Alfonso VI tomaba Toledo, 1085, falleció en nuestra Almería, siendo enterrado en la mácbora o cementerio de «Al-haud» (el Aljibe o Cisterna) en la parte occidental de la ciudad.

Abulcasim Said ben Ahmed. De Abulcasím Said (o Aben Said), nacido en Almería bajo Zohair, pero muero en los días de Almotacín, hemos tratado anteriormente.

Llamaselé al Kortubí, por creérsele oriundo de Córdoba, y más frecuentemente el Tolaitolí, porque Almamún Yahya ben Dinúm, rey de Toledo, le honró con el nombramiento de cadí de esta ciudad.

Fué uno de los más notables jurisconsultos de todo su siglo, alcanzando muy gran celebridad tanto en la administración de justicia como el campo de las letras.

De él se recuerdan, primero su «Tabacat aloman» (instrucción sobre las «Clases de gentes»), compendio en extremo útil de historia popular, donde se extractan los hechos de todas las naciones desde los antiguos persas y caldeos, coptos, indios y chinos, hasta los hebreos y árabes sin olvidar los griegos y romanos.

Suya es también la obra titulada «El colector de las historias de los pueblos»; y suyo el «Aparador de la filosofía o clases de filósofos»; y son asímismo suyos unos «Anales de España» y un epítome o "Historia de los Mahometanos traducida al latín y anotada por Eduardo Pocokio.

El Chodsamí. De El Chodsamí, famoso sabio almeriense, también se ha hecho mención en el reinado de Abulahvás Man.

Por Aben Jair sabemos que fué autor de un Catálogo o *Fihrist* y compuso también un libro hermoso y útil sobre «Interpretación Alcoránica».

De él tratan Adarí y Aben Pascual.

Llamábase Abul Hasán Alí ben Abdalá, y murió el año 1137, contando 89 de edad.

Abu Mohamed Abdala el Roxetí. Natural según unos de Almería y según otros nacido en Orihuela pero venido a Almería a los seis años de edad, en 1081, en esta ciudad vivió y se hizo famoso este ilustre tradicionero, discípulo aventajadísimo de los célebres doctores Abualí el Gasaní y Abu Alí Asadafi. Aben Pascual, que le trató, sostiene que había nacido en Almería.

Llamábase «el Roxeti», o sea el de la roseta, porque uno de sus antepasados recibió este nombre por tener en la espalda un lunar, que notó ante que ninguno su nodriza que era cristiana y que en su lenguaje lo denominaba roseta.

La obra a que debe su fama se titulaba «Adquisición de luces y exámen o pesquisa de flores» y contenía genealogías de los compañeros de Mahoma y de los tradicionistas, «obra (según Aben Alabar) sin semejante entre las que en su género le precedieron», sumamente elogiada y compendiada como otras varias obras que compuso

Halló muerte gloriosa en la toma de Almería por Alfonso VII, mártir de su religión, según el término empleado de consumo por sus numerosos biógrafos.

El plenipotenciario Abul Asbag. Con este embajador de Almotacín vamos a terminar esta ojeada, un si es no es enojosa, de los pronombres literatos de la corte de aquel rey.

Abul Asbag es famoso por la embajada que en nombre de Almotacín llevó al rey Almotamid soberano de Sevilla.

Emisario de un rey poeta, para la corte de otro rey poeta también, y poeta el embajador, ¿cómo iba a ser la embajada?

El benemérito Barón de Schack refiere las cortesías.

Preparáronse en Sevilla muy grandes solemnidades para recibirle.

Y al acercarse a esta corte, desde el último lugar en que pernoctó, comunicó Abul Asbag su próxima llegada y de la comitiva. ¿Cómo? Con un mensaje en verso que traduce así Valera:

¡Oh señor prepotente!
Bajo tu regio manto
los pueblos se congregan
buscando protección;
tu sólo nombre llena
al bárbaro de espanto;
los árabes te tienen
en gran veneración.

Ya cerca de la corte,
do tu valor descuella,
nos sumergió la noche
en honda obscuridad;
mas hacia tí nos guía,
como luciente estrella,
tu imagen, que en el alma
influye claridad.

Y el monarca sevillano respondió inmediatamente al legado de Almería (según la tradución de Valera:)

Salud y dicha os envío
Salud y dicha os de el cielo,
cuando yo realmente os vea
y no en imagen del sueño.

Apresurad el viaje;
romped el nocturno velo;
es vuestra alegre embajada
cual faro, que os guía al puerto.

El saber, nobles varones,
mana del estilo vuestro;
regalo dais al oído
con frases y con acentos.

Instruís con vuestro trato,
sois doctos en el derecho,
y abundan vuestros escritos
en profundos pensamientos.

¡Oh Abul Asbag! Ven, que afable
a recirte me presto;
y ganar tu voluntad
y ser tu amigo deseo.

A cada paso, que dan
los vigorosos camellos,
que a mi morada se acercan,
palpita alegre mi pecho.

No reposaré esta noche
con ansia y afán de veros;
y ya estaré, con el alba,
si llegasteis, inquiriendo.

La familia de Almotacín.

Hemos pasado revista en líneas anteriores a los poetas y sabios indígenas y forasteros de la corte de Almería en la segunda mitad del siglo XI.

Pero ¿dónde hemos dejado a su egregio monarca, sus hijos y aun sus sirvientas?

¿Qué engaño es que hubiese poetas y literatos en los palacios y dominios de aquel rey poeta?

´Poeta era Almotacín; poetas sus hijos; Moizodaula, Rafiodaula, Obaidalá Izodaula, y Abu Chafar; poetisa su hija Omalquirán; poeta su nieto Mohamed Rachiodaula; ¿qué más? Hasta su misma esclava Gayalmana era poetisa. ¿Cabe idear una familia más poética?

Almotacín literato. De las poesías del rey Almotacín hemos de ver más adelante una muestra, cuando tratemos del cautiverio de su hijo en la ciudad del Darro.

Según Almacarí (alegado por Simonet en su trabajo *Alcázares famosos en las historias árabes*) nuestro monarca en su palacio de la Somadihía compuso entre otros versos los siguientes, en que describe un gran manantial de agua,

que, brotando en medio de un pabellón, se dividía después en muchos brazos y canales para regar los jardines inmediatos. Dijo así Almotacín:

Contemplad la beldad de esta corriente:
De su fuente al fluir,
Parece una polícroma serpiente
Que la piel se dejase para huir.

Almotacín se dedicó también, nos dicen sus biógrafos, a estudios alcoránicos; y en el Códice Escurialense descrito por Casiri con el número CCCLV se nos conserva escrita, entre otras cosas, su «Descripción de las dos poblaciones de Berja y Dalias».

El príncipe Abu Chafar. El hijo menor del rey Almotacín, el príncipe Abu Chafar, era también artista delicado. Sábese que envió a su amada estos versos, cuya expresión (dice Dozy) es fina y penetrante, pero de tal concisión que para traducirlos es preciso recurrir a la perífrasis:

Os escribo con el pecho
lleno de tristeza y ánsias.
¡Ah! Si el corazón pudiera,
él mismo os diera esta carta.

Mientras estos caracteres
mi pobre mano trazaba,
me pareció que en los ojos
tiernamente yo os miraba,

y que los rasguños negros
sobre la página blanca
eran vuestras negras niñas
de blanco ribeteadas.

¡Adios! Pensando que pronto
han de rozar esta carta
tus dedos (que Alá bendiga),
un beso estampo en sus páginas.

Rafiodaula. Su hermano Rafiodaula, el mejor poeta de su familia, según el parecer de los críticos árabes, dirigió estos versos graciosos a un amigo:

Las copas, oh Abul Alá,
de noble vino están llenas;
y alegres los convidados
de mano en mano las llevan.

Los céfiros dulcemente
la hoja del árbol menean;
los pájaros sus gorjeos
hacen oir; y runrunean
las palomas columpiándose
de las ramas más excelsas.

Ven pues, a beber conmigo,
de este arroyo en la ribera,
el vino claro y rojizo
que exprimido se creyera
de las hermosas mejillas
de nuestra linda sirvienta.

La princesa Omalquirán. Esta princesa, hija de Almotacín, se distinguió también por sus poesías.

Amaba, nos dice Almacarí tomándolo del «Mogrib» de Aben Said, a un apuesto joven de Denia llamado Asamar, y le dedicó algunas «moaxahas», poesías de doble rima. De una de ellas es el fragmento siguiente, conservado por el mismo historiador:

Sí. Se extrañan justamente
del ímpetu de mi amor;
pero es que mi hermoso amado
para mí es igual al sol.

sol que por morar conmigo
dejase aquella región.
El es mi bien: si él se fuera,
mi alma huyera de él en pos.

Los otros hijos. De los otros hijos y del nieto de Almotacín hemos de ver más tarde algunas composiciones, reveladoras de la esmerada educación literaria que recibieron.

La esclava Gayalmana. Esa misma educación hallamos aun en las siervas del gran rey Almotacín.

Testigo su famosa esclava Gayalmana, adquirida por nuestro monarca en atención a su privilegiado ingenio.

Según Asalimí, conducida esta esclavita por primera vez a la presencia del noble Almotacín, quizá por un maestro ciego llamado Aben Alfarré, de quien nos habla Aben Alabar, quiso el rey experimentar el talento de la muchachita y le preguntó su nombre.

- Me llaman Gayalmana.

- Pues bien, linda Gayalmana, le dijo Almotacín, completa estos versos:

A Guayalmana preguntad: «¿Quién viste
mi cuerpo en melancólica aflicción?»

E improvisó en el acto la muchacha:

Puesto que me miráis doliente y triste,
Amor será el que diga: «He sido yo.»

El joven de la barca. Pero ¿qué mucho que hubiese tanto poeta y tanto literato y tanto sabio en la corte del rey Almotacín, si hasta los rudos barqueros e incluso los más tiernos niños se distinguían por su ingenio despejado?

Un día (refiere González Garbín en sus *Estudios históricos sobre Almería* y lo repite Jover y Tovar en sus *Notas para una Historia de Almería*) cantaba un musulmán «almeriense», que se paseaba en una barquilla sobre el Guadalquivir:

No me habléis, no, de este río,
ni tampoco de sus barcas;
ni de Schanta-Bus ver quiero
los jardines ni las galas:

Que vale más que el Edén
aquella ruda albahaca,
que crece en los matorrales
de mi inolvidable patria.

Pues ¿y el despejo infantil?

El niño Alfat. El rey Almotacín entró una vez (nos cuenta el Barón de Schack en su *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*) en la morada de un súbdito suyo.

Y este tenía un hijo pequeñito denominado Alfat. Y el rey le dijo:

-¿Qué casa es más hermosa? ¿la del príncipe de los Creyente o la de tu padre?

Y contestó el muchacho: - La casa de mi padre es más hermosa, ya que el Príncipe de los Creyentes está ahora en ella.

Maravillado Almotacín de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez a prueba y le preguntó:

-Dime, Alfat ¿hay algo más hermoso que este anillo? –Y le mostraba uno magnífico que llevaba puesto en el dedo.

«Sí, replicó el pequeño; la mano que le lleva.»

Pero hagamos punto aquí, pues nos hemos extendido en describir la vida literaria del reino de Almotacin, y nos están llamando otros aspectos.

Almería fabril bajo Almotacín.

En las páginas precedentes hemos contemplado el brillantísimo círculo literario de la corte esplendorosa del rey Almotacín.

Hora es pasar revista, siquiera sea rápidamente, al esplendor material industrial y comercial de ese sin igual reinado.

Actividad industrial.

Mientras con naturales del país y refugiados de otros reinos la ciudad rebosaba de poetas y de sabios, llenábanse al mismo tiempo sus recintos de numerosísimos talleres, oficinas y fábricas.

Las industrias de esta época de que tenemos noticias son, entre otras, las que siguen.

Fábricas de fundición y metalurgia, en que se forjaban y troquelaban objetos de hierro, cobre y demás metales. «Preciábas Almería (dice Fernández y González en sus «Espadas hispano–árabes») de abastecer con utensilios de hierro los lugares asentados en las costas del Mediterráneo.»

Alfarerías famosas, donde se torneaban y bruñían lozas de esmaltes riquísimos, vidrios de singular mérito, objetos mil de cristal y valiosísimas cerámicas y porcelanas doradas, sobre las que ha llamado la atención Rada y Delgado, a propósito del «Jarrón árabe que se conserva en la Alhambra», notando cómo el historiador musulmán que menciona las de Almería las antepone a las mismas de Málaga.

La industria de los mosáicos. De ella nos habla Amador de los Rios, en su «Mosáicos, aliceres y azulejos árabes y mudéjares», recordando cómo «es cierto, según acredita el testimonio de algún escritor árabe del siglo XIII, que durante este edad (Y también anteriormente) existían así en Murcia como en Málaga y en Almería fábricas de mosáicos.»

Preparaciones de frutas para países extranjeros. «Abul ben Had nos refiere (leemos en un autor moderno) la exportación de frutas con azúcar, que hoy llamamos cristalizadas, a Africa, Túnez y Egipto.»

Y aún quedan *otras industrias*, cual las de carpintería, construcción de bajeles, fabricación de artículos navales y sobre todo las incomparables manufacturas de tejidos, en las cuales Almería durante largo tiempo no tuvo rival alguno no sólo en Andalucía ni tampoco en la España árabes y cristiana, sino en el mundo entero en aquel siglo, sirviendo de modelo (como dice D. Miguel La fuente Alcántara) incluso a las de Pisa y de Florencia.

«Los paños de Murcia y las sederías de Almería y de Granada (acentúa D. Florencio Janer en su estudio «De las joyas árabes de oro que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional») y los tapices curtidos de Córdoba y el papel de algodón de varias fábricas (árabes) privaban por todas partes.»

De todas estas industrias quedan testimonios en los autores árabes. Véanse de muestra algunos.

Referencias antiguas. El historiador Arrazí o Rasís ya en el siglo X decía que Almería «yace al levante del sol y es morada de los sutiles maestros de galeas y hacen allí muchos paños de seda con oro muy nobles.»

El Idrisí, geógrafo del siglo XII, escribía lo siguiente: «Antes de la época actual alcanzó también Almería gran renombre por la fabricación de utensilios de cobre y de hierro y otros objetos.»

Aben Said (o Aben Zaide), nacido en Granada en 1214, en una de sus obras dice textualmente así: «Y se fabrican en ella (en Murcia) y en Almería y en Málaga vidrios de singular mérito admirables, y loza vidriada con esmaltes de oro, y un linaje de mofasas, llamado en Oriente alfoseifesa (mosáico).»

El autor del «Ajayibul-majlucat» dice que había en Almería fábricas de almibarar frutas, de las cuales una considerable exportación se efectuaba todos los años para los puertos de Africa y Egipto.»

Aben Aljatíb, el notable historiador granadino del siglo XIV, califica a Almería de «ornamento del arte de carpintería.»

Finalmente por no ser inacabables, Almacarí en sus *Dinastías musulmanas*, recogiendo estas y otras referencias, consigna en varios lugares: «Almería era celebrada en todas partes de Oriente y Occidente, por sus alfarerías, sus vidrios, sus telas de seda de todos los colores y modelos, y otros muchos artículos de comercio, que sus mercaderes

embarcaban para todas las partes del mundo.»

Y en otro sitio insiste: «Almería era asimismo famosa por la fabricación de toda clase de vasos y utensilios, lo mismo de hierro y cobre que de cristal.»

En fin, hablando de nuestra celebérrima atarazanas, se expresaba de esta suerte:

«Había en Almería un arsenal, donde se construían muy buenos bajeles, y la costa era buena y muy frecuentada.» Y agregaba en otro sitio: «Era (Almería) el arsenal marítimo de los Beni Omeya, el puerto donde eran equipadas las flotas que surcaban en todas direcciones las aguas del Mediterráneo».

Pues de los infinítos, incomparables y riquísimos telares de nuestra ciudad, celebérimos en el mundo entero, ¿qué autor árabe no se deshace en encomios y alabanzas? Pero esta industria, la mejor y mayor de Almería, merece párrafo aparte.

Un rato a tejidos. Los celebres telares de Almería.

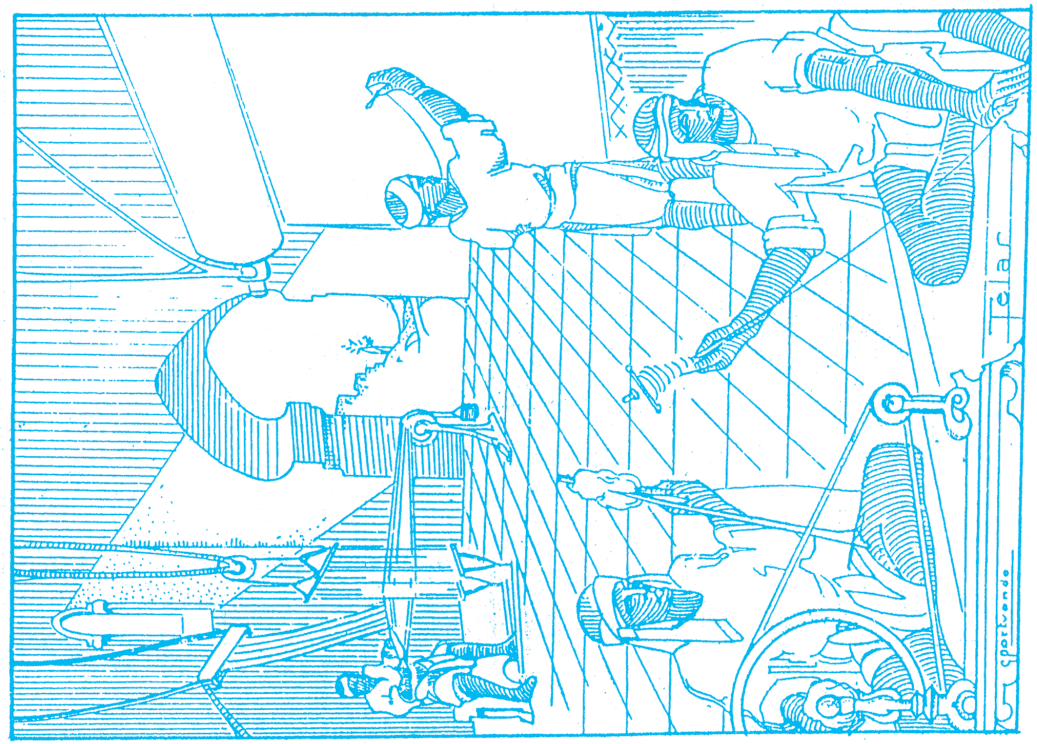
Abusando de la amabilidad, oh lector pacientísimo, vamos a hacer una visita detenida a los famosísimos telares, orgullo el más legítimo de Almería durante el siglo XI, siglo cumbre de su prosperidad y de su industria.

Sírvenos tu de guía, oh historiador musulmán Almacarí, a quien tanto hemos recurrido, porque conoces palmo a palmo la ciudad, sus productos y sus glorias, el ingenio y virtudes de sus laboriosos hijos y la sin par hermosura de sus mujeres hacendosas.

Haz tú de cicerone, puesto que según tú escribes «lo que hizo a Almería superior ¡ a todas las otras ciudades del mundo fueron sus varias manufacturas de sedas y otros artículos de vestir».

Dinos: en aquella fábrica, donde se oye gemir tantos telares, ¿qué telas se fabrican, o qué sedas se elaboran y qué tejidos se hilan y se traman?

-Esa fábrica de allí, contiene «no menos de ochocientos telares del *tiraz*, ese tejido costoso en que está escrito el nombre del sultán, de los príncipes o de otros de valer.» (Aben Alvardí el autor del *Ajayibul-majlucát* también celebran


Telar

la ciudad de Almería por sus manufacturas de estos paños reales.)

En aquella otra fábrica se tejen los *dibáj*, que es una especie de lienzo de seda, que sobrepasa en calidad y duración a cualquier otro igualmente manufacturado en otra región.

¿Véis aquella sedería, que arma aquel terrible estrépito? Allí hay un millar de telares para producir brocados y el *holól*, clase de ropa de seda labrada en franjas.

Y mil telares también tiene aquel establecimiento, donde se hacen los tejidos de *ciclatón*, de color escarlata.

Aquí se manufacturan las telas *aljorjaníes*, o georgianas, así llamadas por imitar y emular a las venidas de aquella región de la Transcaucasia que debe su nombre a San Jorge: y también existe de ellas un millar de telares.

Allí en otros mil telares, se elaboran las telas denominadas *Ispahaníes*, rivales de las de Ispahán, la antigua capital del reino persa.

Y en aquel otro edificio un millar más de máquinas trabajan los *atabíes*, tejidos de seda como los que se hacen en «Atab», calle de Bagdad tan renombrada por sus sederías.

- Y todos esos costosísimos y preciosos tejidos de seda, ¿se exportarán muy lejos?

- Tan lejos, que en pleno siglo XII el Obispo de Frisinga, Otón, en su *Crónica o historia universal*, menciona ya como célebres por todo el mundo las fábricas de seda de Almería, «cuando todavía no las había introducido en Sicilia el rey Rugero, trayendo operarios del continente de Grecia» dice el mismo autor en la *Vida del emperador Federico.*

-¡Y pensar que tanta fuente de gloria y de riqueza se ha esfumado totalmente! ¡Y que hoy sólo tal o cual jirón de tan riquísimas estofas se ostenta de vez en cuando como curiosidad interesante tras las vitrinas de algunos museos! ¿Quién no oyó el pasado año cómo el Museo Arqueológico Nacional adquiría del catedrático de árabe señor González Palencia un retazo de las valiosísimas telas de Almería del siglo XI?

-No nos paremos, dice Almacarí, pues aún nos falta otro tanto que andar.

-Pero ¿quedan más telares?

-Sí, aun nos restan «las manufacturas de *damasco* para cortinajes y para turbantes de las mujeres, de colores

alegres y deslumbrantes, *que emplean un número de manos igual* al de las dedicadas a las manufacturas antes mencionadas.»

Y aun nos esperan los famosos y preciados *albexíes* (alguexíes o alvecíes), tejidos hechos con oro, que según el arabista Engelmann se fabricaban en Almería y en Málaga y Murcia, y que como tela rica se nombran en una «Carta» de Fernando I: «dos mantos auríferos y otro *alguexí* tejido en oro y otra albexí también en oro tejida.»

Y faltan aún los célebres *aljames* (o aljemes), «estofa de seda cruda» según Kazimirski, fabricada en Almería, ciudad llamada por Aben Aljatíb de «el jam» y del mármol.

Y todavía no hemos visto los notables *almajares* (o almigdares), fabricados en Almería y de que hace mención el Idrisí y que recordará luego hasta el Arcipreste de Hita.

Ni tampoco se han nombrado los *almaizares* codiciados, velos moriscos a modo de sabanilla de seda delgada y listada de muchos colores con rapacejos en los extremos, con que según Covarrubias se cubrían las moriscas; habiendo sido tan célebres los elaborados en Almería, que su fama aún perduraba en el siglo XVI, tanto que en las populares coplas de «Abrasame, Magdalenica», cuando el Conde de Almenara quiere ver a la señora de sus pensamientos, dice así a la criadita para sobornarla:

Y traigo a Alonso joyero,
que vive a la bolsería,
con todas y un almizclero;
y un lindo espejo de acero,
y almaizares de Almería.

-¿De modo, oh Almacarí, que, a más de los telares para hacer «dibaj», hay 800 de «tiraz», un millar para el «holol», otro para el «aljorjaní», otro de «ispahaníes», otro de «atabíes» e igual número total para fabricar damascos y esas otras cien clases de tejidos?

-Puntualísimamente ha sido hecha la cuenta. Pero ¿qué importa el número preciso?

-Importa, fidedigno guía: porque, pareciendo y siendo una cifra exorbitante, verdaderamente fabulosa, monstruosa, y hasta inconcebible hoy; la mayor parte de los escritores modernos, que hablan de ese portentoso número, le sisan la mitad.

-¿Es eso exacto?

-¡Y cómo si lo es! Yo mismo (cantaré mi palinodia) aún no hace cinco meses, y en una conferencia dada en esta ciudad en que escribo, me tragué del mismo modo ¡cinco mil telares!

-¡Qué monstruosidad!

-Pues me apoyan en muy graves testimonios. Y ante todo, y este era para mí el más reciente, en el de mi eximio maestro Menéndez Pidal, que en *La España del Cid* (Madrid, Editorial Plutarco, 1929) acaba de afirmar: «En la corte del menor reino de taifas, pequeño y de tierra pobre, como era Almería, funcionaban cinco mil telares tejiendo brocados, escarlatas, ciclatones, telas georgianas y persas.»

Y, por tanto aducir otras cien autoridades, me seducía también el doctísimo Dozy, que en su obra *Investigaciones,* hablando de la ciudad de Almotacín, asegura que «ella encerraba mil hospederías y cuatro mil telares.»

Pero de aquí en adelante, oh bien documentado Almacarí, pertrechado con tus cuentas, como caballero andante defensor de las glorias de Almería, saldré al camino a los historiadores, y les desafiaré si no reconocieren la pretérita existencia de los diez mil telares (800 de tiraz, mil de holol, mil de ciclatón, y así sucesivamente).

Pero salgamos de entre tantas fábricas, porque su infernal barahunda es muy capaz de enloquecer a cualquiera. Más escuchad: ¿Qué dulcísimo acento femenino es ese que tan hechiceramente canta?

-¿Queréis saber quién es? Pues una de las lindas tejedoras, hija al fin de Almería. Y la canción que entona la ha compuesto el poeta Arrusafí, (escritor oriundo de Almería, según R. Contreras), y se conserva en Aben Jalicán, y la tradujo don Juan Valera.

-Oigamos, pues, lo que dice:

CASIDA A UNA TEJEDORA

Olvida tus amores,
me dicen los amigos,
no es digna la muchacha
de todo tu cariño.

Yo siempre les respondo:
Vuestro consejo admito,
mas seguirles no puede
mi corazón cautivo.

De su dulce mirada
me retiene el jhechizo
y el olor que en sus labios
entre perlas respiro.

Si echa la lanzadera,
brincan todos los hilos
y mi corazón brinca
y versos le dedico.

Si en el telar sentada
forma un bello tejido,
me parece que urde
y trama mi destino.

Más, sí entre las madejas
trabajando la miro,
me parece una corza
que la red ha caído.

Ha enmudecido el Arte. Vuelven a hablar de industria los telares girando estrepitosos: y las lengüecilla metálicas de las lanzaderas charlan y charlan sin tasa (femeninas al fin) de las antiguas olvidadas glorias de la sin par Almería.

El comercio de Almería bajo Almotacín.

Del comercio de Almería en el siglo XI habla ante todo el jerif Idrisí. Y éstas son sus palabras: «Almería (en esa fecha) era una ciudad muy importante, muy comercial y muy frecuentada por los viajeros. Sus habitantes eran ricos, pagaban al contado más, fácilmente que en ninguna otra ciudad española, y poseían inmensos capitales. El número de posadas u hosterías, registradas para pagar el impuesto del vino, se elevaba a mil menos treinta.»

Y poco antes este mismo autor, nacido unos ocho años después de muerto el rey Almotacín, anota el emplazamiento de otras casas de huéspedes, pues dice que en Almería «a la parte de levante está el arrabal llamado «Alhaud» (el Aljibe o Cisterna) rodeado de muros y que encierra muchos bazares, casas, hospederías y baños.»

De estas dos últimas clases de establecimientos habla también el autor del «Ajayibul-majlucat» consignado que «en cierto tiempo el número de baños y hospederías (o fondas) se elevó a un millar, incluyendo solamente en este número aquellas que poseían puertas de cierre.»

Textos de otros historiadores árabes. El Secundí (o Asacandí), historiador muy poco posterior al Idrisí, habla igualmente del comercio de Almería.

Dice en efecto en la «risala (o epístola) sobre las excelencias de su país natal» (España) en competencia con la que compuso Abu Yahya en elogio a Africa: «Almería, cuyos habitantes se distinguen por su belleza, su cortesía y su generosidad, es patria del caid Aben Maimún, que venció a los cristianos en el mar y destruyó sus navíos; de esta ciudad partían los cristianos para comerciar con todos los países.»

Y en otro pasaje es todavía más explícito: «Almería (escribe) fué el mayor mercado del Andalús. Cristianos de

todas las naciones venían a su puerto a comprar y vender, y tenían factorías establecidas en ella. Desde allí los mercaderes cristianos, que arribaban a su puerto, se encaminaban a otras partes y mercados, cargando sus bajeles con cuantos bienes ellos anhelaban; debido a lo cual, y a que era una ciudad muy opulenta y dilatada, llena de viajeros y mercaderes, el producto del diezmo impuesto sobre los bienes y pagado por los mercaderes cristianos ascendía a una cantidad muy considerable y sobrepasaba a lo recaudado en cualquier otro puerto de mar.»

Y este mismo escritor en otro pasaje afirma de Almería que «allí estuvo la aduana del comercio de los cristianos», que es seguramente lo que el granadino Aben Aljatíb se refería al llamar a Almería «morada de los mercaderes», cosa que ya había comenzado a ser en el siglo X, puesto que Arrazí en esa fecha denomina a nuestra ciudad «llave de la ganancia de todo bien».

Un tercer autor árabe. Un tercer autor árabe, tardío pero que utilizó fuentes capitalísimas y en general fidedignas, el cien veces nombrado Almacarí, trata también (no podía menos) del movimiento mercantil que reseñamos.

«Los habitantes de Almería fueron en otro tiempo (son sus frases) de todo el Andalús… los que mantuvieron el más extenso tráfico, debido a los cual… el número de baños públicos y hospederías ascendió a no menos de un millar, sin contar los de su suburbio Oeste llamado "Rabad Alhaud" (arrabal del aljibe) que fué asimismo copiosamente provisto de hospederías, mercados, baños públicos y (edificios para) manufactura de todas clases.»

Objeto y punto principal del tráfico. El principal objeto del comercio eran naturalmente los productos del suelo y del subsuelo del país, los exquisitos frutos, los apreciados mármoles, los metales variados de sus minas, y los artículos, labores y manufacturas de sus ya vistas florecientes industrias, y en especial las sedas y los paños y tejidos, más los efectos de su arsenal o atarazanas.

Y el lugar de los tráficos, los zocos, de que hemos visto estaba bien provista Almería; pero sobre todo el puerto, claro está; pues según el holandés Dozy «en la Edad Media Almería era el puerto más importante de España, y el

que recibía los navíos de Siria y de Egipto lo mismo que los de Pisa y Génova», cosa que nos atestíguan los historiadores árabes.

Uno dice de Almería (como Dozy) que «su mar era la estancia de grandes navíos.»

Otro, que «el puerto de esta ciudad recibía embarcaciones de Alejandría y de toda la Siria.»

Un tercero afirma de nuestra ciudad aún más, pues llega a decir que «era el puerto de todo Andalús y el punto de escala de mercaderes del Africa Oriental, Egipto, Siria y otros sitios distantes.»

Y hay quien sostiene de nuestra comarca que «su costa es la mejor del Mediterráneo, así como también la más segura y la más frecuentada.»

Pero no quiero alegar más testimonios, porque la lista seríe interminable.

Monedas de esta época. Y del medio del cambio, del numerario del tiempo de Almotacín ¿se conoce hoy día algo?

Consérvanse bastantes ejemplares con gran riqueza en tipos, aunque (cosa chocante en la Almería del gran arte epigráfico) con una pobreza artística notable, que ni aun en los días de los almorávides se enmienda, y que contrasta con el extraordinario tráfico reseñado anteriormente.

Las monedas acuñadas pro Almotacín le nombran por sus dos lacbas: El protegido por Dios y El confiado en la gracia de Dios; y algunas veces mencionan al príncipe heredero por su título de El hagíb Moizodaula (por cierto que rectificando a Dozy, como más adelante explicaremos). Lo que no mencionan es imán ni otros nombres que los dichos. Su ceca, cuando puede leerse, es «Almería»; y la fecha, que casi nunca cupo y rara vez logra descifrarse, no pasa nunca de la unidad.

Y baste lo hasta aquí escrito para exponer el tráfico de Lamería bajo el rey Almotancín.

Almería monumental y artística.

Para acabar la descripción de Almería en tiempos de Almotacín, réstanos tan solo hacer una ligera referencia a sus artes y monumentos. Respecto a estos últimos ¿quién no ha oído hablar ante todo de los peregrinos *alcázares* que tenía Almería?

Deplorando su destrucción, decía Amador de los Ríos en el siglo pasado en el «Museo Español de Antigüedades»: «¿Dónde están los afamados alcázares… de Almería y Granada, los de Jaén y Libla, y en una palabra todas aquellas suntuosas construcciones, que enriquecieron la España árabe en la época que media entre la destrucción del Califato de Córdoba y la invasión de los almorávides?»

Y no los había sólo en la ciudad. «A todo lo largo de la costa (dice un historiador árabe) se pueden ver maravillosos palacios y otras construcciones estupendas de los antiguos reyes de esta región.»

«Rodeaban a la ciudad (testifica el arabista Simonet) por todas partes castillos elevados, muchas alquerías y granjas muy cultivadas por arroyos y acequias.»

La Somadihiya. Pero los principales palacios y jardines debidos a Almotacín son los de la Somadihiya, ya anteriormente nombrados, cuando hablábamos de la justicia de este rey, e incluídos por D. Francisco Simonet en sus *Alcazares famosos en las historias árabes.*

«El rey de Almería (dice Manuel Asas en sus *Capiteles árabes o mudéjares españoles*), Almotacín ben Somadíh, munífico príncipe, erigió en los alrededores de la ciudad vasto palacio con lujosas habitaciones y jardines deliciosos regados por abundantes canales, y dió a todo ello su nombre, llamándolo la *Somadihía.*»

Y el arabista D. Pascual Gayangos decía acerca de esto mismo: «El palacio aquí llamado *Somadihiya*, del nombre de este monarca, debe de haber sido llamado por los árabes «medina» es decir «una ciudad». Quizá, como la «Medina Azara» junto a Córdoba, tenía más de villa que de palacio, porque hallo que Aben Jalicán llama a Almotacín «rey de Almería, Bejena (Pechina) y Somadihiya.»

Otras construcciones. Los baños. De otras construcciones baste recordar el elogio que Aben Aljatíb estampa de los baños de Almería: «Sus baños eran de traza admirable, de estructura firme y muy solicitados por la medicina.»

El aljibe prodigioso. Y el arabista Simonet antes citado recuerda admirativo y ponderándolo que «había en aquella ciudad (de Almería) un aljibe de prodigiosa fábrica, que parecía suspendido en el aire.»

¿Sería aventurado suponer que este aljibe (depósito o cisterna) maravilloso sería el portentoso situado al levante de la ciudad daba nombre a la barriada o arrabal de «Al-haud» (El aljibe o el estanque)?

El cementerio árabe. A cuyos pies sabemos por Adabí y Aben Pascual que se extendía un camposanto, la «mácbora alhaud», el cementerio del estanque, en el cual fué enterrado el sabio geógrafo e historiador almeriense Abulabás Ahmed ben Omar, el de Dalías.

Y esta necrópolis o «mácbora» ¿quién pensará que es otra que la que se extendía sobre el llamado por nuestro progenitores «Llano del Cordonero», cementerio de tan enorme interés para la epigrafía arábiga, del cual se conservaban no hace medio siglo cerca de cincuenta bellísimas piedras tumulares originalísimas, en rico mármol blanquísimo de Macael y de extraña forma prismática?

De esa mácbora trata Amador de los Ríos en sus interesantísimos estudios *Piedras prismáticas tumulares de Almería y Lápidas arábigas existentes en el Museo Arqueológico Nacional y en la Real Academia de la Historia*, trayendo el texto y la versión de los epitafios almerienses y aun varias fotografías, y diciendo estas palabras:

«Puede asegurarse que, en el siglo XI de nuestra era, existía una mácbora o cementerio, acaso el principal, fuera de los muros de la población e inmediato al Puerto, donde hubo abiundancia de «cobbas» sepulcrales, semejantes quizá a las de Oriente, con monumentos funerarios parecidos al de Xamsudín en Delhí (India Inglesa)…

»Ya enteras ya reducidas a fragmentos, llegan a 42 las piedras tumulares (procedentes de allí llamadas por el vulgo «piedras de tapia»).

Piedra prismatica lumular
de
Almeria

»No todas ellas conservan en buen estado la leyenda, borrosa ya y no por completo inteligible en muchas: pero así y todo son en realidad interesantes y figuraron a no dudar como remate y complemento sobre la albardilla escalonada de la cubierta del sepulcro erigido en ala mácbora del hoy denominado Llano de Cordonero, para guardar los restos y la memoria de una persona querida, acreditando en consecuencia, por el número de dichas piezas sepulcrales descubierto, que hubo de ser muy frecuente y acostumbrado en Almería y en la época citada este sistema especial de enterramiento, de que, fuera de Murcia, Cartagena y Palma de Mallorca, no hay indicios conocidos en las demás poblaciones españolas y portuguesas, que sepamos.»

Más obras artísticas. Con relación a otras obras artísticas recordamos sólo estas palabras de un historiador árabe: «Hemos encontrado en un autor que en una de las puertas de Almería (al parecer, la Puerta de Purchena) era llamada «Bib Alocab» (puerta del águila), debido a una figura de esta ave que estaba en la cima de ella desde antiguo y era muy hermosa de ver. No era esta, sin embargo, la única reliquia (artística) de la antigüedad, que se encontraba en la ciudad, pues ella abundaba en restos antiguos de edificaciones.»

De esta figura del águila habla también Simonet calificándola de «piedra antigua, y admirable a la vista por su primor artístico.»

En conclusión. En conclusión del arte de Almería, en esta época diremos con Amador de los Ríos, cómo es de reparar que «a pesar del frecuente comercio que… mantuvo constante Almería con el África y a pesar de la natural influencia que ejercieron almorávides y almohades sobre los elementos artísticos que … se adulteran y extravían en los pequeños reinos de taifas», de reparar es que «se perpetuase en Almería ¡con mayor pureza que en la misma Córdoba! el recuerdo de las artes del Califato.»

Juicio sintético de Almotacín.

Expuestos sumarísimamente el enorme desenvolvimiento industrial, comercial y artístico de Almería reinando Almotacín, y su brillantísima corte literaria y científica, y hasta la fertilidad del suelo y del subsuelo fecundados por la laboriosidad; bien conocidas las cualidades de aquel rey, no parecerá ya exagerado el siguiente juicio que el holandés Dozy establece sobre nuestro monarca:

«Si un príncipe tan noble, tan generoso, tan justo y tan amante de la paz, hubiera reinado en otra época y sobre un territorio más extenso; su nombre brillaría ¡entre los de los reyes verdaderamente grandes! que deben su fama, no a olas de sangre vertida para ensanchar algunas leguas los límites de sus estados, sino al bien que han hecho y a las medidas que han tomado para mejorar la suerte de sus súbditos.

»En aquellas épocas tales reyes eran raros, como lo son en todos los tiempos; y, comparado con los otros príncipes que reinaban entonces en España, ¡Almotacín era un hombre completamente extraordinario! No tenía de común con estos príncipes sino un solo rasgo: que él también (como el de Sevilla) amaba apasionadamente las letras.»

Ultimos años de este rey.

Pero hablando hablando hemos llegado al último quinquenio de la vida de Almotacín, precisamente el único período azaroso de su dilatada, pacifica y venturosa existencia.

En estos cinco o seis años como por un terrible desquiciamiento se trastornan absolutamente la vida y el carácter y hasta las virtudes de nuestro ilustre monarca.

El, hasta entonces entregado a la alegría del vivir, va a sumergirse y sucumbir en hosca y roedora melancolía; él, pacífico, va a verse envuelto en guerras; él, bondadoso y magnánimo, arderá en ruines envidias y en odios sombríos y en deslealtades y hasta en delaciones. Dispongamos nuestro espíritu para presenciar tan tremendo cataclismo.

En solo unos cinco años el esplendor radiante de Almería sufrirá rudo eclipse: la laboriosa voz de sus telares se

oscurecerá entre el trueno de las armas; Almotacín sucumbirá de pena; los Somadíh quedarán sin corona; y Almería perderá su libertad.

Va a derrumbarse este ilustre reino de taifas. Asistamos con todo recogimiento a la representación de esta imponente tragedia.

El año 1084.

Pero antes hay que consignar un acaecido, capitalismo para la Almería cristiana.

En el año 1084 refieren (dice el historiador Zurita en sus *Anales*) que fué llevado al Monasterio de San Juan de la Peña (en Aragón) el cuerpo santo de Indalecio, de la ciudad de Almería (que está no lejos de aquella ciudad que antiguamente dijeron Urci, lugar muy celebrado en España Citerior, en los mismos confines de la Bética, en la costa de los pueblos que dijeron Bastetanos), y fué con grandes solemnidades recibido el Jueves Santo de la Cena por el abad del mismo monasterio llamado Sancho, hallándose presentes el rey don Sancho (Ramírez) y el infante don Pedro su hijo.»

«Estas reliquias del glorioso apostólico San Indalecio (escribe Simonet en su *Historia de los mozárabes*) se conservaban en Pechina, la antigua Urci, donde el santo apostólico había fundado su Sede episcopal, y que, habiendo decaído por el engrandecimiento de la vecina ciudad de Almería, sólo albergaba algunos cristianos, retenidos allí por la devoción del santo.

»Hízose esta traslación pro mano de un caballero principal residente en Murcia, llamado don García, y los monjes Evancio y García, venciendo muchas dificultades.»

Oro y cobre mezclados. La traslación del cuerpo venerando del apostólico evangelizador y hoy patrono de la ciudad y diócesis de Almería, San Indalecio obispo, consta por documentos fidedignos, uno de ellos los *Anales Toledanos primeros*, que se expresan de este modo: «Mudaron el cuerpo de San Indalecio de la ciudad de los moros que

había nombre Urcitana (y la cabeza de Santiago Obispo) a San Juan de la Peña en el monasterio, V calendas de abril, era 1022 que fué el 28 de marzo del año 1084».

Pero, como atinadamente dice La fuente Alcántara, hablando precisamente de San Indalecio y de sus compañeros, «escritores sin conciencia han mancillado las páginas de la historia… inventando sucesos inverosímiles y forjando armas para que el escepticismo lance su amarga y envenenada crítica; los falsarios… han burlado a laboriosos analistas y hécholes mezclar entre purísimo oro partículas de cobre enmohecido.»

Tal ha ocurrido con San Indalecio, y en especial con el hecho auténtico de la traslación de sus restos mortales, referida de un modo fabuloso en la *Historia* atribuída al monje Ebretmo, seguida candorosamente por nuestro deán e historiador Orbaneja, desconocedor de que gran parte de los documentos procedentes de San Juan de la Peña «han sido reconocidos ya por altamente apócrifos» (La fuente, «Los falsarios del siglo XI»).

Y consignado este hecho capital ocurrido en el 1084, hecho que cierra la época pacífica y dichosa del rey Almotacín y abre sus días azarosos, inseguros y amarguísimos; entremos a contemplar cómo se invierte un reinado, y se desmorona un trono, cómo una ciudad y un reino (el reino y la ciudad de Almería) pierden su libertad e independencia.

El principio del fin.

«Delicioso espectáculo (diremos con Dozy) el que ofrecían las pequeñas cortes de Andalucía, que (como Almería y Sevilla) se entregaban a los placeres sin preocuparse del ayer ni del mañana, y se lanzaban en brazos del azar hacia las risueñas regiones de las quimeras. Más ¡ay! todo esto era demasiado hermoso para ser duradero.

«Al lado de la poesía se alzaba la triste y severa realidad, personificada en dos monarcas vecinos, que desdeñaban los ejercicios del espíritu, porque no los comprendían, pero que en cambio poseían, lo mismo el uno que el otro, firmeza inquebrantable y un valor a toda prueba, cualidades que los andaluces habían perdido largo tiempo hacía.»

Almotacín y el aluvión almorávid.

Uno de estos dos nublados, que lentamente se iban condensando a ambos lados de la hermosa Andalucía, el que se creería más remoto, porque lo contenía el mar en la ribera africana, era el nubarrón almorávid, el de aquellos berberiscos del Sahara recientemente convertido al islamismo por un misionero de Sidgilmesa, que en brevísimo tiempo habían logrado rápidas conquistas, y extendiendo su vasto imperio desde el Senegal hasta Argel representaban por vez primera un papel en la escena del mundo. Pero esta tempestad del mar por medio se juzgaba lejana.

Más cercano a Andalucía, tanto que con la punta de la lanza llamaba a sus mismas puertas, se alzaba guerreador otro monarca, el soberano de Castilla, amargando descargar sus venganzas y anhelos conquistadores en los reinos de taifas andaluces.

El terror a esta tormenta tan cercana y el odio religioso al rey cristiano sugirió a los andaluces, en especial a los ministros de la religión, la idea de llamar en su ayuda al almorávid Yusuf ben Techufín.

Pero cuando Alfonso VI cayó sobre la imperial Toledo e hizo presa en sus invictos alcázares e inexpugnables fortalezas (1085), un estremecimiento de pavor sacudió a los taifas poco menos que inermes del mediodía, y Almotamid de Sevilla y Motavaquil de Badajoz y Abdalá de Granada tendiendo sus manos suplicantes al almoravíd y le enviaron emisasrios para que se apresurase a socorrerlos.

Dejosé rogar Yusuf, adueñosé de Algeciras, puso su terrible planta en el suelo de España y encaminóse a Sevilla. El nublado de allende el mar se cernía ya en la Península. No lejos de Sevilla uniéronse los príncipes andaluces a Yusuf; y Almotacín de Almería, no queriendo ir en persona, le envió un regimiento de caballería acaudillado por uno de sus hijos, alegando un pretexto. ¿Qué pretexto? Su proximidad a Aledo.

¿Y qué era Aledo para Almotacín?

El castillo de Aledo, la avanzada que allá en tierras de Murcia, no muy lejos de Lorca, tenía el rey de Castilla, era un verdadero y arriscado nido de águilas.

Un capitán de Alfonso VI, García Jiménez, encerrado en esta torre, con una brava tropa de caballeros, descendía de cuando en cuando y realizaba osadas y aventuradas algaras por los reinos limítrofes.

Enclavada entre los diminutos principados del Este, Valencia, Murcia, Lorca y Almería, (aquellos pequeños y numerosos estados en que se fraccionó y desintegró el extensísimo reino de Zohair de Almería), la fortaleza de Aledo era un afilado puñal asestado certeramente al corazón del Andalús oriental.

García Jiménez, amparado en los riscos difícilmente accesibles de sus torreones, se dedicaba a diario a efectuar incursiones tan pronto contra la región murciana como contra el vecino reino y ciudad de Almería, a cuyas puertas osaba tocar (1086), desolando la tierra, cautivando o matando a cuantos sorprendía y haciendo que en derredor del castillo de Aledo bajo la funesta sombra de sus muros se marchitase y muriese la flor de toda quietud y de toda seguridad.

«El terror que inspiraban los algareadores, comenta Menéndez Pidal en *La España del Cid*, era increíble: contra ochenta de ellos, que habían tenido la audacia de llegar a la vista de Almería, destacó el rey de esta ciudad cuatrocientos jinetes de los mejores; pero estos almerienses selectos, en cuanto llegaron ante los cristianos, echaron a correr sin hacer frente» presos de un pánico supersticioso.

Tal era el justificado pretexto que Almotacín alegó para no acudir en persona al encuentro de Yusuf.

La matanza de Zalaca.

El cual con una nube de africanos se precipitó sobre el rey de Castilla, cual borrascosa tempestad de granizo; y en campos de Badajoz, en Sacralias o Zalaca, que de ambos modos dicen al lugar, iluminó el horizonte todo encharcado en sangre y henchido de cadáveres con el relámpago cegador de una deslumbradora y fulminante victoria. Y conjurando al parecer el peligro del nublado cristiano, y asegurados algo los andaluces de los daños que les amenazaban del lado de Alfonso, Yusuf obligado por desgracia de familia retornó al Africa.

La amenaza almoravíd.

Pero a un peligro le pisaba los talones otro peligro mayor. Yusuf, escribe Dozy, se había quedado sorprendido de la debilidad de Andalucía tanto como de sus riquezas y de su hermoso clima. La idea de apoderarse de ella le sonrió; y fué Almotacín quien sin quererlo y hasta sin sospecharlo precipitó la caída de todas las dinastías andaluzas ¡sin exceptuar la suya!

Yusuf de nuevo en España.

Pese al terrible desastre y la mortandad tremenda de la rota de Zalaca, el batallador Alfonso VI no se amilanó un momento.

Poco después de ella, repuestas sus tropas ya, ponía cerco a Zaragoza (1088); y no encontrándose con fuerzas suficientes para resistir, los emires andaluces de Almería, Granada, Málaga, Sevilla y Badajoz, únicos que conservaban una relativa independencia, deponiendo por un instante sus contínuas discordias y rencillas, volvieron nuevamente y aún más eficazmente los ojos a Yusuf, el cual rogado por Almotamid de Sevilla en persona, desembarcó de nuevo en Algeciras en la primavera del años 1090.

Desde allí, habiéndose reunido al ejército almorávid los contingentes acaudillados por Almotamid de Sevilla, Temín de Málaga, Abdalá de Granada, Almotacín de Almería y Aben Rachid de Murcia, Yusuf con un formidable ejército comenzó el sitio de Aledo, la espina del Andalús oriental.

Primero con arietes, ingenios y máquinas pretendieron debelar la fortaleza y abrir brecha en ella: pero el castillo era inexpugnable.

Entonces se resolvieron a asediarla por hambre, conviniendo al mismo tiempo entre sí los emires andaluces atacar la fortaleza alternativamente un día cada uno.

El cerco inútil de Aledo.

Mas la porfiada persistencia en el asedio y la larga convivencia en los campamentos hizo retoñar nuevamente las rencillas intestinas de los reyezuelos moros.

Y fué el rey Almotacín, junto con el cadí de Granada, el que, inspirando al almorávid Yusuf aversión profundísima al rey de Sevilla, príncipe el más poderoso de los andaluces, forjó sin quererlo el rayo que había de incendiar y aniquilar todos sus señoríos. Veamos cómo se fraguó la tormenta, según Dozy.

«No obstante lo bondadoso y benemérito que de ordinario era Almotacín, a pesar de ellos aborrecía a una persona, y esta era brillante y caballeresco Almotamid de Sevilla, el rey más poderoso entonces de todo el mediodía.

»¿De dónde procedía este odio? No se sabe; pero parece que tuvo principio en una mezquina envidia, más bien que en serios y verdaderos agravios.

El odio de Almotacín.

»Sea de ello lo que fuere, Almotacín (antes de la venida de Yusuf) escribió al principio a su vecino cartas llenas de hiel, y después, abandono sus costumbres pacíficas, llegó a hacerle la guerra. Bien es verdad que esta guerra fué seguida de una reconciliación. Los dos príncipes se dieron cita en las fronteras de sus respectivos estados, y durante tres semanas estuvieron reunidos» llegando así a una avenencia.

«Pero mientras Almotamid era sincero en sus protestas de amistad, Almotacín no lo era en las suyas.

»Y la aversión de Almotacín hacia el rey de Sevilla hízose todavía más viva, cuando Yusuf acompañado de los príncipes y reyes andaluces plantó el prolongado sitio de la fortaleza de Aledo, que estaba (según se ha dicho) en poder de los castellanos.

«Desde entonces Almotacín solo tuvo un pensamiento, el de perder a Almotamid en el ánimo del monarca africano… A este fin, yendo al encuentro de Yusuf, trató de insinuarse en su favor a fuerza de respeto, miramientos, agasajos y atenciones infinitas.»

La chispa provocadora del incendio.

Y un día (prosigue Dozy) en su afán de agradar llegó el rey de Almería a presentarse ante el almorávid con la vestimenta africana, el turbante en la cabeza y el albornoz a la espalda.

Viéndole con aquel atavío extraño, que le hacía parecer, mitad a un bárbaro soldado del Atlas, mitad a un hombre de leyes o a un eclesiástico (porque solamente ellos en España llevaban turbante), Almotamíd, a pesar de su experiencia del mundo, no pudo reprimir una sonrisa.

El príncipe de Almería quedóse un poco desconcertado, pero lo que le importaba era tener éxito, y lo obtuvo en demasía. Ganó el favor de Yusuf, y lo aprovechó para hacer ante él odioso al rey de Sevilla.

La fatal confidencia.

Almotamid nada recelaba aún del rey de Almería. La frialdad de Almotacín con respecto a él le extrañaba y le entristecía más bien que irritarle.

Carácter tratable y llano no pretendía nada más que vivir en buena armonía con su vecino.

A veces hasta le tributaba elogios en presencia de Yusuf, elogios que por lo demás Almotacín merecía por muchos conceptos. Un día queriendo conquistarle le dirigió estos versos:

¡Oh tú, que de mí vives alejado!
Aunque eres mi vecino
¡cuánto quisiera verte aquí a mi lado!

Mi anhelo es uno solo: ser tu amigo.
¡Ojalá mantuvieras
los mismos sentimientos tú conmigo!

Luego, habiendo hecho Almotacín apariencias de prestar oídos a sus confidencias, con el corazón abierto y sin desconfianza le habló de Yusuf y de sus almorávides; y como Almotacín manifestase sus temores sobre la prolongada permanencia de ellos en la península, respondióle él con un tono de fanfarronería completamente meridional:

-Sin duda ese hombre se detiene demasiado tiempo en nuestro país; pero, cuando me fastidie, no tengo más que sacudir los dedos, y al día siguiente él y sus soldados se habrán marchado.

Y prosiguió alardeando despreocupación.

-Vós parecéis temer que vaya a jugarnos una mala pasada: pero ¿qué más es ese príncipe desdichado, que lo que son sus soldados? En su patria eran mendigos, que se morían de hambre; queriendo hacerles una buena acción, los hemos llamado a España para darles de comer hasta saciarse; mas, cuando se hayan hartado, los enviaremos al sitio de donde han venido.

Monta en cólera Yusuf.

Estas razones se convirtieron en manos de Almotacín en armas terribles.

Cuando se las refirió a Yusuf, este montó en una violenta cólera; y lo que hasta aquel día no había pasado en él de un vago proyecto, se trocó en una resolución decidida e irrevocable.

Almotacín triunfaba, pero no había previsto lo que iba a ocurrir.

«No había previsto (dice muy a propósito un historiador árabe) que él también iba a caer en el pozo que había ahondado para aquel a quien odiaba, y que él a su vez sería herido por la espada que había hecho salir de la vaina.»

Su ilusión duró poco.

Un mascara fuera.

Haciéndose interminable el asedio de Aledo, y amenazando venir en su ayuda el rey Alfonso VI con numerosas aguerridas y frescas mesnadas. Yusuf muy a su pesar dispuso levantar el sitio y retirarse nuevamente al Africa.

Bajó en efecto a Almería, aunque no parece se embarcase allí. Los que afirman que lo hizo, tienen que suponer una tercera venida de Yusuf a España, pues de allí a poco consta que estaba en la península, irrevocablemente decidido a enseñorearse de toda la España árabe.

Y consta del mismo modo que entonces fué cuando se resolvió a quitarase la careta.

Efectivamente, nada (según Dozy) le obligaba a un largo disimulo, porque, aunque estaban contra él la inteligencia y el talento, tenía a su favor cien mil soldados africanos ciegamente consagrados a su causa, y en la misma España podía contar con dos elementos bien poderosos, a saber: las masas y el clero; con las masas, porque esperaban de él una reducción de impuestos; con el clero, porque éste no podía perdonar a los príncipes andaluces la protección que la mayor parte de ellos otorgaba a los librepensadores.

Adoptando, pues, para con sus aliados un tono de magisterio, les echó en cara su frialdad religiosa, su amor a los placeres, su afán fiscalizador, y les intimó a volver a la legalidad no exigiendo a los pueblos sometidos a sus órdenes otras contribuciones que las establecidas por el Corán; luego, viendo que no se apresuraban a obedecer sus requerimientos y que por el contrario unos a otros se inducían a no suministrar tropas ni provisiones a su ejército, hizo que el clero africano y andaluz los declarase proscritos.

La primera víctima.

El príncipe de Granada Abdalá ben Bologuín fué el primero que experimentó los efectos de esta sentencia. Cuatro ejércitos marcharon sobre su capital.

Aborrecido y despreciado pro sus súbditos, esperaba todavía que Alfonso VI acudiese a salvarle. Espero inútilmente.

Entonces sus ministros le demostraron que sería imposible defenderse. Cediendo a sus consejos y a los de su madre, salió de la ciudad para efectuar sumisión. Se le cargó de cadenas y fué transportado al Africa (septiembre de 1090).

Una embajada infeliz.

Los numerosos testimonios de benevolencia y de amistad, que había recibido de Yusuf, le habían inspirado a Almotacín la creencia de que él solo escaparía del naufragio general, ya que él continuaba halagando al almoravíd. Y así no cesaba de hacerlo. Por eso, cuando Yusuf hizo su entrada en Granada, el rey de Almería envió de embajador a la ciudad de los cármenes a su hijo Obaidalá para que le felicitase.

Pero Yusuf tuvo buen cuidado de sacarle de su error y desvanecer sus últimas esperanzas, haciendo poner a Obaidalá en una prisión, estrechísima, si hemos de creer a Abu Amer Asalamita.

Informando a su padre acerca de su infortunio, el joven príncipe intercaló en su carta estos versos:

Después que viví entre el luto
circundado de homenajes,
he descendido a arrastrar
la vida más miserable.

Cadenas torturadoras
me embargan los movimientos
a mí, que antes domeñaba
los corceles más violentos.

Anteriormente me hallaba
libre y de honras abrumado;
actualmente estoy cautivo
como un siervo despreciado.

Con misión de embajador
llegué hace poco a Granada
mas he aquí que estoy herido
de una terrible desgracia.

A pesar del alto cargo
de que estaba revestido,
en prisión entre grilletes
de acero lanzado he sido.

¡Ay! De dolor me consumo,
cuando en la noble Almería
pienso. ¿No me será dado
volver a verla en la vida?

A lo que el rey Almotacín su padre contestó con una composición también en versos:

¡Oh tú, amor de mis amores!
Mis lágrimas y lamentos
claro testimonio muestran
de la congoja que siento.

Cuando la terrible nueva
llegó aquí, hasta las espadas
violentas se extremecieron
rompiendo sus propias vainas.

Se han rasgado las banderas,
y con lúgubre sonido
aun los tamboreslanzaron
un angiustioso gemido.

Mi pena iguala a la pena
de Jacob por su extraviado
José; pero soportemos
con constancia nuestros daños.

Almotacín apeló a toda clase de astucias para saca a su hijo de la prisión y lo consiguió al fin. Pero la alegría que experimentó, cuando pudo estrechar contra su pecho a su hijo, fué de poca duración.

Los almorávides ponen sitio a Almería.

Dueño de Granada Yusuf en el año 1090, retiróse por algún tiempo a Algeciras, no sin antes apoderarse de paso de la ciudad de Málaga.

En ese intervalo, dispuesto a acabar su empresa de dominar en todo el Andalús, arrancó de los ministros de la religión un nuevo rescripto, otro «fetva», esta vez contra los príncipes todos y los hizo legitimar en oriente, mientras él se preparaba a la nueva guerra.

Los presagios clarísimos de esta tempestad inminentísima lanzaron a los débiles emires andaluces a un conato

de alianza defensiva: Almotacín, rencillas fuera, trató de hacerla con Almotamid, pero en hora nefasta.

Para abortar esa confederación, Aben Abi Bekr, generalísimo de Yusuf, atacó inmediatamente a nuestros monarcas; y una división del ejército almorávid, mandada por Abu Zacarías según uno y según otros por Mohamed ben Aixa, vino a cercar en Almería a Almotacín.

«Habiéndose encerrado él mismo en la ciudadela, que era de maravillosa fortaleza (relata Almacarí), Almotacín ben Somadíh al principio hizo una fuerte resistencia; pero, sabiendo que los almorávides estaban en posesión de la ciudad y preparaban el asalto de la ciudadela, cayó en un hondo estado de abatimiento.»

Y de esta melancolía enfermó gravísimamente.

Última voluntad de Almotacín.

Mas, presintiendo él mismo que la muerte le iba a librar del dolor de ser testigo de la caída de su trono, llamó junto a su lecho a su hijo mayor Ahmed Moizodaula para darle sus últimos consejos.

«Imposible, hijo mío, librar a esta ciudad y a esta comarca de enemigos tan fuertes, que a un mismo tiempo están haciendo la guerra a todos los reyes de España.

»Cuando tú veas (yo no llegaré allá, pues la luz de mi vida ya se apaga), cuando tú sepas que el más poderoso de los emires de España, nuestro aliado Almotamid de Sevilla, se ha tenido que rendir y ha entregado su ciudad; no resistas por más tiempo.

»Vuela a Bugía, a la corte protectora y amiga de Anasir ben Almanzor, sultán de los Beni Hammud, y procúrate un refugio al lado suyo.

»Si Sevilla sucumbe, es que Aláh (loado sea) favorece al almorávid.»

Espectáculo triste.

«Espectáculo bien triste y bien conmovedor(exclama Dozy) era ver a este buen rey, cuya existencia había sido tan

tranquila, tan apacible y tan dulce, combatir en su lecho de agonía contra dolores simultáneamente físicos y morales.»

Un día (relata el mismo autor), cuando ya casi había perdido el uso de sus manos y su lengua, oyó estrépito de armas en el campo enemigo.

«¡Oh Dios mío! Murmuró con tristeza; ¿no me será permitido siquiera morir tranquilo?»

Escuchando estas palabras la anciana Arva, una mujer del serrallo de su padre, comenzó a verter lágrimas.

Dirigióla el príncipe una mirada llena de compasión, y, dando un suspiro profundo, con voz que apenas se podía entender, recitó el siguiente verso de un antiguo poeta:

«Guardad para el mañana
las fuentes de ese llanto,
pues de angustias más graves
os aguarda el espanto.»

Corazón agradecido.

Si alguna cosa podía endulzar aún sus sufrimientos, eran las señales de agradecimiento, que le daban los hombres de letras de su corte.

Un día el poeta Aben Obada le recitó estos versos llenos de un tierno afecto:

«Si yo no fuera esclavo de los nobles
descendientes del noble Somadíh;
si mis antapasados no vivieran
ni yo mismo naciera en su país;
si yo aquí no habitara:un largo viaje
hubiera realizado, por vivir

(mañana, tarde y noche) de su alcázar
hospitalario dentro del confín.»

Estos versos hicieron asomar una sonrisa melancólica a los labios pálidos y lívidos del moribundo, y dirigiéndose al poeta le dijo:

«Por lo visto no os hemos tratado como merecéis, porque sois libre y no esclavo (como os consideráis). Pero manifestadnos vuestros deseos, y lo conseguiréis.»

«Yo soy vuestro esclavo, replicó Aben Obada, y puedo decir con Aben Nobata:

Vuestra benignidad no me ha dejado
nada que desear;
Vos me habeis dado todos cuantos bienes
Yo pudiera gozar;
de esa manera ya no me es posible
ni un deseo formar,»

«Si quieres hacer bien alguno (dijo entonces Almotacín, dirigiéndose a su hijo Rafiodaula), házselo a personas tales como esta. En adelante él sea tu poeta, ¡el poeta tuyo!; no olvides nunca que soy yo quien te ha recomendado, y tráeme con frecuencia a su memoria.»

La muerte.

La muerte llegó al cabo a poner término a los dolores del infortunado monarca, y el jueves 12 de junio de 1091 exhaló el último suspiro a los cincuenta y cuatro años de edad y cuarenta y dos de reinado.

VI.

Ahmed Moizodaula, último rey de taifas de Almería.

MUERTO el rey Almotacín «luego fué proclamado (dice Conde) por los vecinos de Almería su hijo Ahmed Moizoudaula, a quien ya antes había su padre declarado socio del mando y futuro sucesor, e hicieron esta proclama el día 4 de la Rabie postrera del año 484 (1091).»

A este príncipe Ahmed(advierte el mismo historiador) le llaman otros Obeidalá Abu Meruán. Y Dozy, en un Apéndice *Sobre los nombres de los hijos de Almotacín,* establece que el nombre de Izodaula aplicado a este príncipe, monarca por breves días, tiene a su favor las autoridades más graves. Pero pese a estas graves autoridades y la respetable convicción de Dozy, las monedas garantizan que Obaidalá Abu Meruán Izodaula son el nombre, cuna y título del hijo de Almotacín que estuvo prisionero en las márgenes del Darro, no del príncipe heredero, el cual se llamaba Ahmed, institulándose Moizo-daula (sostén del Estado).

Pero, a pesar de este título, Ahmed por bien poco tiempo sostuvo el estado y reino de Almería.

Almería por los almorávides.

En efecto, unos cinco meses después del óbito del rey Almotacín, al tenerse en Almería noticia de que Sevilla había caído bajo las garras de los almorávides, Ahmed «Aben Samadíh» (como dice Alcazarají), que mandaba en Almería, no esperó a que se acercasen mayores contingentes de enemigos, sino que (poniendo en ejecución el consejo de su padre moribundo) se aprestó para la fuga.

Con este fin (dice un historiador) «apercibió secretamente una nave, y principió a tratar de entregar la ciudad. El cuidado y diligencia de los que defendían la entrada del puerto fué desde entonces menos cuidadosa; y (aprovechando el príncipe el descuido de los sitiadores) huyó de noche con su familia y tesoros.»

Y fué personalmente a colocarse bajo la protección de Anasir ben Almanzor, (Almanzor ben Alnás ben Hamad Alsanhages, le apellida Casiri), sultán de los Beni Hammud de Bugía, quien no sólo le recibió afablemente y le festejó con magnificencia, sino que llegó hasta otorgar grandes favores a todas aquellas personas que habían ido siguiéndole a él.

Fué la fuga de Ahmed según algunos en la luna de Ramadán, aunque otros dicen en 25 de Xabán del año 484; y se llevó consigo a su hermano Rafiodaula con sus hijos y mujer, no queriendo acompañarle Obaidalá, del cual dice Orbaneja, fundándose en un pasaje de la *Historia de los árabes* del obispo D. Rodrígo, (y lo reproduce González Garbín), que después de la fuga del sucesor de Almotacín, no faltó quien sacase la cara en defensa de la ciudad, pues un mozo de 14 años más animoso que su hermano no receló en meterse en el peligro que aquel evitó con prudencia, hasta que por último los africanos encerraron al mozo rey dentro de su fortaleza y allí lo sitiaron y lo sometieron. Pero esta resistencia de Obaidalá no parece confirmada.

Lo que está bien comprobado es que, abandonada –como queda expuesto- Almería por sus reyes, los ejércitos almorávides, los ejércitos del luto y del disfraz, entraron en la ciudad «a tambor batiente y con banderas desplegadas.»

La nueva organización.

Enseñoreada Almería, los al morávides cercaron luego a Mondújar (la de Santa Fé), que está a veinte millas de aquella ciudad, y fácilmente la tomaron con los demás pueblos.

Pero en esta comarca de Almería, y en general en el Andalús Oriental, los almorávides, según dice Prieto Vives en sus *Reyes de Taifas*, «no supieron organizar una provincia y se limitaron a ocupar militarmente los castillos, donde cada general obraba por cuenta propia. Más adelante consolidaron esta ocupación con un ejército mandado por Almazdalí, pero es muy dudoso que consiguieran dar cohesión al país, y esto puede servir de explicación a la expedición que años después realizó Alfonso VII, atravesando (sin obstáculo alguno) esta región hasta Almería.»

Animosidad latente. Menos aún consiguieron los albornoces negros atraer a su sentir a los hijos de Almería, los cuales nunca mostraron una gran parcialidad por sus dominadores. Y, si la enfermedad de muerte de Almotacín y la inexperiencia de Ahmed no los hubieran malogrado, Almería, que tan supersticiosamente se estremecía ante los cristianos del castillo de Aledo, arrestos tenía sobrados para oponerse con éxito a los soldados de Yusuf.

Dígalo sino la bravura que (apartir de la irrupción almorávid) empezó a desplegar el pueblo y la ciudad de Almería contra el nombre cristiano, convirtiendo su anchuroso puerto en preñada madriguera de arriesgados piratas, que perseguían temerariamente los bajeles de la Cruz a todo lo largo del Mediterráneo, y sembraban la desolación y el pánico por sus dilatadas riberas no solo en el nordeste de España sino también en Francia y en Italia y en reinos más distanciados, y hasta saltaban el Estrecho y rodeaban a Portugal y se dejaban caer como aguiluchos sobre las costas de Galicia, como treinta años después de sepultado Almotacín lo testifican los amanuenses del obispo don Diego Gelmírez en su *Historia Compostelana* (lib.2, cap.21).

Y para no traer ahora a cuento la sublime y sobrehumana defensa que cincuenta a los después sostendrá heróica Almería contra los pueblos todos de la España cristiana y del mediodía de Francia y las repúblicas de Génova y Pisa; véase cómo se enfrentaba con el sultán almorávid en persona, con el mismo Yusuf, un simple cadí de Almería poco de tomada la ciudad.

El cadí de Almería Aben Alfarra. Un día el almorávid Yusuf, viéndose escaso de recursos, trató de echar una «mauna» o ayuda, una contribución de guerra, sobre todos los pueblos a él sometidos.

Pero he aquí que los almerienses se negaron a pagarla.

Entonces el sultán almorávid les conminó con ásperas represalias; y entre otras alegaciones expresaba las siguientes:

«¿Por ventura sois vosotros, oh almerienses, más justos que el mismo Omar, el santo compañero del Profeta, el que se hizo merecedor de que le sepultasen a su lado, el que obró en todo momento con tal rectitud y con justicia tal, que jamás se ha puesto por ninguno en duda? ¿Y por ventura el justiciero Omar no recabó, lo mismo que yo, impuesto? A ejemplo suyo, oh almerienses, debéis pagarlos vosotros pues los faquíes y cadíes de Andalucía y de Marruecos lo han determinado así.»

Pero el entero cadí de Almería replicó al sultán: «Vos me reprendéis, Señor, porque no he querido obligar a mis

conciudadanos a satisfacer la «mauna», que exigís justificando vuestro requerimiento con el ejemplo de Omar. ¡Oh emir de los musulmanes! Esta es mi contestación. Ni Vos sois compañeros del Profeta, ni Vos seréis sepultado a su lado, ni yo puedo asegurar que vuestra justicia nunca se haya puesto en duda. Si los cadíes y faquíes, que decís, os ponen en la misma línea que al venerado Omar; de esa opinión temeraria responderán ellos ante Dios. Por otra parte decid: ¿cuándo hizo Omar exigir esa contribución, a que hacéis referencia? Después de que en la mezquita, en presencia de todo el pueblo, juró por nuestro Dios y su Profeta, que no quedaba en el erario ni un solo dirhén. Y Vos, emir de los muslimes, ¿osaríais decir lo mismo? Cuando lo podáis jurar, entonces tendréis derecho a pedir una contribución extraordinaria; pero de otro modo, ¡no!»

Con cadíes tan enérgicos como Aben Alfarra, y marinos tan osados como los incipientes piratas almerienses, y defensores de la población tan bravos como los que han de surgir en 1147, no es atrevido decir (como hace poco hemos dicho) que, si no lo frustaran la dolencia mortal de Almotacín y la pusilaminidad de su heredero Ahmed, Almería tenía bríos para resistir con éxito a las tropas almorávides.

Hemos llegado al fin de esta reseña de «el esplendor de Almería en el siglo XI». Para ponerle término traduciremos lo que tiene escrito Dozy sobre los descendientes del mejor rey de Almería.

La progenie de Almotacín.

De los hijos de Almotacín, uno solo, Obaidalá, el que había sido hecho prisionero en Granada, se sometió alegre y filosóficamente a las vicisitudes de la fortuna.

Habiéndose ido al lado de un capitán almorávid, que le había tomado afecto, pasó su vida «entre las flores y las copas» para emplear la expresión de un historiador árabe.

Pero sus hermanos, menos fáciles de ser consolados, no cesaron de suspirar por su patria y su grandeza pasada.

El heredero al trono.

Moizodaula fué muy bien acogido por el señor de Bugía, antiguo aliado se su padre, quien en el acto le asignó para morada la ciudad de Tenes (o la de Tedles); pero los siguientes versos muestran hasta qué extremo le devoraba el descontento:

«¡Dios mío! Yo me resigno
a vuestros decretos. Pero
después de haber poseído
un trono, hoy en el destierro
arrastro una vida oscura
sin dicha aunque sin tormento.

Mis pies aquí han olvidado
espolear el lomo inquieto
de un potro al galope; no oye
mi oído aquí el melífluo acento
de los poetas; ni mis manos
se abren nunca, el bien haciendo.»

Era este príncipe un hombre muy instruido y de un gran corazón.

Uno de los poetas más célebres de la corte de Sevilla, Aben Alabana, a quien ya hemos mencionado, tributó a sus virtudes un brillante homenaje, expresándose a ese respecto de esta manera:

«Jamás ví ejemplo más impresionante de la injusticia de la fortuna, que el del hijo de Almotacín, Moizoudala, cuando le encontré en Bugía. Era el hombre más excelente que se podía hallar, y Dios no parecía haberle creado más

que para reinar, para mandar, y para dar ejemplo de todas las virtudes.

»La hermosura de su carácter se traslucía a través de su condición oscura, como a través del orín trasciende el brillo de una buena hoja de acero.

»Conocía perfectamente la literatura y la historia; gustaba de oír hablar a las personas instruídas; y hablaba él mismo como hombre muy culto; y su alma estaba abierta a toda sensación de ternura, y era su espíritu vivo y penetrante.

»Un día habiéndole dicho yo que uno de mis amigos, hombre de letras de Bugía, me había manifestado deseo de ser presentado a él, me contestó:

-Bien sabéis que, perdidas nuestras riquezas, vivimos ahora oscura y pobremente. No está bien por lo tanto que recibamos visitas, y muy particularmente las de un escritor afamado, que creería hacernos un favor con venir a nuestra casa. Añadid a esto que sus cumplidos de pésame y sus miradas llenas de compasión renovarían nuestro antíguo dolor, y darían nuevo margen a la tristeza que intentamos sacudir. No olvidéis tampoco que, reducidos como estamos a lo estrictamente necesario, no podríamos darle una idea exacta de nuestra generosidad. Que no venga, pues, a vernos; y que se imagine más bien que hemos bajado a la tumba. En cuanto a vos, como estáis unido a nosotros igual que la carne a la sangre, y os halláis mezclado con nosotros como el agua con el vino, no consideramos que hemos revelado a un extraño nuestra desdicha y el dolor que ellas nos causa, cuando os hablamos sobre ella; pero no descarguéis sobre otro alguno el peso que soportáis.-

»Mientras él así hablaba, yo no sabía que admirar más, si su elocuencia y la delicadeza de su espíritu o su legítimo orgullo.»

Otro hijo de Almotacín.

Rafiodaula pasó también su vida en Africa, donde tuvo que sifrir hartos ultrajes.

Se encuentra, por ejemplo, que un pobre loco tomó la costumbre de gritar cada vez que le veía:

«¡He aquí un «alef» (una «h») y nada más!»

Con estas palabras él quería dar a entender que el príncipe no era más que la sombra de lo que había sido en otro tiempo, porque (como es sabido) en árabe al alef, que es la primera letra del alfabeto, cuando está desprovista del signo «hanza» y de vocal, no se le da ninguna articulación.

Rafiodaula se quejó de este hombre ante uno de sus amigos, el cual le prometió hacer de manera que el loco no le insultase más. A ese fin dió unos bombones al loco diciéndole:

«Cuando veas a Rafiodaula, el hijo de Almotacín, dale los buenos días y bésale la mano, pero no digas más: ¡He aquí un alef y nada más!»

«Esta bien» respondió el loco; y prometió no decir nunca más tales palabras.

Algún tiempo después, habiendo divisado a Rafiodaula, corrió hacia él, le besó la mano, y gritó:

«¡He aquí un «ba» (una «b») con un punto debajo!»

Esta frase hizo al príncipe montar en una violenta cólera, pareciéndole mucho más insultante todavía que la otra, porque él padecía del mal de la arenilla, e imaginó que el loco lo sabía y hacía alusión a ello. Así, cuando en adelante divisaba al loco, se apresuraba a tomar una revuelta con el objeto de evitar su encuentro.

Más sobre Rafiodaula.

Se refiere también del mismo hijo del rey Almotacín que cierto día, que se había hecho anunciar en casa de un alto personaje de la corte de los almorávides, uno de los que estaban en la sala exclamó en tono de desprecio.

«¿Qué querrá de nosotros este vástago de una familia arruinada?»

Enterado de este insulto Rafiodaula, hizo llegar a sus oídos estos versos:

«Mi familia está arruinada,
mas yo en verdad no lo estoy;
la rama del árbol basta,
si el raigambre se perdió.

¿Porqué no admitir: Lo poco
que hace, es del modo mejor?
El vasoguarda resabios
del licor que aprisionó
pero las avispas, hagan
lo que hagan no dan miel, no.

Aunque todos los caminos
me conduzcan hacia vos;
yo desandaré mis pasos,
si os hallo en cualquier mansión:
porque el sitio en que estuviéreis,
sé que no es sitio de honor;
y lo que allí digan o hagan,
no es de hombres de pundonor.

Esperando os corrigiérais,
os he reprendido yo;
más, ya lo veis, de los nobles
es dulce aun la represión.

El corazón se parte viendo insultado por bárbaros e insolentes advenedizos este noble linaje, que en medio de su miseria conservaba su sociabilidad y sus maneras aristocráticas, y que aun para exhalar sus poéticas quejas descubría las centellas de su ingenio.

El nieto del rey de Almería.

Un nieto de Almotacín e hijo de Obaidalá, llamado Rachiodaula (según parece) el proyecto temerario de restablecer el trono caído de sus antepasados. A lo menos se le acusó de haber atentado contra la seguridad del Estado y fué echado en una prisión, donde compuso los siguientes versos:

«Mis poderosos amigos
sin razón me han acusado;
y acusar uno, es la mecha
poner de la llama al lado.

Palabras han proferido
risibles, de insospechados
alcances, pero debieran
estar de ello avergonzados.

Suceda lo que suceda,
yo me resigno a mis hados:
resignarse y esperar
ser al fin galardonados
en la otra vida, tal es
la condición del honrado.

Probablemente(me he dicho)
las tinieblas, en que estamos
sumidos, son momentáneas;
tras la noche está el día claro.

Mas, aunque así me alcanzase
la muerte, sin un reparo
la sufriera: Dios me otorgue
perdón para mis pecados.»

Y allí compuso también estos versos:

«Soportad pacientemente
de la suerte las mudanzas;
todo mejorarse puede:
tras de la noche está el alba.

Dios regula vuestra suerte:
tened, pues, en El confianza:
pronto al arcángel Gabriel
veréis, que a auxiliaros baja.

Cuando de la Providencia
las leyes el hombre acata,
y en el premio de la vida
futura está su esperanza;
difícil es que no goce
la gloria el día de mañana.»

Ultimos actos de los Beni Somadíh.

Lo que sorprende en los versos del nieto del rey Almotacín es el espíritu de resignación piadosa, que reina en ellos.

Hasta entonces la poesía andaluza había sido vigorosa, llena de savia, totalmente mundana; disfrutaba de todos los bienes de la vida, y disfrutaba de ellos sin mirar atrás; los poetas celebraban el vino y los placeres sin preocupaciones de ortodoxia.

Era una poesía que no quería sino acción; enorgullecido de su talento y de su importancia, el poeta criticaba despiadamente las faltas de los príncipes; todo lo que a los ojos de los árabes tenía un carácter de nobleza y de hermosura provocaba su entusiasmo.

Por el contrario, bajo el reinado del almorávid Alí, monarca insignificante pero devoto, las mujeres y los sacerdotes reemplazaron a los patricios y a los libertinos, y la poesía reflejó fielmente la imagen de aquella época. De vigorosa, despreocupada, ligera e incluso frívola que era, se convirtió en perezosa, severa, melancólica y religiosa.

Tan malos eran aquellos tiempos, que se desviaban los ojos de la tierra para elevarlos hacia el cielo: se sufría y se tenía resignación, cuando los hombres del siglo precedente hubieran luchado contra la fortuna.

Las formas bellas han desaparecido: por eso, cuando los poetas pretenden imitar a los grandes modelos, incurren en la hinchazón y en la vulgaridad.

Ya no hay sino insulsas adulaciones al soberano, considerado como representante de la divinidad, y

sentimientos de una devoción afectada, compaginable con una gran corrupción de costumbres y un transtorno completo del orden social.

Los almohades.

En efecto, el estado de la sociedad había llegado a ser tal, que se hacía inevitable una revolución.

Un oscuro habitante del Sur, Mohamed ben Tumart, fué el que dio la señal: ocultó, como es natural sus ambiciosos proyectos tras la máscara de reformador, y asoció a su obra a un joven de raro talento, llamado Abdelmumen, que vino a ser el fundador de la dinastía de los almohades.

Sus éxitos fueron rápidos; y en el año 1142, cuando Techufin sucedió a su padre Alí, Abdelmumen había ya conquistado la mayor parte del Africa septentrional.

Se comprende que los descendientes de Almotacín viesen no sin alegría vacilar el trono de una dinastía, que le había arrebatado el suyo. Y esta alegría no se tomaron el trabajo de ocultarla, aunque manifestándola se pusiesen en peligro de perder la vida. Su conducta en Tremecén es una aprueba contundente tanto de su imprudencia como de su odio hacia los almorávides.

El tío y el sobrino.

Rafiodaula (el hijo de Almotacín), que era ya viejo entonces, y su sobrino Rachiodaula (el hijo de Obaidalá), se hallaban en Tremecén el año 1144, cuando los almohades asentaron su campamento en una montaña próxima.

Ahora bien, un día que estaban conversando con uno de sus amigos, Aben Alacharí (que más tarde se dio a conocer por una «Historia de los Almohades»), oyeron en el campamento, donde se acababa de recibir la nueva de una victoria, un alegre redoble de tambores.

«¡Ay!, exclamó entonces Rafiodaula; si mi vejez no me lo hubiera impedido, ya me hubiera pasado a ellos, porque los amo de todo corazón.»

«Pues bien, le dijo su sobrino, improvisemos verso en su honor, ya que no nos es concedido servirles de una manera más eficaz.»

Y habiendo sido aceptada la propuesta, Rafiodaula dio principio de este modo:

Gracias al rey Abdelmumén, fulgura
el astro de la dicha allá en la altura».

Rachiodaluda prosiguió:

«Es un héroe: cual luna refulgente
en mitad de la noche, así es su frente».

Y añadió Aben Alacharí:

«Buscadle, y hallaréis un soberano,
que posee majestad de emperador;
mas ni el menor temor jamas inspira,
cuando a él se acude en busca de favor".

Estos versos no quedaron en el secreto; así es que, cuando llegaron a oídos del comandante de la plaza, Rafiodaula (que era el más comprometido de los tres, porque el comandante, creyendo poder fiarse de él, le había encargado cuidar de la reparación del muro del arrabal) se vio obligado a buscar su salvación en una pronta huída; y, logrando salir de la ciudad, arribó al campamento de los almohades.

Poco tiempo después, cuando Techufin dejó de vivir, los almorávides se vieron obligados a salir de Tremecén; y acaso volviese entonces Rafiodaula a esta ciudad, pues de los textos del cordobés Abu Amru Otmán, de Abu Zacarías de Zaragoza y del sevillano Abu Amer Asalamita parece desprenderse (y así lo deduce Casiri) que el hijo de Almotacín no solo residió en Tremecén, sobresaliendo de un modo admirable en la poesía, sino que también murió allí. Rachiodaula abrazó entonces el partido de Abdelmumen; compuso extensos poemas en su honor; y, según frase de Dozy, por un extraño capricho de la fortuna, este nieto de un rey, que había pensionado a todo un ejercito de poetas, acabó por descender él mismo a la categoría de poeta pensionado.

FIN

Índice de notabilidades de Almería en el siglo XI.

I. Soberanos.

	PÁGINA
Jairán	11
Zohair	41
Abdelaziz de Valencia	65
(Abdelmelic Annasa, su hijo, prínicipe heredero)	67
Abulahvas	71
(Abu Otba, su hermano, regente del reino)	679, 74 y 79
Almotacín	77
Ahmed	171

II. Políticos y guerreros.

Gobernantes.

Aben Hamít, gobernador de Almería por Jairán	13
Alafía, gobernador de Almería por Solimán de Córdoba	19
Abentahir, gobernador de Murcia por Jairán	38 y 47
Abentahir, gobernador de Murcia depuesto por Zohair	38 y 47
Aben Chabíb, gobernador de Lorca por Abulahvás	60, 75 y 80

Viaires.

Aben Abás, visir de Zohair	52
Aben Arcán (o Almacarí-arcan), visir de Almotacín	97 y 132
El Becrí, visir de Almotacín	127
Abul Asbag, visir de Almotacín	130

Cadíes de Almería.

¿Muhamed ben Alcasím?	44
Arroainí (Albuhasan Mujtar)	48
Aben Ragia	126
Aben Alfarra	175

Seudo-califa.

PÁGINA

Jaláf, esterero de Calatrava, falso Hixém II 49

Huéspedes Ilustres.

Abuamir Mohamed, exrey de Murcia 36
Mohamed ben Hammud, rey de Melilla 122
Semecha el Sanhachí, tutor del rey de Granada 122

III. Literatos almerienses.

Poetas.

La Gasaní, de Pechina 15
Abuomar, panegirista de Jairán 15
Aben Charáf, de Berja 105
¿Aben Chafadasche? 113
Almotacín, rey de Almería ..... 133, 165 y 168
Ahmed Moizodaula, hijo de Almotacín 177
Abu Chafar, otro hijo 134
Rafioddaula, otro hijo ..... 135, 178 y 184
Obaidalá, otro hijo 164
Omalquirán, hija de Almotacín 136
Rachiodaula, nieto de Almotacín ..... 181 y 184
Gayalmana, sierva de Almotacín 137
Aben Arcán (o Almacarí-arcán), visir de Almotacín ..... 97 y 128
Abul Asbag, visir de Almotacín 130
Aben Obada, poeta de la corte de Almotacín 168
Aben Billita, cantor de Almotacín 94
Omar ben Aschahid, cantor de Almotacín 99
Abu Chafar ben Aljarraz, cantor de Almotacín 100

Historiadores.

PÁGINA

Said (Abulcasím) ..... 52 y 129
Al - chodsamí ..... 73 y 130
Aben Omar, de Dalías ..... 129 y 151
El Roxetí (Abu Mohamed) 130

Otros sabios.

Malec ben Ahmed, jurisconsulto 73
Aben Galíb (o sea, Abu Galib Temam ben Galib ben Omar el Tayani), célebre retórico muerto en Almería el año 1044-1045 .....

IV. Literatos acogidos a Almería.

Poetas.

Annahelí, de Badajoz ..... 84 y 97
Aben Oct Ganím, de Málaga ..... 107 y 121
Aben Alhadad, de Guadíx 114
Somaisir, de Elvira 122
Aben Alabana, de Denia ..... 126 y 177

Historiadores.

Aben Abilfayad, de Ecija 125
Aben Alaci, de Murviedro 126
Aben Azacar, de Valencia 126
Aben Modair, de Osuna 126
El Becrí, de Huelva 127

Otros sabios.

Aben Hazán, polígrafo célebre 17
Aben Afif, jurisconsulto cordobés 17
Aben Ragia, matemático de Jaén 126
El Zafadí, profesor de Zaragoza 126

SUMARIO

PÁGINA

A MANERA DE PRÓLOGO 9

I. Jairán, o la independencia de Almería 11
II. Zohair, y la expansión territorial de Almería 41
III. Abdelaziz, paréntesis en la independencia de Almería 65
IV. Abulahvás Man ben Somadíh, y la más ilustre dinastía almeriense 71
V. El rey Almotacín, apogeo del esplendor de Almería 77
VI. Ahmed Moizodaula , último rey de taidas de Almería 171

ÍNDICE DE NOTABILIDADES 187